GENKI KAWAMURA

Si los gatos desaparecieran del mundo

Lectulandia

Un joven cartero regresa a su casa después de que el médico le diagnosticara un tumor cerebral en fase avanzada. Allí se encuentra a su gato Col y a un extraño personaje, idéntico a él excepto en su actitud y en su vistosa indumentaria. Dice ser el diablo y le anuncia su muerte inminente. Pero le ofrece un trato: por cada objeto animado o inanimado que acepte que desaparezca del mundo, ganará un día de vida. Empieza por los teléfonos, sigue el cine, luego los relojes… Pero cada uno le evoca aspectos de su vida, la relación con su exnovia, con su padre cuya relación terminó mal… Cuando le llega el turno a los gatos, encuentra una carta que su madre le dejó escrita antes de morir pidiéndole que se reconciliase con su padre. ¿Y qué pasará cuando desaparezcan los gatos?

Genki Kawamura nos deleita en *Si los gatos desaparecieran del mundo* con una novela ágil, evocadora, emotiva, fantástica… divertida en la interrelación entre el gris e introvertido cartero, el peculiar diablo y el gato Col. Una novela que pone en valor nuestra existencia cotidiana y lo que nos rodea, al mismo tiempo que critica a una desnortada sociedad en la que prima el individualismo y lo superfluo sobre lo esencial de la vida.

Lectulandia

Genki Kawamura

Si los gatos desaparecieran del mundo

ePub r1.0
NoTanMalo 29.8.17

Título original: *Sekai kara neko ga kietanara*
Genki Kawamura, 2012
Traducción: Keiko Takahashi & Jordi Fibla

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

SI LOS GATOS DESAPARECIERAN DEL MUNDO, ¿cómo cambiarían el mundo y mi vida? ¿Llegaría la mañana del día siguiente como de costumbre sin que nada hubiera cambiado? Supongo lo que me dirías, que eso es una obsesión absurda. Pero quiero que me creas. Voy a contarte lo que me ha sucedido en los últimos siete días. Han sido siete días muy extraños. Y ahora me falta muy poco para morir. ¿Por qué he llegado a este punto?

Voy a relatarte el motivo. Probablemente será una larga carta, pero deseo que me acompañes hasta el final. Esta va a ser la primera y la última carta que te escribo. Así pues, esta carta es mi testamento.

LUNES

Ha venido el diablo

LAS COSAS QUE deseaba hacer antes de morir no llegaban ni a diez. Pensé en ello al recordar una película que vi años atrás. La protagonista había elaborado una lista de diez cosas que quisiera hacer antes del fin. Pero eso es falso. Bueno, no digo que sea falso, pero hacer esa clase de lista no debería tener ninguna importancia. ¿Cómo? ¿Que por qué lo creo así? Veamos, ¿cómo te diría? La verdad es que también yo lo he intentado. Sí, me avergüenza confesarlo, pero también yo he tratado de hacer una lista de diez cosas como la de ese personaje de película.

Ocurrió hace siete días. Desde bastante tiempo atrás arrastraba un fuerte resfriado, y en esas condiciones desempeñaba a diario mi trabajo de cartero. Siempre tenía unas décimas de fiebre y un dolor agudo e insistente en la parte derecha de la cabeza. Procuré esquivarlo con un analgésico que compré en la farmacia, pues, como bien sabes, los médicos no me hacen ni pizca de gracia, pero cuando llevaba dos semanas sin que el resfriado diera señales de remitir, decidí ir al médico. Resultó que no se trataba de un resfriado.

Era un tumor cerebral de cuarto grado. Eso fue lo que me diagnosticaron. El médico me dijo que el pronóstico más optimista era seis meses de vida, mientras que el peor reducía ese tiempo a una semana. Me planteó diversas opciones: radioterapia, medicamentos contra el cáncer, cuidados paliativos para casos terminales…, pero yo no prestaba atención a lo que me estaba diciendo.

Cuando era pequeño, durante las vacaciones de verano iba a la piscina. Me lanzaba al agua transparente y fría. Hacía splash, plop plop y me hundía. «Haz bien los ejercicios preparatorios», me decía mi madre. Pero dentro del agua sus palabras me llegaban borrosas y no la oía bien. He recuperado la «memoria del sonido» que había olvidado por completo.

Para mí había terminado la larga consulta. Dejé al médico con la palabra en la boca y salí del consultorio tambaleándome. Arrojé mi cartera al suelo y, sin hacer caso del médico, que me llamaba para que volviera, hui corriendo del hospital mientras gritaba «¡Aaaaaah!», chocaba con los transeúntes, caía, me levantaba, seguía corriendo y agitaba los brazos. Llegué al inicio de un puente cuando ya no podía dar un paso más y me arrastré por el suelo, llorando… No, no hice nada de eso. Lo que te acabo de contar es falso.

La verdad es que, en un momento así, sorprendentemente uno mantiene la serenidad. Lo primero que me pasó por la cabeza fue que solo me faltaba un sello para completar la tarjeta que me daría derecho a una sesión gratuita en el salón de masajes, y a continuación pensé que acababa de comprar una gran cantidad de papel

higiénico y detergente. Esa fue la clase de trivialidades que se me ocurrieron.

Sin embargo, poco a poco iba invadiéndome la tristeza. No tengo más que treinta años. Cierto que mi vida ya ha sido más larga que la de Jimi Hendrix o la de Jean-Michel Basquiat, pero tengo la sensación de que todavía me quedan cosas por hacer en este mundo. Cosas que solo yo puedo hacer. Seguro que ha de haberlas.

Sea como fuere, mientras caminaba con la mirada perdida y la mente en blanco, al pasar por delante de la estación de ferrocarril vi a dos chicos que cantaban a pleno pulmón acompañándose de guitarras acústicas.

Un día la vida se acaba.
Antes de que llegue ese día
haz todo lo que quieras
Todo, todo, todo, hasta la extenuación.
Entonces mañana vendrá a tu encuentro.

¡Idiotas! ¿No es eso lo que llaman falta de imaginación? Pasaos la vida entera cantando delante de la estación. Presa de un nerviosismo irremediable, incapaz de pensar en lo que podría hacer, me encaminé lentamente a mi apartamento y tardé largo tiempo en llegar. Mis pies hicieron sonar los escalones metálicos, abrí la delgada puerta y, al ver la pequeña estancia, la desesperación se fue apoderando de mí, hasta que caí literalmente en una oscuridad absoluta.

Cuando me desperté en el suelo del recibidor, no sabía cuántas horas habían transcurrido. Delante de mí había una masa de colores blanco y gris mezclados. Aquella masa emitió un maullido. Enfoqué la mirada. Era un gato.

Mi querido gato, que vive conmigo desde hace cuatro años. Se me acercó y maulló en un tono de preocupación. Parecía que, de momento, no estaba muerto. Me levanté. Seguía teniendo fiebre y me dolía la cabeza. La enfermedad sí que parecía real.

—¡Hola! Encantado de conocerte —dijo alguien en un tono inapropiadamente alegre desde el fondo de la sala.

La persona que estaba allí era yo mismo. Pero no podía ser, puesto que me hallaba en el otro lado. Era un desconocido idéntico a mí. Lo primero que se me ocurrió fue que se trataba de un doble. Recordé haber leído un libro en el que aparecía «el otro» que se presenta en el instante de la muerte. ¿Me había vuelto loco o la muerte había venido en mi busca?

Tuve la sensación de que iba a perder el conocimiento, pero resistí y me enfrenté a la situación en que me encontraba.

—¿Quién… quién eres?

—¿Quién crees que soy?

—Pues… ¿La muerte?

—¡Lástima! Por poco aciertas.

—¿Por poco?

—¡Soy el diablo!

—¿Di… diablo?

—Exacto, el diablo.

De modo que así, tan a la ligera, se me presentaba nada menos que el diablo. ¿Le has visto alguna vez? Yo sí. El auténtico diablo no tiene la cara negra ni una cola puntiaguda y, desde luego, no empuña una lanza[1]. ¡Mi doble era el diablo!

Aunque no era precisamente una situación fácil de asumir, de todos modos decidí hacer gala de una mentalidad abierta y aceptar la existencia de aquel diablo tan alegre. Al mirarlo con atención, observé que vestía de una manera diferente a la mía, a pesar de que el rostro y la forma de su cuerpo eran idénticos. Básicamente solo visto prendas blancas y negras. Pantalones negros, camisa blanca y rebeca negra. Soy un hombre monótono. «Has vuelto a comprarte la misma ropa», solía decirme mi asombrada madre, pero yo no podía evitar la repetición.

En cambio, el diablo vestía de un modo llamativo. Camisa hawaiana amarilla con una palmera y un coche americano estampados y pantalones cortos. Llevaba unas gafas de sol colocadas en lo alto de la cabeza. En el exterior hacía bastante frío, pero él vestía como si estuviéramos en pleno verano.

Cuando mi impaciencia se estaba haciendo incontenible, el diablo empezó a hablar.

—Bueno, ¿qué vas a hacer?

—¿Cómo?

—Te queda poco tiempo de vida, ¿no es cierto?

—Parece que así es…

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues… ante todo pensaré en las diez cosas que quisiera hacer antes de morir.

—No me digas. ¿Como en aquella película?

—Bueno, sí…

—¿Piensas hacer algo tan vergonzoso?

—Entonces, no te parece bien…

—No es eso, hombre, le ocurre a mucha gente. ¡Antes de morir haré todo lo que siempre he querido hacer! Pero, mira, la vida es un camino por el que se pasa una sola vez. ¡No hay una segunda!

El diablo se rodeó el abdomen con los brazos y soltó una carcajada.

—A mí no me hace reír.

—No, claro, lo comprendo. Era solo una prueba. ¡Vamos a hacer rápidamente esa lista!

Así pues, me puse a anotar en una hoja de papel las diez cosas que me gustaría hacer antes de morir.

Muy pronto desaparecería de este mundo, y aquello parecía una pérdida de tiempo. Mientras escribía me embargaba la tristeza, me sentía como un necio

rematado, y el pánico empezó a apoderarse de mí.

Pero, esquivando al diablo, que trataba de fisgar en lo que escribía, y tras ser interrumpido varias veces por el gato que pasaba pisoteando el papel, completé la lista de las diez cosas.

1. Lanzarme en paracaídas desde un avión.
2. Escalar el Everest.
3. Correr a toda velocidad en un Ferrari por una *Autobahn*.
4. Una comida china *Man Kan Zenseki*, con sus numerosos platos.
5. Pilotar un robot de combate Gundam.
6. Clamar por el amor desde el núcleo del mundo.
7. Salir con Nausicaä[2].
8. Chocar en una esquina con una mujer guapa que tiene un vaso de café en la mano. A partir de ahí se desarrolla una relación sentimental.
9. A resguardo de una intensa lluvia, encontrarme de nuevo con una chica del instituto de la que estuve enamorado.
10. Quiero tener pareja.

—¿Pero qué es esto?

—Pues…

—¡No eres un colegial! ¡Incluso yo mismo siento vergüenza ajena!

—Perdona…

Qué penoso. Tanto pensar y atormentarme para obtener este resultado. Ni siquiera se me acercaba el gato, como si estuviera atónito.

Tal era mi estado de abatimiento cuando el diablo vino a mi lado y me dio unas palmaditas en el hombro.

—Está bien, empezaremos por el salto en paracaídas. ¡Saca tus ahorros y ve al aeropuerto!

Dos horas después me encontraba a bordo de un avión, volando a tres mil metros de altura.

—¡Vamos, hombre, salta de una vez!

Apremiado por la alegre y gritona voz del diablo, me lancé al vacío.

Bien, estaba realizando mi sueño. Ante mí se extendía el cielo azul. Nubes majestuosas. Horizontes ilimitados. Alguien me había dicho que, cuando viera la tierra desde el aire, mi concepto de lo valioso daría un vuelco, que me sentiría inmensamente feliz por vivir en la tierra y me olvidaría por completo de las nimiedades de la vida cotidiana. Pero no sucedió nada de eso.

Antes de saltar al vacío, ya estaba harto de la aventura. Hacía frío, la altura era enorme y tenía miedo. ¿Qué placer le encuentra la gente que practica este deporte? ¿Por qué también yo había querido hacerlo? Durante el salto mi mente distraída se

planteaba estos interrogantes. Entonces me sumí literalmente en la oscuridad.

Cuando recobré el sentido, estaba acostado en la cama de mi habitación. Volví a dormirme, hasta que un maullido me despertó. Al incorporarme sentí el habitual e intenso dolor de cabeza. No había sido un sueño.

—Te pido perdón, de veras.

Aloha (decidí que, a partir de entonces, en mi fuero interno llamaría así al diablo, por su camisa hawaiana) estaba a mi lado.

—Disculpa las molestias.

—Ha sido como si fuese a morir… Bueno, al fin y al cabo pronto moriré de todos modos.

Aloha se echó a reír. Yo no dije nada y abracé al gato. Noté el calor de su cuerpo, su pelaje suave y sedoso. Le abrazaba a menudo, sin ninguna razón en especial, pero esta vez tener al gato en mis brazos me hizo pensar en la esencia de la vida.

—La verdad es que… no hay muchas cosas que quisiera hacer antes de morir.

—¿Ah, no?

—Por lo menos no llegan a diez. Y aunque fuesen diez, seguramente serían tonterías.

—Supongo que sí.

—Por cierto, tú…

—¿Yo qué?

—¿Por qué has venido aquí? Mejor dicho, ¿qué has venido a hacer?

Aloha soltó una risa lúgubre.

—¿Quieres saber eso? Está bien, ¿te lo cuento?

—Espera… espera un momento.

Aloha, la expresión de cuyo rostro había cambiado de repente, me abrumaba a mi pesar, y titubeé. Tenía un mal presentimiento. Mi instinto me decía que iba a verme en una situación peligrosa.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

Aspiré hondo y me serené. No pasaba nada. Si se trataba tan solo de escucharle, no debería haber ningún problema.

—No, nada. Háblame de tu presencia aquí y de lo que has venido a hacer.

—La verdad es que… morirás mañana.

—¡¿Cómo?!

—Mañana, sí, he venido para informarte.

La sorpresa me hizo enmudecer, y a la sorpresa siguió una profunda desesperación. Me quedé sin fuerzas, las rodillas temblorosas.

Al verme así, Aloha me habló en un tono risueño.

—¡No te deprimas, hombre, porque estoy aquí para ofrecerte una gran oportunidad!

—¿Una gran oportunidad?

—¿Es que quieres morir así, sin hacer nada por evitarlo?

—No, quiero vivir… si hubiera una posibilidad de seguir viviendo, claro.

Aloha apenas me dejó terminar.

—Tenemos un método.

—¿Un método?

—Podríamos decir que se trata de magia. Es posible alargar el tiempo de vida que te queda.

—¿De veras?

—Pero hay una condición. Mira, en este mundo existe un principio que es indispensable respetar.

—¿Cuál?

—Si quieres conseguir algo, tienes que perder algo.

—¿Y qué debería hacer?

—No es nada difícil. Tendríamos que hacer un sencillo trato.

—¿Un trato?

—Ir eliminando cosas de este mundo. A cambio, por cada cosa que elimines, podrás vivir un día más.

No era nada fácil dar crédito a lo que Aloha me decía de sopetón. Por mucho que me hallase al término de mi vida, lo cierto era que no había enloquecido. ¿Qué autoridad le permitía hacer algo tan increíble?

—Te estás preguntando qué autoridad me capacita para actuar como lo hago, ¿no es cierto?

—Oh, no, en absoluto.

¿Aquel tipo era el auténtico diablo? ¿Podía leer los pensamientos de la gente?

—Leer los pensamientos de la gente es fácil. Al fin y al cabo soy el diablo.

—Claro…

—El tiempo apremia, así que ya va siendo hora de que me creas. ¡El trato va en serio!

—Ojalá fuese así.

—Como todavía no me crees, permíteme que te explique cómo se ha llegado a este trato. ¿Conoces el Génesis?

—¿La Biblia? La conozco, pero no la he leído.

—Vaya, hombre, si la hubieras leído, entenderías las cosas con más rapidez.

—Lo siento…

—En fin, acortemos el tiempo. Te lo explico. Dios hizo el universo en siete días.

—Eso ya lo había oído decir.

—El primer día, el universo no era más que oscuridad. Dios hizo la luz y diferenció el día de la noche. El segundo día hizo el cielo y el tercero la tierra. ¡Es la Creación! Entonces surgió el mar y aparecieron las plantas.

—Qué grandiosidad…

—¡En efecto! Y el cuarto día creó el sol, la luna y las estrellas. ¡Había nacido el cosmos! El quinto día creó los peces y las aves, el sexto las bestias y los animales

domésticos. En último lugar Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. ¡Finalmente apareció el ser humano!

—La Creación, el nacimiento del cosmos y la aparición del ser humano. ¿Y el séptimo día qué?

—¡El séptimo día fue de descanso! Incluso Dios tiene que tomarse un respiro.

—Claro, el domingo.

—Exacto. Pero ¿no es extraordinario? En siete días lo hizo todo. Dios es asombroso. ¡Le aprecio de veras!

Yo diría que el objeto del aprecio está muy por encima de ese sentimiento, pero… Esperé a ver qué más decía.

—Pues bien, el primer ser humano fue un hombre llamado Adán. Pero un hombre solo se sentiría muy triste, ¿no crees?, así que Dios tomó una de sus costillas e hizo a la primera mujer, Eva. Estaban allí tan tranquilos y libres de preocupaciones que le pregunté a Dios si le parecía que les incitara a comer aquella manzana.

—¿Una manzana?

—Eso es. Verás, en el jardín del Edén, donde habitaban, podían comer y hacer lo que les viniera en gana. Además, allí no existían ni la vejez ni la muerte. Pero había una sola cosa que les estaba prohibida: comer las manzanas del árbol de la ciencia del bien y del mal.

—Comprendo.

—Pero yo les provoqué y ellos comieron una de esas manzanas.

—Qué crueldad la tuya. Claro que por algo eres el diablo.

—Vamos, vamos… La cuestión es que los expulsaron del Edén y los humanos perdieron el privilegio de no envejecer y morir. Entonces empezó una historia tremenda, llena de discordias y rebatiñas.

—Realmente eres diabólico.

—No es para tanto. En medio de semejante caos, Dios envió a la tierra a su hijo, Jesús, pero ni por esas logró estimular la reflexión de los hombres. Y ellos, para colmo, mataron a Jesús…

—Esa parte la conozco bien.

—Entonces los hombres se empeñaron en fabricar ilimitadamente una enorme cantidad de cosas, sin saber siquiera si eran necesarias o no.

—Ya, ya.

—Por este motivo hice una propuesta a Dios. Vendría a la tierra para que los hombres decidieran cuáles cosas eran necesarias y cuáles no. Dios y yo llegamos a un acuerdo: por cada cosa que una persona elimine del mundo, se le alargará la vida en un día. He sido autorizado para llevarlo a cabo y estoy buscando personas con las que pueda hacer ese trato. Tú eres el número ciento ocho.

—¿El número ciento ocho?

—¡Exacto! Esperabas que fuesen más, ¿verdad? Pues ya lo ves, solo ciento ocho personas en todo el planeta. Menuda suerte la tuya. Por cada cosa del mundo que

elimines, tu vida se alargará un día. No está nada mal, ¿verdad?

Era una propuesta demasiado inesperada y absurda. Como una campaña de venta en la televisión. Parecía imposible que un trato tan simple pudiera alargarme la vida. Pero tanto si creía como si no, debía aceptar la apuesta. Ya que iba a morir, no tenía alternativa.

Intenté poner orden en mi situación.

El hecho de eliminar una cosa del mundo me permitiría vivir un día más. Treinta cosas, un mes de vida; 365 cosas, un año. Era un trato muy fácil. El mundo rebosa de cachivaches y bagatelas. El perejil espolvoreado sobre la tortilla rellena de arroz, los paquetitos publicitarios de pañuelos de papel que reparten delante de la estación, los voluminosos manuales de instrucciones de los electrodomésticos, las pepitas de la sandía. Bastaba pensar un poco para que se me ocurriera una serie de cosas innecesarias. Si hiciera una clasificación minuciosa, seguro que en cualquier momento dispondría de uno o dos millones de cosas innecesarias.

Si la duración normal de mi vida fuese de setenta años, me quedaban cuarenta por delante. Es decir, para vivir el resto debería eliminar 14 600 cosas. Pero si continuase con la eliminación, mi vida podría alargarse cien o doscientos años.

Como decía Aloha, a lo largo de milenios los seres humanos han creado innumerables fruslerías. Aunque desaparecieran algunas, nadie se vería negativamente afectado por ello. Incluso la gente estaría agradecida, porque el mundo se habría vuelto más sencillo.

Por otra parte, era muy posible que mi profesión de cartero estuviera destinada a desaparecer. Probablemente llegará un día en el que no habrá más cartas ni postales. Si lo piensas bien, todas las cosas de este mundo se encuentran en la frontera entre lo necesario y lo innecesario. Tal vez los mismos seres humanos lleguen a encontrarse algún día en esa frontera. El mundo en que vivimos es así de irresponsable.

—Está bien, de acuerdo. Eliminaré cosas para alargar mi vida.

Acepté el trato y, de alguna manera, el mero hecho de tomar la decisión me infundió valor.

—¡Estupendo! ¡Por fin participas! —exclamó Aloha. Parecía contento.

—Eres tú quien me hace participar… Bueno, lo mismo da. ¿Qué puedo eliminar? Veamos. En primer lugar… ¡Esta mancha en la pared!

—Hmmm…

—¡El polvo encima de la estantería!

—Hmmm…

—¡El moho de los azulejos del baño!

—¡Eh, eh! No soy el encargado de la limpieza. No te pases con el diablo.

—Entonces, ¿nada de eso es válido?

—¡Pues claro que no! ¡Las cosas a eliminar las decido yo!

—¿Y cómo lo haces?

—¿Que cómo lo hago? Digamos que según se me antoje.

—¿Depende de tus antojos?

—Bueno, vamos a ver qué eliminamos.

Aloha examinó la habitación con detenimiento. Seguí la línea de su mirada, diciendo quisquillosamente en mi fuero interno: «No quiero que toques esas figuritas», «No hagas desaparecer unas zapatillas tan peculiares y valiosas». Pero, pensándolo bien, aquello iba a procurarme vida. Se trataba de un auténtico trato con el diablo, y cualquier cosa no serviría. ¿Cuáles, entonces? ¿El sol, la luna, el mar que cubre la mayor parte de la tierra? ¿Eliminaría cosas de semejante envergadura? Finalmente, cuando empezaba a comprender la enorme importancia que tenían los objetos a eliminar, la mirada de Aloha se detuvo en la mesa.

—¿Qué es esto? —me preguntó, mostrándome una cajita que había cogido. Al sacudirla, produjo un ruido sordo.

—«Montaña de setas» —repuse.

—¿Setas?

—No, setas no. «Montaña de setas».

Aloha ladeó la cabeza. No me entendía. Tomó otra caja del mismo tamaño que la primera.

—¿Y esto qué es?

—La sacudió y produjo de nuevo el mismo ruido sordo.

—Esto es «Aldea de bambú».

—¿Bambú?

—No, bambú no. «Aldea de bambú».

—¡Ah, qué confuso es todo esto!

—Son cajas de dulces de chocolate y se llaman así.

—¿Chocolate?

—Eso es. Chocolate.

«Montaña de setas», «Aldea de bambú». Galletitas en forma de hongo o de brote de bambú recubiertas de chocolate. Me habían tocado días atrás en el sorteo realizado por una tienda del centro comercial, y las había dejado sobre la mesa. Pensándolo bien, el concepto de esos dulces es de lo más misterioso. Setas y bambú unidos a chocolate… No era de extrañar que el diablo se sintiera confuso.

—Ya veo. Había oído decir que los seres humanos elaboran demasiado chocolate, pero no sabía hasta qué extremo. ¿Por qué setas y brotes de bambú?

—La verdad es que nunca me había parado a pensarlo.

—Bien, ¿nos decidimos por el chocolate?

—¿Qué?

—¡Sí, lo eliminaremos del mundo!

—¿Es correcto tomar la decisión con esa facilidad?

—Por algo hay que empezar.

Intenté imaginar qué cambiaría si el chocolate desapareciera de este mundo. Los adictos al chocolate en todos los países lo lamentarían, pondrían el grito en el cielo,

estarían apesadumbrados, el valor del azúcar bajaría, la gente llevaría una vida lánguida. ¿Se impondrían el malvavisco y los caramelos en un mundo sin chocolate? No, no tienen la misma fuerza que este. Sin duda la humanidad se esforzaría por crear nuevos dulces que lo sustituyeran. Esto me llevó a pensar en el deseo insaciable de comer que tenemos los humanos.

El gato que estaba a mi lado comía lo que poco antes le había dado. Un alimento especial para gatos, arroz con virutas de bonito seco. Un tipo de pienso, naturalmente. Los seres humanos somos distintos. Lo nuestro es una obsesión con el comer. Solo nosotros armonizamos los sabores, damos forma a los alimentos, decoramos los platos. El chocolate constituye el ejemplo máximo de tales acciones. Se le añaden frutos secos, se recubren con él las galletas, algunas en forma de seta o brote de bambú. El chocolate estimula el impulso creativo aplicado a la comida. Y puede decirse que ese deseo insaciable de comer ha hecho evolucionar a la especie humana. Pensé que era una gran suerte.

Seguro que en ningún lugar del mundo existe alguien tan necio que esté dispuesto a perder la vida por el chocolate. Si pudiera alargar la mía a cambio de una cosa así sería afortunado. Hay una infinidad de objetos de esa categoría, y estaría muy bien alargar mi vida eliminándolos a un ritmo constante.

Cuando había visto una pequeña esperanza en el trato con el diablo, oí la voz de Aloha.

—¿Es esto sabroso? —me preguntó, mirando alternativamente la caja de «Montaña de setas» y la de «Aldea de bambú».

—No están nada mal —le respondí.

—Hmmm…

—¿Nunca las has probado?

—Nunca.

—Pues adelante, hazlo si te apetece.

—No, los alimentos humanos no me gustan. No sé, en general tienen un sabor que…

—Ya.

Me entraron ganas de preguntarle qué comen los demonios, pero me contuve. Entonces la curiosidad venció a Aloha. Sacó una galleta de la caja de «Montaña de setas», la olisqueó, la examinó atentamente de derecha a izquierda, la olió de nuevo y se la acercó con cautela a los labios. Cerró con fuerza los ojos y se metió la galleta en la boca.

Silencio, seguido de un sonido crujiente que se expandió por la estancia. Aloha estaba masticando una galletita «Montaña de setas».

—¿Qué te parece? —le pregunté tímidamente. Aloha no dijo nada y siguió con los ojos cerrados.

—¿Qué te pasa?

—De…

—¿Estás bien?

—De…

—¿Pido una ambulancia?

—¡Delicioso!

—¿Cómo?

—¿Pero qué es esto? ¡Está demasiado bueno! ¿Seguro que quieres eliminarlo? ¡Sería una lástima!

—Has sido tú quien me ha dicho que lo eliminara.

—Habré sido yo, pero ha sido un error… una cosa tan buena…

—Pero si no hay eliminación, me muero, ¿no es cierto?

—Sí, claro.

—Entonces elimínalo.

—¿De veras? —preguntó Aloha, en un tono lastimero y con el ceño fruncido.

—Sí, de veras —repliqué en un tono de firmeza, a pesar de que me inspiraba lástima.

—Espera, ¡la última! —exclamó de repente.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Puedo… puedo comerme otra? —me pidió con una expresión patética, las lágrimas asomándole a los ojos. Parecía ser que el chocolate le había encantado.

Procurando que yo no lo viera, se llevó a la boca dos o tres setas y estuvo un buen rato saboreándolas.

—Mira, esto no lo vamos a eliminar.

—¿¡Cómo!?

—¡Una cosa tan buena no se puede eliminar!

—Pero…

No era posible que decidiera no eliminar algo con tanta facilidad cuando mi vida dependía de ello. Yo parecía haber aceptado mi sino, el de morir dentro de muy poco tiempo, pero si me ofrecían la posibilidad de alargar la vida, me aferraría a cualquier trato, por absurdo que fuese. Quería morir tranquilo, con presencia de ánimo, sin debatirme inútilmente, y había creído que sería así. Sin embargo, ahora que mi muerte era inminente, tenía un atisbo de mi codiciosa naturaleza humana: quería vivir, aunque fuese agarrándome a un clavo (o a un diablo) ardiendo.

—Eso no puede ser.

—¿Qué pasa? ¿Empiezas a lamentar la pérdida de tu vida?

—Naturalmente. Además, ¿es lícito decidir según el gusto personal las cosas que es posible eliminar y las que no?

—Claro que es lícito, porque soy el diablo, ahí tienes. —Enmudecí ante tamaña injusticia, y Aloha continuó—. Vamos, vamos, no estés tan cabizbajo. ¡Ahora mismo me pongo a pensar en otra cosa!

Dicho esto, su mirada recorrió frenéticamente la habitación. Era evidente que trataba de apresurarse a corregir el error cometido. Le estaba observando fríamente,

diciéndome que, para ser el diablo, era un tipo insignificante, cuando sonó mi móvil. Me llamaban desde la estafeta de Correos donde trabajaba. Consulté el reloj y vi que la hora de entrada en la oficina había quedado muy atrás. Quien me llamaba era el director. Aunque se le notaba impaciente porque aún no me había presentado en la oficina, sabía que el día anterior no me encontraba bien y me había marchado antes de la hora de salida para ir al hospital. Estaba preocupado.

—Estoy bien, pero me siento débil. Le agradecería que me diera una semana de descanso.

Mi petición tuvo éxito y conseguí un permiso de varios días de ausencia. Apagué el móvil.

—Eso…

—¿Qué?

Me di cuenta de que Aloha señalaba el móvil.

—Eso no parece ser necesario.

—¿Cómo? ¿El móvil?

—Sí, vamos a eliminarlo —replicó, riendo—. ¿Qué te parece? Un día de vida a cambio del móvil.

Si los móviles desaparecieran del mundo, ¿qué saldría este ganando y qué perdería? Pero Aloha siguió insistiendo, sin darme tiempo a reflexionar en la situación.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—¿Eh?

Un día de mi vida o el móvil… ¿Cómo saber si valía la pena?

—¡Vamos, date prisa o lo elimino ya!

—¡Espera un momento!

—Veinte segundos… diez segundos, nueve, ocho, siete…

—¡Deja de contar segundos como si fuese una partida de *shogi*[3]! ¡Elimínalo! ¡Hazlo ya!

Ya no estaba en condiciones de seguir vacilando. La vida o el móvil. Naturalmente, la vida tenía prioridad.

—De acuerdo, lo elimino —dijo Aloha en un tono despreocupado.

—¡Espera, espera!

De repente había caído en la cuenta de que llevaba largo tiempo sin llamar a mi padre. Pero eso no tenía remedio. Habían pasado cuatro años desde la muerte de mi madre, y en todo ese tiempo no me había comunicado con él una sola vez. Y, desde luego, no nos habíamos visto.

Alguna vez he oído decir que mi padre sigue ganándose precariamente la vida con el taller de relojería que tiene en la ciudad vecina, pero nunca se me ha ocurrido ir a verle. Sin embargo, ahora que conocía la inminencia de mi muerte, pensé que debería ponerme en contacto con él.

Aloha debió de percibir mi indecisión.

—Comprendido —me dijo sin dejar de sonreír—. Eso le ocurre a todo el mundo. Cuando llega la hora de eliminar algo, los pensamientos se atropellan en su mente. Por eso siempre tengo una opción que ofrecer.

—¿Una opción?

—Así es. Concedo el derecho a usar una sola y última vez el objeto a eliminar.

—Ya veo.

—De modo que puedes hacer una llamada, y eres libre de elegir a la persona con la que desees comunicarte.

Al plantearlo en esos términos, me ponía en un brete. Pensé que, a pesar de todo, llamaría a mi padre. Pero, al evocar su rostro, no pude evitar el recuerdo de algo que sucedió cuatro años atrás. ¿Qué podría decirle a estas alturas? No, no sería para él mi última llamada. ¿Para quién sería? ¿Qué tal K., mi amigo de la infancia? Es realmente un buen muchacho. Aunque nos vemos bastante cuando coinciden nuestras respectivas horas de asueto, desde que nos conocimos hasta la fecha no hemos hablado más que de trivialidades. Si le llamo y le digo de improviso que me voy a morir y que a partir de ahora no existirán los teléfonos móviles, sin duda creerá que me he vuelto loco. «¿Qué clase de broma es esta?», me preguntará alarmado, e insistirá en que le diga a qué estoy jugando. No quiero que una cosa tan seria como mi última llamada por el móvil termine de esa manera. Así pues, rechacé la idea de llamar a K., mi amigo de la infancia.

¿Y si llamara a mi compañero de trabajo W., más antiguo que yo en el puesto? Siempre escucha amablemente las consultas que le hago sobre el trabajo o el amor. En la oficina es como un hermano mayor para mí. Pero… en aquellos momentos estaría trabajando. Mi llamada sería una molestia para él.

Esta misma reserva en unos momentos tan trascendentes, cuando me hallo tan cerca de la muerte, significaba que W. no era la persona apropiada para hacerle mi última llamada. Cierto que, bien mirado, hasta ahora no había tenido nada muy importante de que hablar con él. En un ambiente de copeo (soy un hombre frugal y me basta una sola cerveza para achisparme), tenía la sensación de que hablábamos de cosas de cierta altura, pero si me pregunto cuáles eran tales cosas, apenas se me ocurre alguna. Nos parecía que nuestra conversación era importante, pero nunca exponíamos nuestros verdaderos pensamientos.

Tremendo. Era la peor situación cuando mi vida tocaba a su fin.

Deslicé vigorosamente la página de contactos del móvil. Los nombres de mis amigos aparecían y se esfumaban. Cada uno de ellos era como un símbolo. En mi lista de contactos figuraban innumerables personas con las que había tenido alguna relación, pero ya no la tenía.

No había una sola digna de que fuese con ella con quien sostuviera mi última conversación telefónica. Hasta entonces mis relaciones con los demás habían sido tan débiles que era como si no hubiese tenido ninguna. Era demasiado patético que me diera cuenta de ello al final de mi vida. Como no quería que Aloha captara mis

sentimientos, salí del apartamento y me senté en la escalera. Apretaba el móvil con fuerza. Entonces un número de teléfono apareció en el fondo de mi mente. Era el de ella.

Lo había olvidado por completo, pero mi carne lo recordaba. Marqué lentamente aquel número que no figuraba en la lista de contactos.

TRAS VARIOS MINUTOS de conversación, volví al apartamento. Aloha estaba jugando con el gato. Más que jugar, se divertían rodando juntos por el suelo.

—¡Huy, qué travieso es el minino! ¡Para, para!

Permanecí en silencio mirando a Aloha, que se había olvidado por completo de sí mismo. Transcurrieron tres minutos.

—Ah.

Por fin se dio cuenta de que le estaba mirando fríamente y se sentó en el suelo, al parecer avergonzado. Cuando se volvió hacia mí, su expresión era serena.

—¿Ya has terminado?

¡No podía hablarme de repente con aquella seriedad! ¡Un diablo al que le gustan los gatos no es de recibo! Tras decírselo así en mi fuero interno, me tranquilicé.

—Sí, ya he terminado.

—Bien, voy a eliminarlo.

Aloha sonrió alegremente e hizo un guiño (como era incapaz de hacer un guiño normal, cerró ambos ojos y los apretó). El móvil que sostenía desapareció de mi mano.

—Bueno, nos vemos mañana.

Oí su voz, pero cuando alcé la cabeza, el diablo ya no estaba allí.

—Miau.

El triste maullido del gato vibró en la habitación.

Tenía que verla. Acababa de hablar con ella por el móvil.

Mientras pensaba en ello, sin darme cuenta me quedé profundamente dormido. De este modo dieron comienzo mis extraños siete días.

MARTES

Si los teléfonos desaparecieran del mundo

COMPARTO MI VIVIENDA con un gato. Aún no tiene nombre. Bueno, sí que lo tiene. Se llama Col. Como lo más probable es que lo hayas olvidado, permíteme que te avive un poco los recuerdos de este gato.

He de remontarme a la época de mis cinco años. Un día de fuerte lluvia mamá recogió en la calle un gatito empapado que estaba dentro de una caja de lechugas de Nagano. Mientras lo secaba con una toalla, se le ocurrió ponerle el nombre de Lechuga. No sé si te acuerdas.

A mamá no le gustaban los animales. Al principio, le costaba tocar a Lechuga, y durante cierto tiempo yo la ayudé a cuidarlo. Entonces a mamá se le declaró una alergia a los gatos y estornudaba sin cesar. Pasó un mes con lagrimeo y mucosidad constantes, y sin embargo no quiso buscar a alguien que quisiera quedarse con Lechuga.

—Este pequeño me eligió a mí —razonaba—. Por eso no puedo darlo.

Y mientras se secaba con una toalla la cara irritada, seguía cuidándole.

Un día, al cabo de un mes, la alergia de mamá desapareció por completo. Tal vez fue un milagro o tal vez su organismo se había adaptado. Sea como fuere, un día, de repente, se vio libre de estornudos, lágrimas y mocos. Recuerdo perfectamente ese día. Lechuga estaba al lado de mamá y no se separaba de ella ni un momento.

—Para conseguir algo, hay que perder algo.

Según mamá, eso era del todo lógico. Mucha gente trata de conseguir algo sin perder nada, pero eso es tanto como robar. En el momento en que uno consigue algo, hay otro que pierde. La felicidad de uno tiene su contrapartida en la desdicha de otro. Mamá solía hablarme de estos principios por los que se rige la vida.

Lechuga vivió once años. En la última fase de su vida contrajo un tumor, adelgazó con rapidez y al final parecía siempre dormido, hasta que murió apaciblemente. Desde el día de su muerte, mamá se sumió en un estado de absoluta atonía. Era una persona alegre y muy charlatana, le gustaba cocinar y hacer la colada. Pero abandonó las tareas domésticas y no hacía nada. Se pasaba el día en casa, llorando sin cesar. Me vi obligado a hacer la colada. Para comer la llevaba todos los días a un restaurante familiar que estaba cerca de casa.

No sé si te acuerdas…

Durante aquel periodo probamos todos los platos del restaurante familiar.

Y un día, cuando había transcurrido un mes desde la muerte de Lechuga, mamá, que había hecho una excepción y salido sola de casa, regresó con un gatito, como si nada hubiera ocurrido. El felino tenía un gran parecido con Lechuga. Era rechoncho,

un gato hermoso de colores blanco, negro y gris mezclados. Como era la viva imagen del otro, le pusimos de nombre Col. Al verlo tan redondo, mamá decía que realmente parecía una col.

La cara sonriente de mi madre me hizo sollozar. Mejor dicho, lloré a lágrima viva.

Siempre había estado inquieto, temeroso de que mamá se marchara muy lejos y nunca más volviese. Pero cuatro años atrás mamá se marchó realmente muy lejos.

—Vaya karma el mío, tengo la misma enfermedad que Lechuga —comentó con una leve sonrisa.

Al igual que Lechuga, mamá adelgazó a ojos vistas y acabó postrada en cama hasta que murió apaciblemente.

—Cuida bien de Col —me pidió.

Me digo que no es posible que yo muera antes que Col. Sin duda mamá se quedaría atónita y me regañaría. De haberlo sabido, habría buscado a alguien que pudiera cuidar de él.

Al despertar ya era de mañana. Por primera vez en mucho tiempo había soñado con mamá. Col se me acercó maullando. Abracé su cuerpo suave, atrayéndolo hacia mí. Lo noté esponjoso al tacto y caliente. Hacía que me sintiera vivo. Era cierto, había ganado un día a cambio del teléfono. ¿Cuáles de los hechos del día anterior habían ocurrido en realidad y cuáles no? Tal vez todo había sido real, pero no me habría extrañado que hubiese sido un sueño. Sin embargo, el móvil que siempre dejaba encima de la mesa había desaparecido. Tampoco tenía las décimas de fiebre constante ni me dolía la cabeza. Todo parecía indicar que realmente había hecho un trato con el diablo.

Los teléfonos habían desaparecido del mundo. Pensándolo bien, el teléfono, ¡y en especial el móvil!, era lo primero que había deseado eliminar. Sobre todo en los últimos tiempos, desde que me levantaba por la mañana hasta poco antes de quedarme dormido, lo tenía en las manos. Leía mucho menos, y había abandonado por completo los periódicos. Las películas que deseaba ver y no me decidía a hacerlo se acumulaban. Cuando viajaba en el tren, siempre miraba el móvil. Incluso cuando estaba en el cine, le echaba ojeadas. Lo mismo sucedía a la hora de comer. Durante la pausa de descanso en la oficina no podía dejar de mirarlo. Cuando estaba con Col, en vez de hacerle caso me enfrascaba en el móvil. Me disgustaba dejarme manipular por aquel aparato.

Desde que el móvil apareció en escena, en tan solo veinte años ha dominado a la gente. Un objeto que, de no haber existido, nadie habría echado de menos, se había vuelto imprescindible en veinte años. Al mismo tiempo que se inventaba el móvil, se inventaba la inquietud por no tenerlo.

Claro que lo mismo debió de suceder cuando aparecieron las cartas y con la introducción de Internet. Cada vez que el ser humano lleva a la práctica una nueva idea, pierde algo. Así se comprende que Dios aceptara la propuesta del diablo.

¿ME PREGUNTAS CON quién he tenido mi última conversación por el móvil? No me hace mucha gracia decírtelo, pero lo haré. Es mi primer amor, mi primera novia. No me digas que me comporto como una mujer. Dicen que, cuando están a punto de morir, la mayoría de los hombres recuerdan a su primer amor. Así pues, soy un muchacho tan normal y corriente como cualquier otro.

Bañado por la luz matinal, me levanté sin prisas. Mientras escuchaba la radio, me preparé el desayuno. Un café, un huevo frito, una tostada, unas rodajas de tomate. Después de desayunar, tomé otra taza de café mientras leía tranquilamente un libro. La clase de vida que uno lleva cuando no existe el teléfono. Fantástico. Tenía la sensación de que el tiempo se alargaba en vertical y el espacio se extendía en horizontal.

Se acercaba el mediodía. Cerré el libro de golpe y fui a la ducha. Me duché con agua demasiado caliente y me puse las prendas de vestir que había dejado bien dobladas (como ya he señalado, son de colores blanco y negro). Iba a verla.

Salí de casa y primero me encaminé a mi barbería habitual. No se me oculta lo ridículo que es ir al barbero cuando es posible que esté a punto de morir. Por favor, no te rías porque, en el fondo de mi corazón masculino, quiera estar un poco presentable para mi exnovia. Después de arreglarme el pelo, compré unas gafas nuevas en la óptica que hay delante de la barbería. Me dirigí a la parada de tranvías más cercana y subí a uno verde que llegó en aquel momento. Era la mañana de un día laborable y probablemente por eso iba lleno de pasajeros. Si nada hubiera cambiado, buena parte de los que iban sentados mirarían sus móviles. Pero aquel día era distinto. Leían, escuchaban música, contemplaban el paisaje a través de las ventanillas. Cada uno disfrutaba de su tiempo libre. Las expresiones alegres en las caras eran mucho más abundantes que de costumbre. ¿Por qué la gente miraba la pantalla del móvil con una cara tan seria? Al ver el ambiente de paz que reinaba en el interior del tranvía, pensé que no me había limitado a alargar un poco mi vida, sino que había hecho algo maravilloso por el mundo.

Pero ¿era cierto que los teléfonos habían desaparecido por completo del mundo?

Al otro lado de la ventanilla, en la esquina del centro comercial, vi el restaurante de *soba*, uno de cuyos empleados solía darle a Col virutas de bonito seco. En el letrero del establecimiento seguía figurando su número de teléfono.

Examiné el interior del tranvía. Los carteles publicitarios de teléfonos móviles fijados bajo el techo se apretujaban en el pequeño espacio. Sin embargo, ningún pasajero estaba mirando el móvil. ¿Qué significaba realmente aquello? De improviso pensé en Doraemon, en los volúmenes editados por Tentomushi Comics donde aparece un utensilio secreto llamado «gorra guijarro». El relato es como sigue:

Los padres de Nobita Nobi le riñen como de costumbre. «No quiero que nadie se preocupe por mí, quiero que todos me dejen en paz», le implora a Doraemon. Este saca de su bolsillo cuatridimensional la «gorra guijarro» y le dice que, si se la pone,

llevará la existencia de un guijarro al borde del camino, es decir, será como un objeto material que todo el mundo puede ver pero del que nadie hace caso. Nobita, muy contento, se pone la gorra y durante cierto tiempo disfruta de la indiferencia absoluta de que es objeto, pero gradualmente se va sintiendo triste y solitario (eso es muy propio de Nobita). Sin embargo, inexplicablemente, no puede quitarse la gorra y al final se echa a llorar (cosa también muy propia de Nobita). Al empaparse de lágrimas, la gorra se hincha y por fin puede quitársela. Entonces los padres de Nobita lo reconocen y el niño se dice: «¡Cómo me alegro de que los demás estén al tanto de mí!». Lo cito de memoria, pero creo que así es el relato.

Me he desviado mucho del tema, pero supongo que el sistema estructurado por Aloha es muy similar a esa «gorra guijarro». Quiero decir que los teléfonos seguían físicamente presentes en el mundo, pero nadie se percataba de su existencia, nadie les prestaba atención. Se trataba de algo parecido a un estado de sopor colectivo. Realmente aquel diablo era como Doraemon.

Probablemente los teléfonos irán desapareciendo del mundo a lo largo de los años, como si fuesen esos guijarros al borde del camino en los que nadie se fija. Esta reflexión me hizo caer en la cuenta de que desconocía las cosas que habían eliminado las otras 107 personas con las que Aloha había entrado en contacto. No nos percatamos de esas desapariciones. Es como si una taza favorita o unos calcetines recién comprados hubieran desaparecido sin que nos diéramos cuenta y no los encontrásemos por muy minuciosa que fuese la búsqueda. Parece imposible que se pierdan, pero eso es lo que ha ocurrido. Tales pérdidas siempre pueden estar produciéndose en algún lugar sin que nos enteremos.

Tras recorrer dos largas pendientes, el tranvía llegó a la ciudad vecina. Bajé en una gran plaza y me dirigí al lugar del encuentro. En el centro de la plaza había una torre con un reloj en lo alto. Cuando iba a la universidad, mi novia y yo solíamos encontrarnos aquí. Las calzadas que rodeaban la torre estaban flanqueadas por restaurantes, librerías y tiendas. Faltaban quince minutos para la hora de la cita. Normalmente me habría dedicado a mirar el móvil, pero en vez de eso saqué un libro de bolsillo y me puse a leer hasta que ella llegara.

Sin embargo, no se presentó a la hora convenida. Media hora después seguía sin aparecer y me sentía perplejo. Inconscientemente me llevé la mano al bolsillo, en busca del móvil. No estaba allí. Era cierto, lo había eliminado. ¿Me habría equivocado de lugar de encuentro? ¿O tal vez de hora? Le había llamado en medio de mi trato con el diablo, cuando estaba lleno de agitación, y era muy probable que en semejantes circunstancias me hubiera confundido.

«Qué fastidio», me dije sin querer. Me había librado del teléfono, pero ahora lo necesitaba. Esperé tembloroso junto a la torre del reloj.

Recuerdo haber dicho «qué fastidio» a menudo en la época de la universidad, cuando salíamos juntos. Ella procedía de una gran ciudad y había venido a esta localidad provinciana, donde estudiaba filosofía. En la casa alquilada tenía un

ventilador, una estufa eléctrica y muchos libros. Todos se comunicaban por el móvil excepto ella. Carecía tanto de móvil como de teléfono fijo. Inevitablemente tenía que llamar desde un teléfono público. Cuando la indicación de «teléfono público» aparecía en la pantalla de mi móvil, me sentía feliz, como si mi cuerpo flotara en el aire. Le respondía de inmediato, sin que me importara dónde estuviese, tanto si era en clase como desempeñando uno de mis trabajos de jornada parcial.

Lo peor era cuando no podía responder a tiempo, y lo lamentaba al ver el registro de la llamada. Retornarla habría sido inútil, pues era el número de un teléfono público. En aquella época soñaba a menudo con una cabina telefónica vacía cuyo timbre no deja de sonar. Tras llevarme varias veces esa decepción, decidí dormir con el móvil encima del pecho. Me dormía notando el calorcillo del aparato, como si fuese la temperatura corporal de mi chica. Cuando llevábamos seis meses de relación, ella se dejó persuadir por mi insistencia e instaló en su casa un anticuado teléfono negro. Me dijo orgullosamente que se lo habían regalado y, al mostrármelo, hizo girar el disco varias veces. Me llamó muy a menudo desde aquel teléfono, hasta tal punto que el número que aparecía en la pantalla de mi móvil se me quedó grabado, como si impregnara mi cuerpo y este lo absorbiera.

Era asombroso. No recordaba los números registrados en mi móvil, ni de amigos ni de compañeros de trabajo, y mucho menos el de mis padres. Había trasladado al aparato la responsabilidad de memorizar perfectamente todos los números. Al reflexionar en ello, temí que me estuviera ocurriendo algo terrible.

El día anterior había decidido recordar los números absorbidos por mi cuerpo, y el que me vino espontáneamente a la memoria fue el de mi exnovia. Al final había confiado en el vínculo inscrito en mi memoria corporal.

Hace siete años que nos separamos, pero había algo que deseaba preguntarle. Cuando respondió a mi llamada, me dijo que trabajaba en un cine de barrio y que tenía libre el día siguiente. Agradecí esa casualidad y convinimos la cita.

—Entonces hasta mañana —dijo ella. Su voz era exactamente la misma que en la época de la universidad, y me sentía como si de improviso hubiera retrocedido siete años en el tiempo.

Pasé una hora al pie de la torre del reloj, y cuando parecía que el frío iba a fusionarme los pies con los adoquines, vi que venía corriendo hacia mí.

No había sufrido el menor cambio en siete años. La misma manera de vestir, la misma manera de correr. La única diferencia era que antes tenía una larga melena y ahora llevaba el cabello muy corto.

La palidez de mi cara pareció alarmarla.

—¿Qué te pasa? —me preguntó en un tono de preocupación—. ¿Te encuentras bien?

Ni «¿qué tal?» ni «¡cuánto tiempo!». Era penoso que sus primeras palabras fuesen para preguntarme si me encontraba bien. Hablamos y descubrí que, en efecto, me había equivocado y acudido a la cita una hora antes de lo convenido.

—Qué fastidio, ¿verdad?

—Sí que lo es —replicó ella, riendo.

—ES PROBABLE QUE me muera dentro de poco.

Le hice esta confesión en la cafetería, ante una taza de café caliente. Ella permaneció un rato en silencio mientras tomaba lentamente su cacao.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

La indiferencia de su reacción me dejó estupefacto. En la cocina tradicional de la anguila existen tres grados de calidad que, de menor a mayor, se denominan ciruela, bambú y pino. Yo había esperado de ella que tuviera una de esas tres reacciones. Ciruela: «¿Por qué? ¿Qué te ocurre?». Bambú: «¡Dime qué puedo hacer por ti! ¡Lo que sea!». Pino: sin decir nada, se echaría a llorar desconsoladamente. Sin embargo, su reacción estaba incluso por debajo del grado de ciruela.

Aunque, pensándolo mejor, yo mismo había mantenido una notable presencia de ánimo cuando recibí mi sentencia de muerte. Era natural que otra persona no se sorprendiera ni desesperase ni lamentara algo que ni siquiera yo mismo tenía claro. ¿Por qué esperamos del prójimo que haga lo que nosotros mismos no podemos hacer? ¿Deseaba que ella se sorprendiera de mi situación y la lamentase?

—Pero ¿por qué tan de repente?

—Se trata de un cáncer…

—Vaya… eso es grave. Pero no pareces nada triste. Tal vez sea así como uno se comporta cuando sabe que su muerte está cerca.

No podía decirle que el motivo de mi relativa serenidad era el trato que había hecho con el diablo para alargar mi vida. No creo que exista un solo hombre en el mundo al que le parezca bien que su primer amor piense que se ha vuelto loco antes de morir. Además, lo que deseaba decirle no era eso.

—Bien…

—¿Qué?

—Cuando sabes que probablemente vas a morirte muy pronto, deseas preguntar ciertas cosas sobre ti mismo, necesitas confirmarlas.

—Ya veo. ¿Es eso lo que te ocurre?

—A decir verdad, quisiera averiguar el sentido de mi vida.

—¿Te interesa saberlo?

—Claro que me interesa. Quiero que me cuentes algunos de los recuerdos que tienes de cuando estábamos juntos. Todo me servirá, no importa lo pequeños que sean los detalles.

Tras haberme apresurado a decirle lo que deseaba, apuré el tibio café. Ella estaba pensativa.

—Si se trataba de eso, deberías habérmelo planteado previamente —musitó.

Me sentía incómodo, así que fui al lavabo y esperé un largo rato antes de volver a

la mesa.

—La frecuencia con que ibas al lavabo —dijo ella de improviso.

—¿Cómo?

—Ibas muy a menudo.

Eso era lo primero que se le ocurría.

—Y estabas mucho rato en el lavabo. Cosa de hombres, sin duda.

Era increíble. ¿De repente me salía con eso? Además, nunca me había dicho tal cosa. Pero es cierto que voy mucho al lavabo y paso ahí largo tiempo. El lavabo es un mundo aparte donde puedo pensar a fondo, lo utilizo sin prisas y, mientras me lavo las manos, vuelvo a la realidad inmediata. En cambio, ella rara vez iba al lavabo. Cuando lo hacíamos juntos, siempre terminaba antes y me esperaba fuera.

—Otra cosa es que suspiras demasiado. Eso siempre me hizo pensar que debías de tener muchos problemas.

—¿Tanto suspiraba?

—Y no tomabas ni una gota de alcohol.

—Perdona…

—Ah, sí, aunque eres un hombre, en el restaurante no podías decidir lo que deseabas y siempre acababas pidiendo *curry*. Si me enfadaba, te deprimías y entonces te costaba mucho recuperarte.

Había hablado de corrido, y entonces tomó el cacao con una expresión que revelaba lo muy satisfecha que se sentía. ¿Era aquello lo que tenía que escuchar al final de mi vida? ¿Y el sentido de mi existencia? ¿Y su valor? Era demasiado cruel. ¿Tales eran los recuerdos que tenía del hombre al que supuestamente había amado? No, no se trataba de crueldad. Como les sucede a todas las mujeres, era muy severa y tajante con respecto a un hombre de su pasado. Traté de convencerme de que era eso lo que le ocurría.

—Ah, y recuerdo otra cosa. Aunque hablabas mucho por teléfono, cuando estábamos juntos como ahora no me decías nada.

En ese punto tenía toda la razón.

En aquel entonces podíamos hablar por teléfono dos o tres horas seguidas. A veces la conversación se alargaba hasta ocho horas y, como la distancia entre nuestros domicilios podía cubrirse a pie en media hora, comentábamos riendo que habría sido mejor que nos hubiéramos visto.

Pero eso no era exacto. Cuando estábamos juntos, no teníamos nada que decirnos. Creo que la sensación de distancia, físicamente lejos pero psicológicamente cerca, que proporciona el teléfono nos surtía de temas y daba viveza incluso a los más insignificantes.

De todos modos, la valoración que hacía de mí era demasiado baja. Puesto que aquella era la última vez, ¿no podía tener alguna atención conmigo? Pese a lo desolado que estaba, quería llegar al fondo del asunto.

—¿Cómo pudiste estar conmigo durante tres años si tengo tantos puntos

negativos?

—Es cierto, pero…

—¿Pero qué?

—Me gustaban tus llamadas. Me gustaba que me hablaras de música y novelas, como si eso pudiese cambiar el mundo, a pesar de que, cuando nos veíamos, apenas me hablabas.

—La verdad es que también yo tenía la sensación de que cambiaba el mundo cuando escuchaba tus comentarios sobre una película que habías visto.

Así empezamos a andarnos por las ramas, hablando de cosas como el chico más delgado de la clase, que se ha convertido en un hombrón de ciento veinte kilos, y la chica menos llamativa, que se casó poco después de graduarse y tiene cuatro hijos. Mientras charlábamos, empezó a oscurecer, y al salir de la cafetería la acompañé a su casa.

Vivía en el cine donde trabajaba, en una habitación encima de la sala.

—Así que al final te casaste con el cine —le dije.

—Anda, no me gastes esa clase de bromas —replicó riendo.

—¿Cómo está tu padre? —me preguntó cuando recorríamos lentamente el camino empedrado.

—Pues… la verdad es que no lo sé.

—Todavía no habéis hecho las paces…

—No he vuelto a verle desde que murió mi madre.

¿Por qué nos separamos? Sería fácil decir que por aburrimiento, pero por mucho que buscara no podría encontrar un motivo determinante.

Ella había permanecido un rato callada, y de repente se volvió hacia mí.

—Por cierto, ¿te acuerdas?

—¿De qué?

—De mi comida favorita.

Era una pregunta inesperada. Transcurrieron quince segundos.

—¿Langostinos rebozados?

—¡Respuesta incorrecta! *Tempura* de maíz.

Por poco… No dejaba de ser algo frito. ¿A qué venía ese giro en la conversación?

—¿Y mi animal favorito?

—Pues…

—El mono japonés.

No me dio tiempo a decirle que lo había tenido en la punta de la lengua.

—A ver, ¿cuál es la bebida que más me gusta?

—Hmm… lo siento, me rindo.

¿Cuál sería? No lo recordaba en absoluto.

—El cacao, lo que he tomado antes. ¿Lo habías olvidado?

No, ahora lo recordaba todo. Recordaba lo mucho que le gustaba la *tempura* de maíz y que, cuando era la temporada, siempre lo pedía. Cuando íbamos al zoo no se movía del montículo donde estaban agrupados los monos japoneses, y era cierto que tomaba cacao caliente tanto en invierno como en verano. No es que hubiera olvidado todo eso, sino que los recuerdos no habían aflorado. Mi corazón, como la pesada piedra que se pone sobre los encurtidos, parecía haber confinado los recuerdos que tenía de ella.

—Es fácil olvidar, ¿verdad?, pero ya me lo esperaba. Es lo que ocurre con el motivo de nuestra separación. No vale la pena recordarlo.

—¿Tú crees?

—Pero el único motivo que se me ocurre es el viaje a Buenos Aires.

—El viaje a Buenos Aires… Lo recuerdo con nostalgia.

EN AQUELLA ÉPOCA nunca abandonábamos nuestra ciudad. Cuando salíamos juntos, íbamos aquí y allá y volvíamos al mismo sitio, como en el juego de Monopoly. Sin embargo, nunca nos aburríamos. Finalizadas las clases, nos encontrábamos en la biblioteca, íbamos al cine, luego charlábamos tranquilamente en una cafetería y terminábamos haciendo el amor en su habitación. En ocasiones ella preparaba *obento*[4], tomábamos el funicular e íbamos a comer al lugar desde donde se abarcaba el mejor panorama.

Esta clase de salidas nos bastaba. Visto desde ahora, resulta increíble, pero creo que entonces la sensación del tamaño de la ciudad se correspondía muy bien con la sensación de nuestro propio tamaño.

Salimos juntos durante tres años y medio, y en todo ese tiempo solo hicimos un viaje al extranjero.

FUIMOS A BUENOS Aires. La primera y única vez que he salido de Japón. Nos había entusiasmado una película de un director de Hong Kong rodada en esa ciudad, y decidimos viajar allá aprovechando el último periodo vacacional largo una vez finalizados los estudios universitarios.

Volamos por una línea aérea americana barata (en el avión hacía un frío excesivo y la comida parecía de arcilla), haciendo varios transbordos, y aterrizamos en Buenos Aires al cabo de veintiséis horas. Desde el aeropuerto de Ezeiza fuimos al centro en un taxi sospechoso. Al entrar en la habitación del hotel, nos dejamos caer en la cama, pero no pudimos dormir. Aunque debíamos de estar muy cansados, nuestro reloj biológico seguía ajustado a la hora japonesa y resultaba imposible conciliar el sueño. Nos encontrábamos en las antípodas de Japón.

Decidimos prescindir del sueño, saltamos de la cama y salimos a pasear por la ciudad. En las calles adoquinadas vibraba el sonido del bandoneón y había bailarines

de tango. Caminamos por aquella Buenos Aires de cielo bajo hasta el cementerio de la Recoleta, deambulamos por los laberínticos senderos y por fin localizamos la tumba de Evita. Luego comimos en un café donde un anciano y canoso guitarrista tocaba melodías de tango.

Al atardecer fuimos en autobús al barrio de Boca. Avanzamos durante una media hora por una estrecha carretera, hasta que apareció la pintoresca hilera de casas. Amarillo mostaza contra el azul celeste, verde esmeralda y rosa asalmonado. Muchas de las casas son de madera y están pintadas de colores pastel que brillan bajo la luz de la tarde. Después de pasear por aquel barrio que parecía de juguete, ya de noche fuimos a la tanguería La Ventana de San Telmo. El calor del tango nos transportó a un mundo exótico.

Desde entones y durante varios días recorrimos la ciudad de Buenos Aires como si flotáramos a causa de un acceso de fiebre.

EN EL HOTEL barato donde nos alojábamos conocimos a Tom. Aunque se llamaba así, era japonés. Tenía veintinueve años y había dejado su trabajo en una agencia de publicidad para dar la vuelta al mundo. Al anochecer, íbamos con Tom a un supermercado cercano y comprábamos vino, carne y queso, hacíamos la cena y la sobremesa se prolongaba durante toda la noche.

Tom nos hablaba de los diversos países que había visitado. Las rollizas vacas de la India, los pequeños bonzos tibetanos, la Mezquita Azul de Estambul, las noches blancas de Helsinki, el océano que se extendía hasta donde alcanzaba la vista en Lisboa. Tom bebía mucho, y en su estado de embriaguez seguía hablando como si soñara. Nos decía que en este mundo hay muchas crueldades, pero también mucha belleza que las compensa. Lo que nos contaba era absolutamente inimaginable para nosotros, que vivíamos en una ciudad pequeña y teníamos muy limitado el alcance de nuestros movimientos. También Tom, unas veces riendo y otras al borde de las lágrimas, escuchaba nuestras anécdotas. Allí, en las antípodas, los tres charlábamos sin cesar.

Un día, cuando se acercaba la fecha del regreso a Japón, Tom tardaba en volver al hotel. Ella y yo le esperamos tomando vino, pero Tom definitivamente no apareció. Al día siguiente por la mañana nos informaron de que había muerto.

Había ido a ver una imagen monumental de Cristo que se encuentra en la frontera entre Argentina y Chile, y el autocar en el que viajaba cayó por un precipicio. Nos parecía estar soñando, experimentábamos una sensación de irrealidad. Tom entraría en el comedor de un momento a otro, con una botella de vino en la mano, y diría: «¡Vamos a beber!». Pero no regresó. Pasamos el resto del día en un estado de ingravidez, como si flotáramos sobre las nubes.

El último día de nuestra estancia en Argentina fuimos a ver las cataratas de Iguazú. Desde el aeropuerto, recorrimos un trayecto de media hora en coche y luego

caminamos durante dos horas hasta llegar a la Garganta del Diablo. Es la catarata con mayor caudal del mundo, y aparece en aquella película de Hong Kong. El agua se precipita en una garganta con una fuerza impresionante, un espectáculo que nos hizo experimentar la violencia de la naturaleza.

De repente me di cuenta de que ella estaba llorando. Lo hacía ruidosamente, pero por mucho que llorase el estruendo de la catarata disipaba el sonido de su llanto. En aquel momento asumí la realidad de la muerte de Tom. Ya no volveríamos a vernos, ya no podríamos charlar hasta la madrugada ni beber y comer juntos. Ahora, por primera vez, tanto ella como yo sentíamos en lo más hondo la verdadera realidad de la muerte.

Ella seguía llorando en aquel lugar donde los humanos somos seres desvalidos, y yo no podía hacer más que seguir contemplando la blanca masa de agua que engullía la tierra.

REGRESAMOS A JAPÓN invirtiendo el mismo tiempo que a la ida, veintiséis horas. Durante todo el vuelo no intercambiamos una sola palabra. ¿Acaso habíamos hablado demasiado en Buenos Aires? De ninguna manera. Sencillamente, no encontramos nada de lo que mereciera la pena hablar. No es que no habláramos, sino que no podíamos hacerlo. A pesar de que estábamos tan cerca, no podíamos transmitir nuestros pensamientos, éramos incapaces de verbalizarlos. Lamentablemente, nos habíamos quedado sin palabras. Y así, sin decirnos nada, durante veintiséis horas compartimos el presentimiento del final, del mismo modo que habíamos tenido el presentimiento del inicio.

Cuando no pude seguir soportando el largo silencio a bordo del avión, abrí la guía y pasé unas páginas. Vi la foto de una magnífica montaña, el Aconcagua, que se alza en el límite entre Argentina y Chile y es la más alta de Sudamérica. Pasé más páginas y apareció la imagen de Cristo en lo alto de la montaña. Me pregunté si Tom la vería o si habría muerto antes de verla. Traté de imaginarlo. Tom se apeó del autocar y, desde la cima de la montaña, contempló la enorme extensión de tierra allá abajo. Al volverse vio la sombra de la gran cruz que caía sobre su espalda. Alzó la vista hacia la imagen de Cristo con los brazos extendidos y vio deslumbrado cómo brillaba debido a la luz del sol que incidía en ella por detrás.

Al borde de las lágrimas, miré por la ventanilla. El océano cubierto de hielo se extendía sin límite. Aquellas aguas a las que la luz de la tarde daba una tonalidad violeta eran tan bellas como crueles.

Veintiséis horas después estuvimos de regreso en nuestra ciudad, parecida a un juego de Monopoly.

—Bueno, hasta mañana.

Ella se despidió de mí en la estación como de costumbre y echó a andar cuesta abajo.

Permanecí en silencio y me limité a contemplar su espalda erguida que se alejaba.

A la semana siguiente nos separamos. Lo decidimos tan solo después de haber hablado cinco minutos por teléfono. Bastó una conversación formal, como un trámite en la administración pública, para poner fin a nuestras relaciones. Habíamos hablado durante más de mil horas por teléfono. Un noviazgo construido mediante mil horas de llamadas finalizaba con una de cinco minutos.

Aunque el teléfono había sido muy útil para estar en contacto, por otro lado nos hizo perder el tiempo necesario para que cada uno pensara en el otro y ejercitase su imaginación. El teléfono nos arrebató el tiempo en el que habríamos reunido nuestros pensamientos, lo evaporó.

Cada mes recibía la factura del móvil. Veinte horas de llamadas en total. Doce mil yenes. ¿Era ese el precio de nuestra conversación? ¿Cuánto valdría una palabra? El teléfono era lo que nos había permitido hablar durante horas y horas, pero ya no podía mantenernos unidos. Y cuando salimos al mundo fuera del Monopoly, nos percatamos de que las reglas de ese juego eran lo que sostenía nuestra relación. Hacía tiempo que habíamos dejado de amarnos y los días pasados en Buenos Aires nos hicieron ver que las reglas del juego no tenían ningún sentido. Pero era inevitable que eso me causara cierto dolor.

Todavía pienso que si a bordo de aquel avión hubiéramos tenido el teléfono, tal vez no nos habríamos separado. Quizás habríamos prescindido del Monopoly e iniciado otro juego. Trato de imaginarnos durante las veintiséis horas en el avión. Dios nos ha prestado teléfonos y la llamo. A ella, que está sentada a mi lado.

—¿En qué estás pensando?

—¿Y tú en qué piensas?

—Estoy triste.

—Me siento sola.

—Yo estaba pensando en ti.

—También yo pensaba en ti.

—Quiero volver a casa cuanto antes.

—Yo también.

—¿Qué haremos entonces?

—¿Qué podríamos hacer?

—¿Vivimos juntos?

—No es una mala idea.

—En casa tomaremos café.

—Yo tomaré cacao.

De haber tenido teléfono, habríamos podido hablar incluso durante veintiséis horas. Cualquier tipo de conversación habría valido. Tan solo comunicar tu pensamiento a tu pareja y escuchar sus sentimientos habría sido perfecto. Si hubiera habido teléfonos, habría sido perfecto, pero allí no los había.

«Bueno, hasta mañana», había dicho ella en la estación, al marcharse.

Todavía recuerdo a veces que eso fue lo que me dijo con una leve sonrisa, una sonrisa que permanece en un recoveco de mi corazón como un ligero dolor que en los días lluviosos se hace notar como una herida antigua.

La verdad es que me aquejan muchos pequeños dolores similares. Tal vez esa clase de dolores sea lo que la gente llama arrepentimiento.

—Hoy…

El sonido repentino de su voz me hizo volver a la realidad. Vi que estábamos delante del cine.

—¿Decías?

—Perdona. Hoy solo te he dicho cosas desagradables.

—No, qué va. Ha sido interesante.

—Pero eso es lo que nos prometimos.

—¿Cómo?

—Has vuelto a olvidarte. Prometimos que, si nos separábamos, cada uno le diría al otro todas las quejas que tiene.

Sí, era cierto que prometimos tal cosa. Si un día nos separábamos, cada miembro de la pareja le diría al otro lo que le desagradaba de él. Yo solía decir, sin avergonzarme lo más mínimo, que como la vida continuaba a pesar de nuestra separación, teníamos que ser hasta el final maestros de nuestras vidas, de la misma manera que habíamos sido novios. Cada vez que le decía eso, ella replicaba que no podía imaginar nuestra separación. A mí me sucedía lo mismo.

—Te he soltado todo lo que no me gustaba de ti antes de que mueras —dijo ella, riéndose alegremente.

—Y yo te estoy agradecido porque me has permitido cumplir esa promesa. Pero no son cosas para decirlas en los últimos momentos de la vida. —Me reí también.

Cuando empezamos a amarnos, no podía imaginar que llegaría un día en que pondríamos fin a nuestra relación. Era feliz, y creía que ella también lo era. Hasta que la situación cambió. Yo era feliz, pero ella estaba triste. Sin duda al amor le llega su final y no obstante, aunque lo sabemos, de todos modos nos enamoramos. Tal vez sea lo mismo que ocurre con la vida. Llega a su término indefectiblemente, y aunque lo sepamos, seguimos viviendo. Sucede lo mismo que con el amor, la vida resplandece precisamente porque se acaba.

—De modo que vas a morirte pronto, ¿no? —me dijo mientras empujaba la puerta del cine, que parecía pesada.

—No es algo para preguntarlo tan a la ligera, ¿no crees?

—Como es la última vez, te pasaré la película que más te guste y la veremos juntos.

—Gracias.

—Bien, nos veremos aquí mañana a las nueve de la noche. Cuando termine la última sesión, empezará tu película. Trae la que prefieras.

—Entendido.

—Una última pregunta…

—¿Otra?

—¿Cuál es mi lugar preferido?

¿Cuál podría ser? No tenía la menor idea.

—Tampoco te acuerdas, tal como suponía. Bien, tienes hasta mañana para encontrar la respuesta. Tómatelo como unos deberes escolares.

Entró y cerró la puerta tras de sí.

—Hasta mañana —me dijo a través del vidrio.

—Hasta mañana —le respondí.

YA HABÍA OSCURECIDO. Alcé la vista y contemplé durante un rato el edificio de ladrillo del cine iluminado por luces rojas y verdes.

Qué día tan extraño. El teléfono había desaparecido del mundo. Pero ¿qué pérdida personal significaba eso para mí?

De repente un instrumento que almacenaba mis recuerdos y mis relaciones con el prójimo ya no existía. Lo peor de todo era la incomodidad que suponía su desaparición. Mi inquietud cuando la esperaba al pie de la torre del reloj era más de lo que podría haber imaginado.

Gracias a los inventos del teléfono y el móvil, hemos dejado de tener problemas de comunicación y la espera para entrar en contacto ha perdido su sentido. La incertidumbre, una cálida sensación al pensar en la inminencia del encuentro mientras esperaba y el frío que me hacía temblar persistían en mi interior.

—Ah. —En aquel momento lo recordé—. Es este lugar.

Me había preguntado por su lugar preferido. Era aquel cine.

En otro tiempo ella solía decirme: «Tengo la sensación de que este cine me espera siempre y me guarda una plaza libre. Cuando ocupo ese asiento, la sala se completa».

Había recordado la respuesta correcta y tenía que decírselo en seguida. Busqué el móvil en el bolsillo, pero no estaba. Claro, había dejado de existir. Me sentí irritado. Quería comunicarle la respuesta correcta en aquel mismo momento. Mientras pisoteaba el suelo para mantener el frío a raya, alcé los ojos y contemplé el edificio.

En aquel instante me percaté de que sentía lo mismo que en nuestra época estudiantil, cuando esperaba su llamada telefónica. El mismo tiempo durante el que estás impaciente, a la espera del encuentro inminente con otra persona, es el tiempo durante el que piensas en ella. Antes nos comunicábamos por carta, y el intervalo de espera hasta la llegada del correo se me hacía muy largo.

Los regalos en sí no tendrían sentido sin el tiempo que dedicamos a buscarlos, imaginando la satisfacción de su destinatario.

Para lograr algo tienes que perder algo. Recordé de improviso estas palabras de mi madre. Sí, fue precisamente el día en que cesaron los estornudos y los mocos. Acariciaba a Lechuga, que dormía acurrucado en sus rodillas, y me lo dijo con

dulzura pero con total convicción.

Mientras contemplaba el edificio del cine pensé en ella.

«Pronto te vas a morir, ¿no?». Sus palabras me habían afectado profundamente.

De repente me empezó a doler la parte derecha de la cabeza. Me ahogaba y no podía respirar. Tenía unos escalofríos terribles e incesantes y me castañeteaban los dientes.

Así que iba a morir. Pero no, no quería morir. Incapaz de tenerme en pie, me acuclillé delante del cine.

—¡No quiero morir!

De repente oí mi propia voz a mis espaldas y me volví, sorprendido. Era Aloha.

—Te has asustado, ¿verdad?

A pesar de que la temperatura estaba por debajo de cero, solo él vestía camisa hawaiana y pantalón corto, y llevaba las gafas de sol encima de la cabeza. Ya no era la camisa con la palmera y el coche americano, sino otra con un delfín y una tabla de surf. Hasta se había cambiado de camisa… Yo estaba muy molesto, pero no tenía fuerzas para mostrarle mi enfado.

—Qué bien. Una cita. Qué envidia me dais. Os he estado mirando. Se os veía muy contentos.

—¿Desde dónde nos estabas mirando? —le pregunté, empapado de un sudor frío.

Aloha señaló el cielo.

—Desde ahí arriba. —No estaba en condiciones para departir con él—. En serio. No quieres morir todavía, ¿eh? No sabías que tuvieras tanto apego a la vida, ¿verdad?

—No lo sé…

—Es indudable. No quieres morir, claro que no. Ni tú ni nadie. En eso todos sois iguales.

Me daba mucha rabia, pero debía reconocer que estaba en lo cierto. No era exactamente que no quisiera morir, sino que el temor a la muerte era insoportable.

—¡Ya tengo lo siguiente! He decidido lo que voy a eliminar.

—¿Cómo?

—¡Es esto! —exclamó, señalando el edificio del cine—. Sí, ¿qué tal si ahora eliminamos el cine? A cambio de tu vida.

—El cine… —Miré el edificio, cada vez más difuminado dentro de mi campo visual.

Era el cine al que había ido casi a diario con ella, donde había visto innumerables películas. Corona regia, caballo, payaso, nave espacial, chistera, metralleta, mujer desnuda… las escenas cinematográficas desfilaban una tras otra por mi mente. El payaso se reía, la nave espacial trazaba su *ballet* por los espacios siderales y el caballo empezaba a hablar. Era una pesadilla. ¡Socorro!, grité sin voz, y perdí el conocimiento.

MIÉRCOLES

Si el cine desapareciera del mundo

—SI LA OBSERVAS de cerca, la vida es una tragedia, pero si la observas de lejos, es una comedia —me dijo el hombre con chistera y un esmoquin que le iba un tanto grande, mientras hacía girar su bastón.

Estas palabras me llegaron a lo más hondo. Quería decírselo, pero no podía hablar.

—Hay una cosa tan inevitable como la muerte, y es la vida —prosiguió el hombre.

Eso era muy cierto. Lo comprendí por primera vez cuando pensé que podía morir. Tanto la muerte como la vida son valiosas, pero en mi caso están muy desequilibradas. Hasta ahora también yo creía haber vivido esforzándome a mi manera, pero lo único que le queda al hombre que soy ahora es arrepentimiento. La fuerza abrumadora de la muerte aplasta a la vida. El hombre de esmoquin se me acercó tocándose el estrecho bigote, como si hubiera captado mi pensamiento.

—Es inútil buscar el sentido. Al fin y al cabo el sentido es una nimiedad, ¿no crees? Vivir es bello y magnífico. Incluso la existencia de las medusas tiene sentido.

Sin duda tenía razón. Todo cuanto existe debe de tener un sentido, aunque sea un guijarro del camino o el apéndice vermiforme. De ser así, lo que estoy haciendo, esta acción de eliminar cosas del mundo, es un delito muy grave. Incluso las medusas tienen sentido, pero en mis circunstancias actuales, cuando el sentido de mi vida es dudoso, tal vez esté por debajo de las medusas.

El hombre se me acercó.

Sí, era Charlie Chaplin, sin ninguna duda. Se detuvo ante mí y se puso la chistera. Miau. Se quitó la chistera y me quedé estupefacto al ver que su cara era la de un gato.

Me levanté de un salto y consulté mi reloj de pulsera. Eran las nueve de la mañana. Col se acurrucó en mi cama y emitió un maullido de preocupación. Acaricié lentamente su cuerpo blando y cálido, suave al tacto. La sensación que produce la vida.

Por fin mi mente se puso en marcha y poco a poco recordé lo que me había ocurrido la noche anterior. Estaba delante del cine y perdí el conocimiento a causa del frío y el mareo. De lo que pasó después no recordaba nada en absoluto. Persistía un ligero dolor de cabeza y tenía unas décimas de fiebre.

—¡Un momento, hombre! ¿A qué viene esto? ¡Otra vez exagerando!

Yo mismo había hablado desde la cocina. No, no era yo, sino el diablo que había adoptado mi figura.

—Lo que tienes es un simple resfriado. ¡Un poco de seriedad, por favor!

—¿Un resfriado? ¿Qué quieres decir?

La llamativa camisa hawaiana roja que vestía Aloha me deslumbraba.

—Un simple resfriado, como te he dicho. Me ha costado mucho traerte hasta aquí. ¡Por muy diablo que sea, lo que cuesta me cuesta lo mismo que a cualquiera!

Vertió agua caliente en mi taza, añadió miel y unas gotas de limón y lo revolvió con una cucharilla.

—Como te encontrabas bastante mal, creías que ibas a morirte, ¿eh?

Seguía disgustado conmigo mientras depositaba la taza al lado de mi almohada.

—Perdona… —Tomé un sorbo del delicioso brebaje, dulce y ácido al mismo tiempo.

—¡No he fallado ni una sola vez cuando alargo la vida de alguien! ¡Menudo rapapolvo me daría Dios si fallara!

—A partir de ahora lo tendré en cuenta.

—Ya no estás en condiciones de decir «a partir de ahora». ¡Tienes que ser consciente de ello!

Este razonamiento de Aloha era un tanto injusto, pero no había nada que hacer, pues en aquellos momentos mi vida estaba en sus manos.

Col se alejó de mi almohada maullando. Incluso el gato parecía disgustado. Aloha esperó a que terminara de beber.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—¿Cómo?

—Vamos, hombre… hay que eliminar algo del mundo.

—Ah, sí.

—Y lo siguiente es el cine, ya lo sabes.

—Es cierto.

—¿Qué? ¿Lo elimino o no?

Traté de imaginar lo que ocurriría si el cine desapareciera del mundo. Sería tremendo, perdería mi afición. Ya sé que hablar de mis aficiones a estas alturas no tiene sentido, pero ¡qué desperdicio el de todos esos DVD que he coleccionado! Stanley Kubrick y la Blu-Ray Box de *La guerra de las galaxias* que acababa de comprar… Sí, pero ¿eso sería todo? ¿Tan limitadas serían las verdaderas dimensiones de nuestra acción?

Aloha me apremiaba, diciendo «vamos, vamos», pero el problema era importante y debía pensarlo con calma una vez más.

—Bien mirado… ¿no podríamos evitar la supresión del cine?

—No.

—¿Pero por qué?

—Porque… ¿qué otra cosa suprimirías?

La música, por ejemplo. ¿Y si la suprimiéramos? No music, no life! ¡No hay vida sin música!, como dice el anuncio en inglés de una tienda de discos. ¿Realmente podríamos vivir en un mundo sin música? Chopin me gusta muchísimo, pero un día

lluvioso, a solas en casa, pasaría el tiempo agradablemente aunque no pudiera escucharlo. Y si un día soleado desapareciera la música de Bob Marley, tal vez no experimentaría la moderada felicidad que me procura, pero la pérdida no supondría un problema. Cuando voy en bicicleta a toda velocidad, es muy agradable escuchar a los Beatles (una música de fondo que escucho mientras reparto el correo), pero no me es indispensable para realizar mi trabajo. Bill Evans, al que escucho por la noche, cuando regreso a casa caminando, me oprime gratamente el corazón con su sentimentalismo desgarrador, pero si no pudiera escucharlo más tampoco tendría problema alguno.

Primera conclusión: no music, yes to my life. Podré seguir viviendo plenamente sin música, aunque me sienta un poco triste.

No coffee, no life! No comic, no life! He gritado esta frase, pero podría seguir viviendo aunque hubieran desaparecido el café y los cómics. Y tengo la seguridad de que lo mismo sucedería si dejaran de existir la gelatina de café y el café con leche de Starbucks. Por otro lado, sería muy duro despedirme de Akira, Doraemon y Slam Dunk, pero intentaré decirles adiós para seguir viviendo.

Las figuritas de personajes de anime, las zapatillas deportivas, mi gorra, la Pepsi-Cola y los helados Häagen-Dazs… por supuesto, sería deplorable que desapareciera todo eso, pero no me moriré por no tenerlo. La vida es prioritaria.

De este modo lo examiné y abandoné todo en el ámbito de mi imaginación.

Segunda conclusión: Un ser humano no muere mientras disponga de alimento, agua y un lecho donde dormir. Es decir, casi todo cuanto existe en este mundo es prescindible.

Si desaparecieran las películas importantes que me han acompañado más que ninguna otra cosa, probablemente tendría la sensación de que yo mismo había desaparecido.

«Conocer el camino es distinto a recorrerlo», se dice en *Matrix*. La supresión de un objeto y la realidad relacionada con esa desaparición son dos cosas distintas. Cuando algo desaparece físicamente se produce una gran pérdida que no es cuantitativa, sino que más bien tiene una influencia directa y física. Es algo que no se nota a simple vista, pero hace que la situación cambie notablemente sin que nadie se dé cuenta.

Ante todo sentía una pena profunda, porque suprimir las películas que ella amaba, que amaban tantas personas en todo el mundo, era un gravísimo delito. Sin embargo, las películas empiezan a existir relativamente cuando yo existo, y si no fuese por mi existencia no servirían de nada. Si no estuviera vivo, el cine no me divertiría ni podría compartir sus maravillas ni con ella ni con quienes lo aman. Tomé la decisión de eliminar el cine.

Hace tiempo vi una película cuyo protagonista decía: «Muchas personas quieren vender su alma al diablo, pero es difícil encontrar un diablo que quiera comprarla». Estas palabras son erróneas, pues tenía ante mí al diablo comprador de almas. Ni en

sueños había imaginado que se me presentaría el diablo en persona.

—Parece ser que te has decidido, ¿eh? —me dijo Aloha, sonriendo alegremente.

—Sí…

—Pues en ese caso, de acuerdo con las reglas, elige la última película que te gustaría ver.

Cierto, recordé esa regla. Tenía que elegir una sola. Me puse a pensar, estrujándome la cabeza, pero me resultó imposible tomar la decisión.

«Como es la última vez, te pasaré la película que más te guste y la veremos juntos». Las palabras que ella me dijera la noche anterior revivieron en mi mente. Tal vez habían sido proféticas. En cualquier caso, elegir la última película que iba a ver en mi vida entre las muchas que amo era un gran problema. ¿Sería una de las que he visto o una de las que me perdí en su momento?

La última cena que desearías tomar, lo que querrías llevarte a una isla desierta… Había leído sobre esas cosas en revistas, las había visto en programas de televisión, pero ahora que me enfrentaba a una situación similar, no había nada más duro. No tenía la opción de rechazar la propuesta de Aloha, pues si lo hiciera no podría seguir viviendo.

—Parece que no puedes decidirte, ¿eh? Te comprendo. Naturalmente, ya lo había pensado. Te gusta mucho el cine, ¿no es cierto?

—Sí.

—Mira, te voy a conceder media jornada para que lo pienses. ¡Pero decídete en ese tiempo! La última película de tu vida.

COMO NO SABÍA qué hacer, visité a Tsutaya. No se trata de una tienda, sino de una persona. De entrada pensarás que uso un japonés raro y que debo corregirlo, pero espera. Como te digo, no sabía qué hacer, y cerca de mi casa hay una vieja tienda de alquiler de vídeos (por cierto, no es una sucursal de la famosa cadena Tsutaya) donde trabaja un amigo del instituto que es un diccionario andante de películas, lo que le ha valido el apodo de Tsutaya.

Mi amigo lleva más de diez años trabajando en esa tienda, y estoy seguro de que se pasa en ella media vida, mientras la otra media la dedica a ver películas. Excepto las horas de sueño, todo su tiempo libre está consagrado al cine. Es un *otaku*[5] cinematográfico de la cabeza a los pies.

Tsutaya y yo fuimos compañeros de clase en el primer curso de la enseñanza media elemental. Estuvo las dos primeras semanas sin hablar con nadie, rehuía las miradas de los compañeros y pasaba mucho tiempo a solas en un rincón del aula. Fui yo quien cedió al impulso de hablarle y nos hicimos amigos.

Ya no recuerdo por qué me dirigí a él, pero creo que en dos o tres ocasiones a lo largo de su vida un ser humano atrae fuertemente a alguien de un tipo absolutamente distinto al suyo. Si es una mujer, será su novia, y si es un hombre, se convertirá en un

amigo íntimo. Creo que Tsutaya me atrajo mucho en aquel momento. Antes de que me diera cuenta, había trabado conversación con él y en un abrir y cerrar de ojos éramos buenos amigos. Aun así, Tsutaya hablaba poco y apenas me miraba a los ojos, pero de todos modos me caía muy bien.

Normalmente guardaba silencio, pero, cuando hablábamos de cine, de repente se expresaba con fluidez y le brillaban los ojos. Entonces comprendí que cuando uno habla de algo que le interesa mucho, da lugar al surgimiento de una emoción. En la época escolar me habló de muchas películas, que vi una tras otra, empezando por las de historia japonesa, ciencia ficción de Hollywood, *Nouvelle Vague* francesa, cine independiente asiático, etcétera. Las recomendaciones de Tsutaya eran ilimitadas. Se atenía al principio de que lo bueno es bueno sea de donde fuere y prescindía de géneros, épocas, países, protagonistas y directores. Si una película es buena, lo es al margen de la época en que se rodó y de su nacionalidad. Por una serie de casualidades, cuando accedimos a la enseñanza media superior, Tsutaya y yo volvimos a coincidir en la misma clase. Creo que la formación cinematográfica que me proporcionó durante los seis años de estudios medios me convirtió en un *otaku*, un obseso del cine, más que en un cinéfilo, pero cuando me encuentro ante Tsutaya comprendo que los llamados *otaku* (entre los que me incluyo) son una falsificación a su lado. Con el conocimiento parcial del cine que tienen basta para que la sociedad les expida un certificado de *otaku*, pero una persona como Tsutaya es un espécimen perfecto de ese tipo humano, lo cual no significa que quisiera parecerme a él. Disculpa, Tsutaya.

En solo ocho minutos a pie desde mi casa, llegué a la tienda de alquiler de vídeos. Como cabía esperar, también aquel día Tsutaya estaba detrás del mostrador. El excesivo hieratismo de su postura habitual le daba el aspecto de una imagen de Buda en un templo. La sensación que producía su figura vista desde el exterior era que la tienda y los innumerables DVD rodeaban a Tsutaya, más que la de que este se encontraba dentro de la tienda.

—¡Hola, Tsutaya! —le saludé tras cruzar el espacio abierto por la puerta automática.

—Ho… hombre, cuánto tiempo. ¿Có… cómo te va?

Una imagen de Buda… Como de costumbre, mi amigo eludía mi mirada. Ya es adulto, pero sigue igual.

—Vengo sin previo aviso, pero es que no me queda tiempo.

—¿Qué, qué te pasa?

—Tengo un cáncer terminal y me voy a morir.

—¿Eh?

—Podría morir mañana mismo.

—¿Eeh?…

—Por eso tengo que decidir ahora mismo la última película que voy a ver.

—¿Eeeeh?

—Así que, por favor, Tsutaya, ¿quieres pensar conmigo lo último que veré?

Su expresión evidenciaba que no quería cargar de improviso con una responsabilidad tan importante. Era natural. Le pedí disculpas mentalmente.

—¿Lo dices de veras?

—Sí, es lamentable pero cierto.

Tsutaya cerró los ojos. Parecía como si mantuviera a raya la tristeza o estuviera absorto en sus pensamientos. Entonces los abrió mientras exhalaba con fuerza. De repente salió de detrás del mostrador y se adentró resueltamente en el laberinto de estanterías. Siempre ha sido así. Cuando Tsutaya echa una mano a alguien, lo hace de buena gana, sin que le importen los motivos de esa petición de ayuda.

Poco después los dos contemplamos las estanterías llenas de DVD y Blu-Ray. Una infinidad de películas desfilaron por delante de mis ojos. Revivía fragmentos de diálogo y escenas, y cualquiera de ellas podría ser la última que viera.

«Lo que ocurre en la vida puede ocurrir en todo espectáculo», cantaba Jack Buchanan en *Melodías de Broadway*. ¿Podría pasar dentro de una película lo que yo estaba experimentando? Un día, de repente, me diagnosticaron un cáncer en fase terminal, se presentó el diablo vestido con una camisa hawaiana y me alargó la vida a cambio de eliminar algo del mundo. No, no. ¡No es posible! ¡La realidad es más original que el cine!

Tsutaya deambulaba entre las estanterías y yo iba pisándole los talones.

«A una gran fuerza le corresponde una gran responsabilidad». Peter Parker, que obtuvo la fuerza del hombre araña en *Spiderman*, fue sentenciado. Es probable que también yo lo haya sido. Para seguir viviendo he de eliminar algo del mundo, lo cual siempre irá acompañado de una gran responsabilidad, riesgo, estrés y dilema. Como si estuviera en la posición de un héroe de cómic americano, he hecho un trato con el diablo. Me parece que cuando estoy sumido en la confusión, el cine acude en mi ayuda.

«Que la fuerza te acompañe». Gracias, *Guerra de las galaxias*, caballeros Jedi. *I'll be back*[6]. También yo quiero volver, *Terminator*. «¡El mundo es mío!». ¿Qué dices, Di Caprio? No has entendido nada. *La vida es bella*. ¡Eso también es un cuento!

Oí una voz a mis espaldas.

—¡No… no pienses, si… siente! —gritó Tsutaya.

Volví del negativo mundo de fantasía desbocada en el que había caído. Mi amigo tenía en la mano el estuche de *Operación Dragón*. «No pienses, siente», repitió.

—Gracias, Tsutaya —le dije sonriente—. Bruce Lee es realmente el más grande, pero esta no es una película apropiada para ser la última que vea.

«Cuando compro un libro nuevo, siempre leo la última página primero. De ese modo, si me muero antes de terminarlo, sé cómo acaba», dice Billy Crystal en *Cuando Harry encontró a Sally*.

Al examinar las estanterías comprendí que me moriría sin haber visto la mayor

parte de las películas. Películas que no habré visto. Platos que no habré comido. Música que no habré escuchado. Al pensar así se me ocurre que, en el momento de morir, me arrepentiré del futuro. Probablemente decir que me arrepentiré del futuro te parecerá ridículo. Me refiero a cosas que, de haber vivido más, a pesar de mí mismo y por maravillosas que sean, no habrían sido necesarias, cuya existencia o inexistencia carecería de importancia. Cosas como las que ahora estaba eliminando, el cine, por ejemplo.

Finalmente Tsutaya y yo llegamos a la estantería de las películas de Chaplin.

—La vida vista de cerca es una tragedia, pero vista de lejos es una comedia —musité. Recordé el sueño de aquella mañana, en el que se me había aparecido Chaplin.

—*Ca… candilejas*, ¿verdad? —me preguntó Tsutaya.

El payaso que interpreta Chaplin en *Candilejas* vierte una lluvia de observaciones a la bailarina para evitar que se suicide debido a que sus sueños se han hecho trizas. «Vivir es hermoso y espléndido. Incluso la vida de una medusa tiene sentido». Es cierto, incluso las medusas tienen sentido, y del mismo modo lo tienen las películas, la música, el café, probablemente todo cuanto existe tiene sentido. Empecé a pensar que precisamente las cosas cuya existencia es indiferente para el mundo son las más importantes. El conjunto de innumerables cosas cuya existencia es indiferente forma un molde humano. Por ejemplo, en mi caso las innumerables películas que he visto y los recuerdos ligados a ellas forman un molde que soy yo. Vivir, llorar, gritar, amar, las nimiedades, la tristeza, la alegría, el miedo, lo que me hace reír, las canciones bellas, los paisajes que me emocionan hasta humedecerme los ojos, las náuseas, los cantantes, los aviones que vuelan, los caballos que galopan, los panqueques deliciosos, el cosmos negro como la laca, los vaqueros que disparan. He visto todas esas películas cuyo recuerdo incluye a mi novia, mis amigos, mis familiares, unas películas que siguen viviendo dentro de mí, las innumerables películas que permanecen en mi memoria y que me han formado. Es algo tan hermoso que me hace llorar.

Las películas están unidas como las cuentas de un collar. Conectan la esperanza y la desesperación de los seres humanos y las relatan. Innumerables películas se amontonan al azar y acaban por ser indispensables.

—Bien, entonces te quedas con esta, ¿no? —dijo Tsutaya, tendiéndome *Candilejas*.

—Gracias.

—Pe… pero no sé qué ocurrirá a partir de ahora… —Tras decir estas palabras, a Tsutaya se le trabó la lengua.

—¿Qué te pasa?

Cuando me di cuenta, mi amigo estaba cabizbajo y lloraba como un colegial. De repente, sin saber por qué, su figura me evocó un recuerdo de nuestra época escolar, y lo vi sentado junto a una ventana de la clase, apartado de los demás. Recordé que en

aquella ocasión, cuando Tsutaya miraba a través de la ventana, tuve la sensación de que me rescataba. Sin relacionarse con nadie, sin apresurarse, tranquilamente, el solitario muchacho solo contemplaba las cosas importantes. Esa actitud suya fue lo que acudió en mi rescate. En aquel entonces no existía nada importante para mí. Tsutaya no tenía necesidad de mí, sino que era yo quien le necesitaba. De improviso, el sentimiento reprimido en mi pecho salió de su encierro y sollocé.

—Gracias —le dije, forzando la voz.

—De… de todos modos quiero que sigas viviendo —repuso entre lágrimas.

—No llores, Tsutaya. Que exista una buena historia y que haya una persona con quien puedas hablar de ella… solo por eso merece la pena vivir, como dice un personaje de *La leyenda del pianista en el océano*. Tú eres para mí esa persona. Creo que todavía merece la pena vivir porque estás aquí.

—Gra… gracias —replicó Tsutaya, y siguió llorando sin decir nada más.

—¿QUÉ? ¿HAS ELEGIDO? —me preguntó ella cuando nos reunimos en el cine.

—Sí, aquí tienes. —Le tendí el estuche de la película.

—Ah, *Candilejas*. Comprendo. Una decisión muy acertada.

Mientras hablaba, abría el estuche. Entonces se quedó muda. Allí dentro no había ningún disco. El estuche estaba vacío. La tienda de vídeos de alquiler utilizaba un sistema antiguo y a veces se producían esa clase de errores. ¡Pero que ocurriera uno precisamente en aquellos momentos…!

Qué lamentable error, Tsutaya. Ah, Tsutaya…

Pero como dijo Forrest Gump, «la vida es como una caja de bombones; no puedes saber cómo es hasta que la abres».

Ciertamente, si no la abres, no sabes cómo es. Lo mismo sucede con mi vida. Vista de lejos es una tragedia, y vista de cerca, una comedia.

—¿Qué quieres hacer? Aquí tengo unas cuantas películas.

Me quedé un momento pensativo, y entonces llegué a una conclusión. No, quizá me decidí mucho antes de que llegara a una conclusión. ¿Cuál iba a ser la última película que viera en mi vida? Finalmente encontré la respuesta, que era de lo más fácil.

ENTRÉ EN LA sala del cine y me acomodé en la cuarta fila desde el final, tercer asiento por el lado derecho. El lugar que siempre había ocupado en mi época de estudiante.

—Bueno, ahí va.

La voz de mi exnovia me llegó desde la cabina de proyección. La luz iluminó la pantalla, pero esta siguió en blanco. No había elegido ninguna película, y tan solo se veía un rectángulo de luz blanca. Mientras contemplaba aquel espacio vacío, recordaba una foto que vi cierta vez, la de una sala de cine tomada desde la cabina de

proyección. Al comenzar la película, el fotógrafo había abierto el obturador, y no lo había cerrado hasta que finalizó la proyección. La pantalla que había absorbido la luz de todas las escenas durante dos horas aparecía como una foto totalmente blanca y rectangular. Tal vez mi vida fuese así.

Mi vida tragicómica se refleja en una película, pero si tomara una foto de la proyección, solo se vería una pantalla en blanco. Tras haber pasado por los diversos sentimientos y emociones, mi vida quedaría registrada como una película en blanco. Allí no habría nada. Solo un puro espacio vacío.

Cuando volvemos a ver, al cabo de largo tiempo, una película que ya hemos visto, nos causa una impresión totalmente distinta a la de la primera vez que la vimos. La película no ha cambiado, pero en ese momento comprendemos que somos nosotros los que hemos cambiado. Si la vida fuese una película, la visión que tenemos de ella cambiaría cada vez que la viéramos. Escenas que te habían desagradado ahora te gustarían, las tristes te harían reír y, antes de que te dieras cuenta, te habrías olvidado de aquella heroína que te gustaba.

Acudían a mi mente buenos recuerdos en compañía de mis padres. Me llevaron al cine por primera vez cuando tenía tres años, y vimos *E. T.* Recuerdo el cine a oscuras, el sonido formidable y el olor a palomitas que impregnaba la sala. Estaba flanqueado por papá a la derecha y mamá a la izquierda. Aunque deseaba huir de aquella sala a oscuras, estaba aprisionado entre ellos y miraba asustado la pantalla, sin posibilidad de escapatoria. Por eso no recuerdo casi nada del contenido de la película. Tan solo destaca la potente escena en la que Elliott vuela en su bicicleta con E. T. Todavía recuerdo la emoción abrumadora que casi me provocaba el llanto y me hacía comprender que estaba viendo una película. Apretaba con fuerza la mano de mi padre, y él me apretaba la mía.

Hace algunos años, una noche vi en la tele una emisión de *E. T.*, digitalizada y remasterizada. Como me molesta ver cine con pausas publicitarias, estuve a punto de apagar el televisor, pero, una vez empecé a ver la película, no pude apartar los ojos de la pantalla. Desde que la viera por primera vez habían transcurrido veinticinco años, pero me emocioné al ver la misma escena que tanto me había afectado entonces y no pude contener las lágrimas. No es que fuese la misma emoción que experimenté a los tres años. Veinticinco después, ya sabía que un ser humano no puede volar, y además hace mucho tiempo que dejé de tener contacto con mi padre, que cuando vi la película por primera vez se sentó a mi derecha. Mi madre, sentada a la izquierda, ya no se encuentra en este mundo. No solo sé que no puedo volar, sino también que aquella ocasión no se repetirá nunca más.

Cosas que he perdido y cosas que he conseguido al hacerme adulto. Emociones y sentimientos que jamás volveré a experimentar.

Solitario en el patio de butacas ante la pantalla blanca, me pregunté cómo sería mi vida si fuese una película. ¿Una comedia, un film de suspense, tal vez un drama? Por lo menos no sería un idilio amoroso. Al final de su vida, Chaplin comentó: «No he

podido dejar una obra maestra, pero he hecho reír a la gente. No está mal, ¿verdad?». Fellini, por su parte, dijo que mediante el cine era posible materializar cualquier sueño. Ellos nos han legado obras maestras, han hecho reír a la gente, le han posibilitado soñar, han quedado grabados en su memoria. Pero cuanto más lo pienso, mi vida no es algo que pueda convertirse en una película. Trataba de imaginarla mientras contemplaba la pantalla blanca.

Yo era el director. Los numerosos miembros del personal y los actores del reparto eran mis familiares, mi novia y mis amigos. La historia comenzaba treinta años atrás, cuando nací. Ahí estoy, un bebé con sus padres, que sonríen felices, rodeado de parientes. Uno tras otro me cogen en brazos, me estrechan las manos, me tocan la cara. A partir de ese momento voy progresando, cambio de postura en la cuna, gateo y por fin me pongo en pie y doy mis primeros pasos vacilantes. A cada uno de mis avances en mis padres se alternan la alegría y la tristeza, me compran ropa, me alimentan y me entretienen todo lo posible.

Es un inicio de la vida vulgar y corriente, y sin embargo esa inauguración no podría ser más dichosa. Fui creciendo poco a poco, con rabietas, con lágrimas, con risas. Gradualmente fui dejando de comunicarme con mi padre. ¿Por qué sería, a pesar de que habíamos pasado juntos tanto tiempo? No había ninguna razón especial para ello. Un día llegó un gato a casa. Se llamaba Lechuga. Fue un tiempo feliz el que pasamos juntos mi madre, yo y Lechuga, pero este murió, y mi madre también se fue para siempre. Es la escena más trágica de la película. Solo quedamos Col y yo, y decidí que viviríamos los dos solos. En esta escena no aparece mi padre. Empecé a trabajar en Correos y siguió adelante mi existencia vulgar y corriente.

Es una película aburrida. Todas las escenas son mediocres, y los diálogos, una acumulación de frivolidades. ¡Qué película tan barata! Además, el protagonista soy yo mismo, un hombre sin brío, soso, que no se enfrenta al significado y el valor de su vida. Si describiera mi vida así, directamente, no se convertiría en un relato. Por eso intentaría eliminar la ambigüedad del guion y dramatizarlo. El plató podría ser sobrio, pero debería tener encanto. Mejoraría el atrezo, y para el vestuario bastarían prendas blancas y negras.

En cuanto al montaje, no habría más remedio que eliminar muchas escenas aburridas, pero entonces la película no duraría más de cinco minutos. No sería aconsejable que hiciera eso. La miraré de un tirón. Habrá muchas escenas largas que no me gustarán. Por el contrario, las escenas cortas que desearía ver durante más tiempo estarán cortadas. Así es mi vida. ¿Y la banda sonora? ¿Una elegante melodía al piano o una grandiosa pieza orquestal? No, quizá un acompañamiento de música ligera de guitarra. Sea como fuere, lo único que pido es que cuanto más tristes sean las escenas, tanto más alegre sea la música.

La última escena ha terminado. La pantalla se oscurece. Empiezan a aparecer los títulos de crédito. Si mi vida fuese una película, me gustaría que, incluso después de los títulos de crédito, permaneciera en el interior de los espectadores. Aunque sea

sobria y sencilla, desearía que algunas personas sintieran que esa película les ha salvado la vida, les ha proporcionado una motivación.

La vida continúa incluso después de los títulos de crédito, y yo ansiaba que mi vida prosiguiera en la memoria de alguien.

Las dos horas de proyección llegaron a su fin. Una serena oscuridad reinaba en el exterior del cine.

—¿Estás triste ahora? —me preguntó ella al salir.

—La verdad es que no lo sé —repuse.

—¿Sufres entonces?

—Perdona, pero no lo sé.

Ni yo mismo sabía si estaba triste porque iba a morir o porque desaparecían del mundo cosas importantes.

—Cuando sufras de veras, puedes venir a verme —me dijo ella—. En cualquier momento.

—Gracias —respondí, y empecé a subir la cuesta.

—¡Un momento! —gritó a mis espaldas—. Una última pregunta.

—¿Otra vez?

—¡Es la última, en serio! —dijo con la voz quebrada. Estaba llorando.

Al ver su cara humedecida por las lágrimas, también me entraron deseos de llorar.

—De acuerdo. Trataré de responder bien por última vez.

—Cuando veo una película que tiene un final triste, siempre procuro volver a verla. ¿Sabes por qué?

Recuerdo muy bien mi respuesta a esa pregunta. Era lo que había deseado en el avión. Durante el vuelo de regreso desde Buenos Aires, lo que había deseado durante cierto tiempo después de que nos hubiéramos despedido.

—Lo sé.

—Pues dímelo.

—Porque quizá la segunda vez terminaría con un final feliz.

—¡Correcto! —exclamó ella, y se secó bruscamente las lágrimas con la manga. Entonces agitó el brazo con tal brío que casi se oyó el sonido del movimiento—. Que la fuerza te acompañe.

—*I'll be back!* —respondí, conteniendo las lágrimas.

CUANDO LLEGUÉ A casa, Aloha me esperaba con su ancha sonrisa. Me hizo un guiño (cerrando ambos ojos) y el cine desapareció.

Entretanto yo recordaba a mi madre. No, recordaba una película italiana que le había gustado mucho a mi madre. Era una película antigua, titulada *La strada*, y contaba la historia de Zampanò, un rudo artista ambulante, y Gelsomina, una tímida muchacha que él ha comprado a su madre para que le acompañe en sus viajes y colabore en sus actuaciones. Aunque Zampanò valora a Gelsomina, carece de

modales y la maltrata continuamente. Sin embargo, ella le tiene cariño y le sirve con entrega. Gelsomina enferma y Zampanò la deja abandonada. Al cabo de unos años, en un pueblo costero, el artista ambulante encuentra a una mujer que canta la misma melodía que Gelsomina solía cantar. Entonces se entera de la muerte de la muchacha. Gelsomina murió, pero su canción ha permanecido. Al escuchar la canción, el rudo Zampanò ha comprendido que la amaba y se echa a llorar en la orilla del mar, pero por más que llore, ella no volverá. Él la amaba, pero era incapaz de tratarla con afecto. «De la mayor parte de las cosas importantes, comprendemos que lo son después de perderlas», solía decir mi madre cada vez que veía la película.

Eso era exactamente lo que me sucedía entonces. El dolor que sentía por la pérdida del cine era muy profundo. Comprendí la enorme importancia que tenía para mí, el hecho de que innumerables películas me habían apoyado y formado mi personalidad. Y sin embargo, ¡qué egoísmo el mío!, no quería perder mi vida por ellas.

Entonces el alegre diablo me anunció cuál sería el siguiente objeto a eliminar de este mundo. Acepté la proposición sin pensar en las consecuencias. En aquel momento no tuve en cuenta lo que le ocurriría a Col.

JUEVES

Si los relojes desaparecieran del mundo

¿POR QUÉ SERÁ que ciertas cosas extrañas conectan con otras y forman una cadena? Como cuando se te extravía la llave después de que hayas perdido el monedero, como si a un golpe del bate le sucedieran milagrosamente varios más, como los dibujantes de manga que se reunían en el edificio de apartamentos de Tokigawa-sō[7], mi propio caso, el de un enfermo de cáncer terminal a quien se le ha presentado el diablo, con la consecuencia de que el teléfono y el cine han desaparecido del mundo, y, finalmente un gato que ha empezado a hablar.

—¿Hasta cuándo vais a seguir durmiendo?

Debía de estar soñando.

—¡Vamos, despertad ya!

Sin duda se trataba de un sueño.

—¡Ya está bien! ¡Os digo que os levantéis!

No, no era un sueño. Col me estaba hablando, y lo hacía con el lenguaje antiguo de los dramas históricos. ¿Qué significaba realmente aquello?

—Te sientes confuso por lo que está ocurriendo, ¿no es cierto? —me dijo el diablo, que acababa de hacer acto de presencia, exhibiendo su ancha sonrisa.

Aquel día la camisa hawaiana era azul celeste. Había vuelto a cambiarse, y esta vez el estampado de la camisa era un largo caramelo en espiral de siete colores, de cuya parte inferior sobresalía el palo para asirlo, y un papagayo multicolor. Los abigarrados colores eran una molestia para mis ojos, que acababan de salir del sueño. Las palabras de Aloha me habían puesto nervioso.

—¡Naturalmente! —le grité—. ¡No es normal que uno se despierte por la mañana y en vez de oír maullar al gato le oiga hablar como en los tiempos de los samuráis!

—Muy bien expresado, pero no es más que un pequeño detalle que tengo contigo.

—¿Un detalle?

—Así es. El teléfono ha desaparecido, el cine que tanto te gustaba ha sido eliminado. He pensado que sin duda estarías muy triste, pues ya no puedes comunicarte con tus amigos y has perdido tu gran afición. Por eso se me ha ocurrido hacer que el gato hable. Tengo poderes mágicos. Soy el diablo, ya sabes.

—Pero que el gato se ponga a hablar así, de repente, es un problema. Supongo que podrá volver a la situación anterior.

—Vaya…

Aloha enmudeció de repente. ¿Acaso mi reacción había sido inesperada para él?

—¿Te he dicho algo desagradable?

El diablo seguía callado.

—No me dirás que es irreversible —insistí.

—No, podrá volver a ser como antes. ¡Créeme, en cualquier momento podrá volver a la situación anterior! Ahora bien, el momento en que eso será posible solo Dios lo sabe… Yo no tengo ni idea… Hombre, no soy Dios, solo soy el diablo…

Me entraron ganas de romperle la crisma, pero no le dije nada y me acosté en el futón. No quería volver a levantarme, no quería volver a un mundo donde no hay cine y los gatos hablan.

Entonces Col me pasó por encima de la cara, como hacía normalmente para que me despertara (siempre hace eso porque me cuesta levantarme de la cama). Cierta vez oí decir que la palabra «gato» significa etimológicamente «niño dormido[8]», pero estoy seguro de que esa teoría es falsa. Durante los últimos cuatro años Col siempre me ha fastidiado porque se levanta muy temprano.

—¡Si no os levantáis ya, me enfadaré de veras! —me conminó con una voz gatuna.

—¡Aaah! ¡Ya está bien!

Decidí aceptar la realidad y me incorporé en la cama como movido por un resorte.

—Por cierto, ¿te acuerdas? —me preguntó Aloha, mirándome a la cara.

—¿A qué te refieres?

—¿Ya estamos así? Me refiero a lo que hemos eliminado hoy.

No lo recordaba. ¿Qué habíamos eliminado? De momento no veía cambio alguno en derredor.

—Perdona, pero… ¿qué es?

—¿Será posible? Los relojes. Eso es lo que hemos suprimido.

—¿Los relojes?

—Así es. Hoy has eliminado los relojes.

Era cierto. Los relojes habían desaparecido y yo era el causante.

SI LOS RELOJES desaparecieran del mundo… ¿qué cambios se producirían? Lo primero que ha surgido en mi mente es la figura de mi padre visto de espaldas. Mi padre tiene un pequeño taller de relojería. En la casa donde vivíamos antes la tienda estaba instalada en la planta baja, y cuando yo bajaba desde el primer piso, siempre le veía encorvado junto a la lámpara sobre la mesa de trabajo. En la oscuridad de la estancia, solo iluminada por aquella luz, se dedicaba a reparar relojes. No he visto a mi padre desde hace cuatro años, pero sin duda continúa reparando relojes en la tiendecita que se encuentra en una zona recóndita de la pequeña ciudad donde vive.

Si los relojes desaparecieran del mundo, ya no serían necesarias las relojerías, ni la tiendecita ni el trabajo de mi padre. Al pensar en ello, lamentaba profundamente lo que había hecho. Pero no podía creer de buenas a primeras que los relojes hubieran desaparecido del mundo. Miré en derredor. Ciertamente, el reloj que debería llevar ceñido a la muñeca se había esfumado, y tampoco podía encontrar el despertador que

había estado en mi habitación. Al igual que sucedió con los teléfonos, que probablemente se deslizaron fuera de mi conciencia, de alguna manera los relojes habían sido erradicados del mundo.

En un espacio del que habían desaparecido por completo los relojes, comprendí que había perdido el sentido del tiempo. Notaba físicamente que era la mañana y, como había dormido un poco más de la cuenta, deduje que debían de ser más o menos las once. Pero al encender el televisor, no había indicios de la hora, y el teléfono móvil, en el que podía haberla consultado, ya había desaparecido. Sin embargo, ¿por qué no sentía la desaparición de los relojes como una experiencia personal? No se parecía en nada a las otras supresiones realizadas hasta entonces. Exceptuando cierta sensación de culpabilidad con respecto a mi padre, no estaba pesaroso ni dolorido. De todos modos, la ausencia de relojes debía de tener diversas consecuencias, puesto que el mundo funciona por medio del tiempo. Traté de ampliar un poco el alcance de mi imaginación.

Probablemente las escuelas, las empresas, los medios de transporte, el mercado bursátil, etcétera, debían de estar sumidos en una gran confusión. ¿Por qué los efectos a nivel personal eran casi nulos? Parecía como si los relojes, y más aún el tiempo que conllevan, no tuviesen una auténtica relación con la vida de una persona (más un gato).

—¿Por qué se crearon los relojes en primer lugar? —le pregunté a Aloha.

—Buena pregunta. Pero, mira, antes de que hubiera relojes, eso que los seres humanos llamáis tiempo existía únicamente para vosotros.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? No te entiendo en absoluto.

Ante mi perplejidad, Aloha prosiguió con su explicación.

—Quiero decir que el tiempo es una regulación establecida arbitrariamente por los seres humanos. El ciclo del sol que sale y se pone existe sin duda como un fenómeno natural, pero solo los humanos llamáis a eso tiempo y decís que son las seis, las doce o las veinticuatro horas.

—Sí, claro…

—De ahí que los humanos os equivoquéis al creer que observáis el mundo natural tal como realmente es, cuando lo cierto es que lo veis según vuestra conveniencia, adaptándolo a una definición. Por eso he pensado en alterar un poco vuestra sensación para que experimentéis el tiempo en un mundo del que ha desaparecido la regulación que habéis establecido arbitrariamente.

—Y tal como lo piensas, lo haces, tan a la ligera…

—Pues, sí, la verdad. ¡Qué pases un buen día! ¡Claro que ya no existe esa idea del día!

Tras pronunciar estas palabras irresponsables, Aloha desapareció.

EN EL LIBRO de la historia, un siglo se podría condensar en diez páginas. Incluso

cabría ser más modesto y hacerlo en una sola línea.

Cuando supe que mis días estaban contados, pensé adoptar el punto de vista de que la hora que estaba pasando no eran solo sesenta minutos, sino tres mil seiscientos segundos. Pero ahora que ya no había ningún reloj, esa manera de pensar ya no servía de nada.

Francamente, no sé qué día de la semana es hoy, pero después del miércoles, viene el jueves. Al amanecer he pensado que hoy es jueves. De todas maneras, los días de la semana también han sido definidos por el ser humano.

Como no tenía nada que hacer, pensé en matar el tiempo de alguna manera, pero no existía tiempo al que matar. Aunque lo quisiera perder, no había tiempo para perderlo. Es decir, me faltaba la base imprescindible.

¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde que me desperté? Como de costumbre, dirigí la vista hacia el lugar donde debería haber estado el despertador, en la mesilla de noche, pero no estaba allí. Este era un mundo sin relojes. Tenía la sensación de haber caído en una corriente incesante que me arrastraba y me convertía rápidamente en pasado.

Bien mirado, los seres humanos dormimos, despertamos, trabajamos y comemos mediante una regulación llamada tiempo. Es decir, vivimos adaptándonos al reloj. Hemos inventado expresamente una convención temporal que nos limita y que está formada por los años, los meses, las semanas y los días. Además, hemos inventado el reloj para que nos confirme esa convención. Regirse por una convención entraña simultáneamente una falta de libertad, pero colgamos de la pared esa falta de libertad, la dejamos en nuestras habitaciones y, no contentos con eso, la distribuimos por todos los lugares donde desarrollamos nuestras actividades. Finalmente, incluso nos la ceñimos a la muñeca. Pero ahora entiendo muy bien qué sentido tiene esto. La libertad va acompañada de la inquietud. Hemos logrado liberarnos de la inquietud a cambio de una convención que nos deja sin libertad.

Estaba absorto en estos pensamientos cuando Col se me acercó sigilosamente. Cada vez que se me aproxima de ese modo, es seguro que quiere pedirme algo inoportuno.

—¿Qué te pasa, Col? Tienes hambre, ¿no?

Su aproximación sigilosa por la mañana suele ser una señal de que está hambriento.

—No, no tengo hambre, señor.

—¿Eh?

De nuevo, por imposible que fuese, el gato me había hablado. Exhaló un profundo suspiro y siguió diciendo:

—El señor gobernador siempre se equivoca.

—¿Señor gobernador?

Parecía referirse a mí. Col seguía empeñado en expresarse como un personaje de drama histórico.

—Cuando quiero salir de paseo, me dais de comer, cuando quiero comer, me obligáis a echar la siesta, cuando quiero hacer la siesta, os ponéis a jugar conmigo. Siempre hacéis algo contrario a mis deseos.

—¿Cómo? ¿Siempre hago eso?

Mi querido gato hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Así es. Presumís de entender lo que siente el gato, pero casi siempre andáis errado. Aunque no esté especialmente triste, ¡me insinuáis que lo estoy con una voz persuasiva! ¡Y eso no me gusta nada! Pero, en fin, no es solo el señor gobernador quien se comporta así, la mayoría de los humanos hacen lo mismo.

Este comentario me dejó conmocionado. Yo había creído que, tras cuatro años de convivencia, Col y yo nos entendíamos muy bien. Poder hablar con el gato es una crueldad.

—No sabes cuánto lo siento, Col. Bueno, dime, ¿qué quieres hacer ahora?

—Quiero ir a pasear.

Desde pequeño a Col siempre le ha gustado mucho salir de paseo. Recordé que, cuando lo sacaba a la calle, mi madre decía riendo que Col tenía el entusiasmo por pasear de un perro.

Le dije que esperase un poco, pues iba a prepararme, y fui al lavabo. Estaba orinando cuando la manija de la puerta se movió ruidosamente y Col entró.

—Quiero ir de paseo…

—¡Ya te he entendido! —exclamé, y lo eché del lavabo.

Terminé rápidamente de orinar y me lavé la cara. Mientras lo hacía, notaba una mirada clavada en mi espalda, una sensación opresiva. Al volverme, vi que Col estaba mirando hacia el lavabo, medio oculto detrás de una columna de la sala.

—Quiero ir de paseo…

—Sí, Col. Espera un momento, por favor.

Lo natural habría sido que me lo pidiera con un maullido, pero que lo hiciera con palabras era un asunto serio.

Me apresuré a desnudarme, entré en la ducha y me restregué la cabeza con champú. Al cerrar los ojos, en la espuma de champú que los cubría apareció un monstruo. Es un elemento habitual de las películas de horror, y el mismo escalofrío que había experimentado al verlas me recorrió la espina dorsal. ¿A qué se debía aquel escalofrío? Entreabrí los ojos, procurando que no les entrara espuma, y vi a Col mirándome desde la puerta del cuarto de baño.

—Quiero pasear… —musitó.

Contuve el impulso de gritarle: «¿Pero qué es esto? ¿Me estás acosando o qué?». Cerré la puerta de golpe y me aclaré el pelo. Me limité a desayunar un plátano y un vaso de leche, y me vestí a toda prisa.

—Deseo que abráis la puerta, señor. Quiero salir a la calle.

Estaba arañando la puerta principal. Salí a pasear con él sin haberme podido arreglar del todo.

HACÍA BUEN TIEMPO, un día perfecto para pasear. Col caminaba por delante de mí con ágiles pasos. Mi madre siempre había salido a pasear con el gato, y eso me hizo pensar que tal vez podría enterarme de algo que desconocía de ella. Por esta razón decidí acompañarlo pacientemente durante todo el día. Así empecé a comprender el motivo de que Col se expresara al estilo de los dramas históricos. Eso se debía a mi madre. Cuando Col empezó a vivir con nosotros, todavía muy pequeño, ella se aficionó de repente a esa clase de telenovelas. Era como todas las madres del mundo: de pronto se aficionaba extremadamente a algo y antes de que se diera cuenta empezaba a perder el interés. *Mito Kōmon, El shogun Abarenbo, Kin-san de Toyama*. Según ella, los hombres japoneses tenían que ser como los personajes de esas series. Mientras me hablaba de su teoría sobre cómo debería ser el hombre, trataba de atraerme hacia aquella afición suya.

—Lo siento, mamá, prefiero una película que un drama histórico de la televisión —me excusaba.

Mi madre, sin nadie que la acompañase mientras veía las series, se pasaba buena parte del día ante el televisor, con Col en el regazo. Probablemente el gato aprendió así el lenguaje humano. Finalmente las palabras aprendidas por Col se convirtieron en un japonés extraño, formado por lo que decía mi madre y el lenguaje de los dramas históricos emitidos por la televisión. Pobre Col. Pero resulta tan simpático que no lo voy a corregir. Entregado a estos pensamientos, contemplaba su figura mientras caminaba ágilmente por delante de mí.

En el camino por donde avanzaba Col crecían hierbajos aquí y allá. Al pie de un poste del tendido eléctrico habían florecido unos pequeños dientes de león. Eran un anuncio de que la primavera estaba al llegar. Col se acercó a las flores y las husmeó con detenimiento.

—Son dientes de león.

Col pareció poner una cara de extrañeza.

—¿Decís que esto se llama dientes de león?

—¿Es que no lo sabías?

—Pues no.

—Florecen cuando llega la primavera.

—¿Ah, sí?

Entonces el gato se acercó a todas las flores que crecían a lo largo del camino, y me dio la lata preguntándome cómo se llamaba cada especie.

Alverja, bolsa de pastor, coniza, margarita, ortiga blanca… Las plantas crecían humildemente en los márgenes del camino, agitadas por el viento del norte bajo la tenue luz del sol. Yo trataba de recordar sus nombres y se los iba diciendo a Col. Era extraño, pero acudían a mi mente, uno tras de otro, recuerdos de la infancia que había olvidado por completo. Mi madre decía que de niño, cuando íbamos de paseo,

también yo le abrumaba a preguntas sobre los nombres de las flores. Debía de ser para ella lo que Col es ahora para mí. Pensé en las salidas que hacíamos juntos a diario.

—Cada vez que veías una flor, te sentabas para examinarla y el paseo era interminable —solía contarme cuando me hice adulto—. Pero eran unos tiempos muy felices —añadía, mirando a lo lejos con una expresión de nostalgia.

AL CABO DE un rato, por fin Col y yo llegamos al parque de la colina. Es un parque situado en un lugar elevado, desde donde se abarca el panorama de las casas que flanquean la pendiente y al fondo el mar de color azul ultramarino. En ese pequeño parque hay columpios, un tobogán y un subibaja. Niños pequeños juegan con sus madres en los cajones de arena.

Col dio una vuelta al parque, mostró cierto grado de cortesía con los niños y a unos ancianos sentados en un banco que estaban jugando a *shogi* les dijo: «Es mi deseo que os hagáis a un lado». Temí que los ancianos fuesen presa del pánico al ver de repente a un gato parlante, pero solo pusieron caras de perplejidad y se echaron a reír. Parece que soy el único que puede oír las palabras de Col.

—No, Col —le dije—. Ellos son los que ahora ocupan este banco.

—Este sitio me gusta y quiero quedarme aquí —musitó él.

Finalmente perdió la paciencia y de improviso saltó sobre el tablero de *shogi*, derribando las fichas con las patas. Los ancianos, riéndose pero sin ocultar su fastidio, como dando a entender que ya estaban acostumbrados a tales inconveniencias, cedieron el banco a Col. El gato se sentó tranquilamente en el banco de madera, cuya pintura azul estaba descascarada, me miró de reojo mientras yo pedía disculpas a los ancianos y empezó a lamerse las patas. Como parecía que por el momento no iba a moverse de allí, me senté a su lado y contemplé el mar que se extendía a lo lejos. Me hallaba en un mundo apacible que continuaría ilimitadamente. Como tenía por costumbre, miré hacia la torre del reloj y, tal como había supuesto, el reloj no estaba allí. No podía saber si aquella paz se debía a que había desaparecido la regulación llamada tiempo o si siempre había sido así. Lo cierto era que, tras haber aceptado que los relojes desaparecieran del mundo, me sentía más sereno y liberado.

—Pero lo cierto es que los humanos sois unos seres vivos extraños.

Finalizado el arreglo de su pelaje, Col se había vuelto hacia mí y me hablaba.

—¿Tú crees?

—¿Por qué les ponéis nombres a las flores?

—Eso se debe a que existen muchas clases de flores y es necesario clasificarlas, ¿comprendes?

—Por muchas clases que haya, ¿para qué poner un nombre a cada una de ellas? Todas las flores son flores. ¿No basta con llamarlas así?

Ciertamente cabe preguntarse por qué ponemos nombres a las flores, y no solo a

ellas. Lo hacemos con todas las cosas, los colores, las formas, incluso las personas. ¿Qué necesidad hay de ponerle a todo un nombre? Lo mismo sucede con el tiempo. El sol sale y se pone, y por conveniencia hemos dado nombres a esos fenómenos naturales, llamándolos año, mes, día, hora, minuto y segundo. En el mundo de Col el tiempo no existe, ni tampoco el reloj, naturalmente, ni la hora fijada ni el retraso. No hay alumnos de primero, segundo y tercer grados. No existen vacaciones de verano ni invierno ni primavera. Tan solo existen alteraciones causadas por los fenómenos naturales y reacciones físicas como tener hambre o sueño.

Traté de pensar con calma en aquel mundo sin relojes, y entonces diversas reglas establecidas por el ser humano empezaron a derrumbarse en mi interior. Al igual que sucede con el tiempo, tampoco existen otros tipos de medición o escala como los colores y la temperatura. Son dos nombres que se aplican a sensaciones físicas. Si pudiéramos observar los mundos que existen aparte del nuestro, veríamos que en ninguno de ellos hay horas, minutos y segundos, ni azul, rojo y amarillo, ni las temperaturas corporal y ambiental. Ahora bien, si no existieran el amarillo ni el rojo, ¿acaso podría pensar Col que los dientes de león son bonitos y las rosas bellas?

—Qué admirable era mi madre, que te traía a diario hasta aquí dando un paseo, ¿no te parece, Col?

—¿Qué queréis decir?

—Te sacaba de paseo cuando te daba la ventolera de salir a cualquier hora, y eso debía de ser duro para ella. Supongo que aguantaba tus caprichos por lo mucho que te quería.

—¿Madre, decís?

—Sí, mi madre, pero al mismo tiempo era la tuya.

No pude seguir hablando, al comprender que Col se había olvidado de mi madre. Era imposible. No, más bien no debía ser posible. Recordé la cara de mi madre el día que recogió a Col en la calle. Tenía una expresión triste, angustiada. Sin embargo, su rostro estaba siempre lleno de esperanza. Día tras día miraba la televisión con Col. Lo ponía en su regazo y le acariciaba hasta que se dormía. Finalmente también ella se quedaba dormida en el sofá con el gato. Su semblante era sereno, pero sufría.

—¿De veras no recuerdas a mi madre?

—¿Quién era esa persona?

Col tenía una expresión ausente, como si se preguntara qué le estaba diciendo su dueño. Realmente no la recordaba. Era triste, o más bien doloroso. La misma inocencia del gato resaltaba la crueldad de la situación. En el fondo de mi alma siempre había creído las historias de animales que jamás olvidan a su amo, como el famoso perro Hachiko, tan fiel a su amo que tiene una estatua en una plaza pública de Tokyo, pero tal vez se trate de una ilusión que nos hacemos los humanos. ¿Llegará el día en que Col me habrá olvidado? ¿Llegará el día en que habré desaparecido de su mundo? Empecé a pensar que el tiempo de mi vida transcurrido hasta entonces tenía una importancia extraordinaria. ¿Cuántas veces más podría despertarme por la

mañana al mismo tiempo que Col? ¿Cuántas veces más, durante el resto de mi vida, podría tomar café? ¿Y dar los buenos días? ¿Y estornudar? ¿Y cuántas veces más podría reírme? Jamás se me había ocurrido pensar en tales cosas, ni siquiera cuando estaba con mi madre. De haberlo entendido entonces, habría dado mucha importancia a cada una de aquellas ocasiones. Antes de que cayera en la cuenta de algo tan evidente, mi madre desapareció de este mundo.

¿Qué había hecho de verdadera importancia durante mis treinta años de vida? ¿Había conocido a alguien a quien tenía grandes deseos de conocer? ¿Había transmitido palabras valiosas a personas de valía? Antes de telefonear a mi madre, examinaba las llamadas perdidas registradas en el móvil. Posponía las cosas realmente importantes y daba prioridad a las triviales. Cuanto más empeño ponía en resolver los asuntos cotidianos, tanto mayor era el tiempo perdido que podría haber dedicado a las cosas importantes. Y lo tremendo del caso es que no nos percatamos de esa pérdida de tiempo. Si me hubiera distanciado un poco de la corriente temporal, habría comprendido en seguida cuáles de aquellas llamadas telefónicas eran importantes para mi vida.

Miré a Col. Sin que me percatara de ello, se había quedado dormido y estaba hecho un ovillo a mi lado, las cuatro patas blanquísimas dobladas bajo el hermoso cuerpo blanco, negro y gris. Le puse una mano encima y noté los latidos de su corazón. Al verlo tan apaciblemente dormido, uno no podría haber imaginado la energía que vibraba en su interior. Dicen que el corazón de un mamífero late aproximadamente dos mil millones de veces a lo largo de su vida. Los elefantes viven unos cincuenta años, los caballos veinte, los gatos diez, los ratones dos. Pero todos mueren por igual al cabo de dos mil millones de latidos cardiacos. El ser humano tiene una vida media de setenta años. ¿Realmente mi corazón habrá latido dos mil millones de veces?

Hasta ahora mi vida avanzaba hacia un futuro ilimitado, desde el pasado y a través del presente, pero desde que está clara la finitud del futuro, tengo la sensación de que es este el que viene hacia mí. O bien es como si caminara hacia un futuro ya determinado, sin la menor posibilidad de que intervenga el azar a lo largo del trayecto. Resulta irónico que por primera vez intente reflexionar sobre mi futuro cuando mi vida se está acabando, y que lo haga debido al dictamen médico de mi inminente final.

Empezó a dolerme de nuevo la parte derecha de la cabeza. La respiración se me hizo dificultosa. No quería morir todavía, deseaba seguir viviendo. Al día siguiente haría desaparecer algo del mundo. Para conservar mi vida, le arrebataría algo a mi futuro.

COL HABÍA SEGUIDO durmiendo, y por fin se despertó cuando el sol había empezado a ponerse en el oeste y los niños ya se habían ido del parque. Se estiró durante tanto

rato que a punto estuve de alarmarme y, tras un bostezo interminable, me miró de hito en hito.

—Bien, señor gobernador, marchémonos —dijo el gato recién despierto en un tono altanero, y, saltando rápidamente del banco, echó a andar cuesta abajo.

Se dirigió a las galerías comerciales que se encuentran en la primera calle pasada la estación, y una vez allí se puso a maullar ante el restaurante de *soba*. El dueño salió con un puñado de virutas de bonito seco en la mano. Una vez lo hubo conseguido, Col emitió un maullido que significaba «¡Hasta la próxima!» y reanudó su camino. Actúa de tal manera que se diría que el dueño es él y no yo. Col es un gato muy popular en las galerías comerciales, y mucha gente le habla. Yo parezco su súbdito y él tiene todas las trazas de un señor gobernador de prefectura. Pero algo bueno hay en esta situación, y es que, gracias a la popularidad de Col, me hacen descuento en la verdulería, la pescadería, las tiendas de comida preparada… No deja de ser sorprendente que te hagan descuento por tener un gato.

—¿Sabes, Col? A partir de ahora siempre iré de compras contigo —le dije más tarde, cuando sostenía varias bolsas llenas de provisiones.

—Nada tengo que objetar, siempre que me preparéis una comida a mi gusto.

—¿Y qué otra cosa hago? Te doy la comida más adecuada para un gato.

Col, que caminaba por delante de mí, se detuvo en seco.

—¿Qué te pasa? —le pregunté. Parecía estar temblando de ira.

—Ya que lo habéis mencionado, hace tiempo que os quería hablar de ello.

—¿Cómo? Di lo que tengas que decir sin reservas.

—La comida adecuada para gatos de la que habláis… ¿Qué es eso?

—¿A qué te refieres?

—¡Son sobras de alimento humano a las que habéis dado injustamente ese nombre!

Excitado como estaba a causa del enfado, Col arañaba furiosamente un poste del tendido eléctrico al tiempo que hablaba a gritos.

Estaba pensando a fondo en esa egoísta costumbre humana de alimentar a los gatos exclusivamente a base de arroz con virutas de bonito seco cuando apareció a la vista nuestro pequeño apartamento en el extremo de la pendiente.

UNA VEZ EN casa, prescindí del alimento gatuno y tanto Col como yo tomamos pescado a la parrilla. Volvía a fluir silenciosa y sosegada la corriente del tiempo.

—Escucha, Col.

—Decidme.

—¿De veras no te acuerdas de mi madre?

—No me acuerdo, en efecto.

—Claro… pero es una pena.

—¿Por qué es una pena?

No podía explicarle los motivos de que su olvido me entristeciera tanto. Tampoco podía culparle de ello, pero quería que estuviera bien informado de que hubo un tiempo durante en el cual convivió con mi madre. Me levanté y saqué del fondo del armario una caja de cartón cuya tapa estaba cubierta de polvo. Contenía un álbum de fotos de color carmesí. Se lo mostré a Col.

Mientras pasaba las páginas, le iba contando diversas anécdotas. Aquí está el balancín antiguo que tanto te gustaba cuando eras pequeño. Mi madre te acomodaba en el regazo y se balanceaba contigo. Sí, este eres tú, en el lugar que siempre ocupabas. Te encantaba el hilo de lana, y tus juegos eran interminables. Mira este viejo cubo de hojalata. En cuanto lo veías, te metías en él y desde ahí mirabas a mi madre. Y esta toalla verde claro, tu favorita. A mi madre le gustaba, pero acabó siendo tuya. Por Navidad te regaló un piano de juguete. Ah, esta es la foto. Tocabas y tocabas, y, aunque lo hacías con rudeza, la ejecución era bonita de veras. ¿Y qué tenemos en esta foto? Un árbol navideño. Cada año, cuando ella empezaba a adornarlo, te excitabas mucho. En seguida rompías los adornos, y mi madre no sabía qué hacer. Mira, aquí estás saltando del árbol. Te pasabas de rosca, Col, eras malísimo. Pero, a pesar de todo, ella parece contenta.

Una vez terminado el primer álbum, pasé al siguiente. Seguí contándole anécdotas y también le hablé de Lechuga, del día lluvioso en que llegó a casa. Le conté la muerte de Lechuga y la parálisis de mi madre, el día en que le recogió a él en la calle y la época dichosa que siguió. Luego le hablé de su enfermedad. Col me escuchaba atentamente sin decir nada. De vez en cuando le preguntaba si recordaba alguna cosa, pero al parecer su memoria estaba en blanco. Su mirada se detuvo de repente en una foto, la de una hermosa playa a primera hora de la mañana. Allí estábamos mis padres y yo, vestido con un kimono de verano. Mi madre iba en silla de ruedas y Col estaba en su regazo con una expresión malhumorada. Mi padre y yo sonreíamos tímidamente. Como el hecho de que sonriéramos era una novedad, también yo, sin pensarlo siquiera, examiné la foto con más atención.

—¿Quién es este hombre?

¿Le parecía fuera de lo corriente ver allí a aquella persona? Lo cierto era que me había preguntado por él con evidente interés.

—Es mi padre —respondí fríamente. No me hacía gracia hablar de él.

—¿Dónde estáis?

—Sin duda es la ocasión en que fuimos a un *onsen*[9].

—¿Por qué?

—Supongo que quería dejarnos un último recuerdo, porque casi nunca había viajado.

Col miraba con fijeza aquella foto.

—¿Tienes algún recuerdo?

—Hmmm… algo noto.

Tal vez estuviera reviviendo un fragmento de su memoria. Yo quería que

recordara un poco más, y me puse a hablarle de aquella foto.

Han pasado cuatro años desde entonces. La condición de mi madre enferma era desesperada. Sufría a causa de los vómitos constantes y le costaba mucho dormir. Sin embargo, una mañana, al despertarse, me llamó de repente.

—Quisiera ir a un *onsen* desde donde se vea el mar —me dijo.

Sus palabras me dejaron perplejo, y le pedí varias veces que me dijera su verdadera intención, ya que era un deseo insólito en ella. Pero insistió en que quería ir a un *onsen* fuera como fuese. Yo estaba sorprendido, pues hasta entonces mi madre no había dado la menor muestra de egoísmo ni testarudez.

Me las arreglé para convencer al médico de que le permitiera salir, pero quedaba un problema difícil de resolver.

—Tú, papá y Col —dijo mi madre—. Quiero que vayamos toda la familia.

Se empeñaba en ir conmigo y con mi padre. En aquel entonces, a pesar de la gravedad de su estado, la situación entre él y yo no podía ser peor, pues no nos dirigíamos mutuamente la palabra y ni siquiera nuestras miradas se cruzaban jamás. La rigidez de nuestra relación había ido en aumento con el paso de los años y ya no tenía remedio, por lo que ir juntos al *onsen* no parecía factible, y titubeaba ante la perspectiva de proponérselo. Pero como sabía que para ella aquel iba a ser su último viaje, decidí hablar con mi padre y tratar de convencerlo.

Reaccionó a su manera estereotipada habitual, repitiendo una y otra vez que semejante plan era una estupidez. En el fondo de mi corazón me asombraba tener un padre así, pero de alguna manera me las arreglé para que aceptara.

El último viaje de mi madre… Como hasta entonces nunca habíamos viajado juntos, lo planeé por todo lo alto. Había un *onsen* junto al mar a tres horas de tren. En una amplia extensión, las aguas eran someras hasta bastante lejos de la orilla. La población costera donde se encontraba era bonita, bañada por la suave luz del sol, con varios *ryokan*[10] elegantes a lo largo de la playa.

—Algún día me gustaría ir ahí —decía mi madre cada vez que veía fotos de aquella pequeña ciudad balnearia en una revista.

Elegí un *ryokan* de primera clase. Era una casa de estilo tradicional japonés, centenaria pero reformada para convertirla en un establecimiento hotelero muy bonito y bien acabado. No tenía más que dos habitaciones, y desde la del segundo piso se veía el mar. Más allá del baño al aire libre se extendía la playa, y desde allí podías gozar de la puesta del sol mientras estabas sumergido hasta el cuello. Pensé en lo contenta que estaría mi madre, y me permití el lujo de hacer una reserva en aquel *ryokan*.

Llegó el día señalado, nos despedimos de médicos y enfermeras y los tres miembros de la familia más el gato emprendimos el viaje que llevábamos tanto tiempo sin hacer.

En el estrecho compartimento del vagón, mi padre y yo nos sentamos uno al lado del otro, sin hablarnos apenas, mientras mi madre nos miraba sonriente.

Transcurrieron tres horas sin que nos dijéramos nada, y cuando compartir el mismo espacio empezó a ser una situación tan embarazosa que se aproximaba al límite de lo tolerable, el sistema acústico del tren anunció la llegada a la estación del *onsen*.

Empujé la silla de ruedas de mi madre y avanzamos a buen paso hacia el albergue, pero una vez allí me dijeron que no había hecho la reserva y que las habitaciones estaban ocupadas por otros clientes. Me quedé estupefacto, puesto que había efectuado la reserva por teléfono, y di rienda suelta a mi enfado. Insistí una y otra vez en que era yo quien tenía la razón, dije que se trataba del último viaje de mi madre y que hacernos semejante jugada era demasiado injusto. Pero la dueña del *ryokan*, deshaciéndose en disculpas, eso sí, replicó que no había solución. Aquello era increíble. Estaba abrumado y me sentía profundamente dolido por mi madre.

—No te preocupes —me dijo ella, riendo.

Pero no podía perdonármelo a mí mismo. Casi me brotaban lágrimas de rabia e impotencia. Estaba aturdido y no sabía qué hacer.

—Bueno, no es cosa de pasar la noche al raso —dijo mi padre.

Y, tras decir esto, echó a correr. Yo no había esperado en absoluto una reacción tan repentina por su parte, pero me apresuré a seguirle.

Entró en un *ryokan* para preguntar si tenían una habitación disponible. Yo solo le había visto en el taller, reparando relojes hora tras hora en silencio, y su actitud me sorprendía mucho. Permanecía sentado e inmóvil como una piedra, incluso cuando iba a verme actuar en la exhibición gimnástica de la escuela. Aquella era la primera vez que le veía moverse tanto. «Aunque no lo parezca, cuando tu padre era joven corría como un gamo», me había dicho alguna vez mi madre, y recordé estas palabras mientras iba tras él, observando su bonita manera de correr por la calle flanqueada de *onsen*, una gracilidad de movimientos incongruente con su cuerpo bajo y robusto.

Era un fin de semana en temporada alta y todos los establecimientos estaban al completo. Le rechazaban en uno tras otro, y después de cada rechazo seguíamos corriendo. Unas veces nos separábamos y cada uno buscaba por su cuenta, otras estábamos juntos y hacíamos una reverencia a los encargados, rogándoles encarecidamente que nos dieran alojamiento. Había que lograr como fuese que mi madre tuviera un techo aquella noche.

«Su último viaje, su último viaje…», repetía en mi mente para no ceder al desánimo. Y, por primera vez desde que soy adulto, mi padre y yo actuamos impulsados por idénticos sentimientos y con la misma finalidad. Entramos en todos los *ryokan* a lo largo de la playa, hasta que encontramos uno que nos admitió. Ya había anochecido, y, aunque el aspecto exterior del edificio no se veía bien, parecía tratarse de un *ryokan* viejo. Lo confirmamos nada más entrar, por los fuertes crujidos de las tablas del suelo.

—No está nada mal —comentó mi madre en tono risueño.

Pero yo me sentía fatal, y se me encogía el corazón al pensar que tenía que alojarse en semejante sitio. Sin embargo, no quedaba otro remedio. Como había dicho

mi padre, no podíamos dormir al raso, así que decidimos quedarnos allí.

Pese a la vetustez del establecimiento, tanto el personal como el dueño eran muy amables. La comida no era ningún lujo, pero sí sabrosa, y estaba bien elaborada. Mi sonriente madre comentó varias veces lo buena que le parecía. Su sonrisa me alivió un poco.

Aquella noche dormimos en tres futones alineados. ¿Cuánto tiempo hacía que no dormíamos de ese modo? Al contemplar el techo de madera antigua, recordé la casa donde vivíamos cuando iba a la escuela elemental. Su espacio era muy reducido, y siempre dormíamos los tres en el piso de arriba, con los futones extendidos uno al lado del otro. Veinte años después miraba el techo de la habitación como lo hiciera entonces, y experimentaba una sensación extraña. Seguramente aquella iba a ser la última noche que pasaríamos juntos, y al pensar en ello no podía conciliar el sueño. Lo más probable era que tampoco ellos pudieran hacerlo. En la pequeña habitación a oscuras solo se oía la leve respiración de Col que se sumaba al sonido del oleaje.

Por fin empezó a amanecer. Debían de ser las cuatro o las cinco de la madrugada. Me levanté del futón, me senté en la silla al lado de la ventana y descorrí la cortina. Me sorprendí al ver que al otro lado de la ventana se extendía la inmensidad del mar. Como habíamos encontrado aquel *ryokan* en plena noche, no nos habíamos percatado de lo sumamente cerca que estaba de la orilla. Mientras contemplaba distraído la fantástica extensión marina bajo la luz del sol incipiente, noté movimiento a mi espalda. Mis padres se estaban levantando. Al volverme hacia ellos, vi que tenían ojeras. Tampoco habían podido dormir.

Mi madre, vestida con kimono de verano, miró a través de la ventana.

—Vamos a hacer una foto —nos propuso—. Me encanta ver el mar cuando amanece.

Aunque ella prefería que Col se quedara en la habitación, se lo puse en el regazo, le arreglé el kimono y salimos de la habitación. Empujé la silla de ruedas en dirección a la orilla. Aún no era totalmente de día y hacía fresco. Mi madre quería que nos acercáramos más, pero la silla de ruedas no avanzaba por la arena húmeda y amazacotada. El sol había iniciado su ascenso y brillaba sobre la superficie del mar. Aquella visión tan bella y sobrecogedora hizo que nos detuviéramos en nuestros pasos para contemplar el mar lleno de luz.

—¡Rápido, una foto! —exclamó mi madre.

Su voz hizo que volviera en mí, y preparé la cámara. Mi padre y yo nos turnamos para hacer fotos, y entonces salió el dueño del *ryokan* y se ofreció a fotografiarnos.

Mi madre estaba sentada en la silla de ruedas, y mi padre y yo agachados a cada lado, con el mar a nuestras espaldas. Finalmente Col se despertó en su regazo y pareció malhumorado.

—¡Sonrían! —dijo el dueño, y apretó el obturador.

—Muchas gracias.

Fui a recoger la cámara, pero él quiso hacer otra foto, así que volví al lado de mi

madre.

—¡Venga! ¡Unas sonrisitas, que son gratis!

En el momento en que nos reíamos forzadamente del mal chiste, el dueño nos hizo la foto.

—¿QUÉ, HAS RECORDADO algo? —le pregunté a Col cuando terminé de contarle el viaje con mis padres.

—Pues… la verdad es que no recuerdo nada.

—¿Nada de nada? Es una lástima.

—Lo siento. Por más que me esfuerce, no consigo recordar. Solamente…

—¿Qué?

—Era feliz, eso es lo único que recuerdo.

—¿Feliz?

—Así es. Recuerdo que cuando nos hicieron esa foto era feliz. Eso es todo.

Col no recordaba nada. Ni a mis padres ni el viejo *ryokan* ni el mar, pero sí que había sido feliz. Yo tenía una sensación un tanto extraña. Algo que había dicho el gato me llamaba la atención. Y al mirar de nuevo la foto me di cuenta de qué era. Mi madre no había querido hacer un viaje para su satisfacción personal, tan solo había deseado que mi padre y yo nos reconciliáramos. Quiso vernos juntos, ver que nos hablábamos, antes de morir. Sin poder evitarlo, exhalé un profundo suspiro. ¿Por qué no me había percatado hasta entonces? Desde que nací, mi madre nos había dedicado todo su tiempo a mí y a mi padre, y no era posible que deseara para sí la etapa final de su vida. Quería dedicarnos todo su tiempo hasta el último instante. «Me había engañado a mí mismo, mamá, y hasta ahora no me había dado cuenta en absoluto». Examiné la foto, en la que mi padre sonreía tímidamente. También yo sonreía del mismo modo. Pero, a juzgar por la sonrisa de mi madre, se diría que nunca había sido más feliz.

Me emocioné al contemplar su cara. Un profundo dolor me inundó el pecho y noté que estaba llorando delante de Col. Este se me acercó, preocupado al parecer, y se subió a mis rodillas. El calor que transmitía a mi cuerpo me serenó. El gato es un magnífico animal. Jamás reacciona a mis sentimientos, pero en los momentos en que estoy sumido en la amargura, viene a mi lado.

Al igual que sucede con el tiempo, en el mundo gatuno no existe la soledad. No hay más que el tiempo durante el que el gato está solo y el tiempo en el que está con alguien. Probablemente la soledad es una posesión exclusiva de las personas.

Pero mientras rememoraba el rostro sonriente de mi madre, pensé que tal vez no fuese así. Toqué el cálido cuerpo de Col.

—Oye, Col, ¿sabes qué es el amor?

—Pues no sé… ¿Qué es eso?

—Tal vez os resulte incomprensible a los gatos, pero es un sentimiento que

tenemos los humanos. Te gusta una persona, crees que es importante para ti y, en definitiva, deseas estar siempre con ella.

—¿Y eso es bueno?

—Humm… A veces te crea problemas, en otras ocasiones te causa molestias, pero es bueno, desde luego, es muy bueno.

Sí, nosotros tenemos el sentimiento amoroso. Si no llamara amor a lo que significa la expresión de la cara de mi madre, ¿cómo lo llamaría? Y ese amor, que es peculiar del ser humano, que es conflictivo y molesto, pero también un gran apoyo para nosotros, se parece mucho al tiempo. El tiempo, el color, la temperatura, la soledad y el amor son conceptos que solo existen en el mundo humano, que nos controlan y nos dan libertad a la vez. Son ellos los que nos hacen vivir como personas.

Al tiempo que estos pensamientos surgían en mi mente, el tictac del reloj llegó a mis oídos. ¿Cómo era posible? Miré hacia la mesilla de noche y, tal como era de esperar, el reloj no estaba allí. A pesar de su ausencia, tenía la sensación de que había algo que me apoyaba. Cuantos habitamos en el mundo, oímos innumerables tictacs, que son como los latidos del corazón.

LA SEGUNDERA DEL cronómetro que gira; unos hombres de cuerpos flexibles que corren cien metros lisos: la segundera sigue girando; se pulsa un botón. El botón pulsado es el de un despertador. Los niños que lo han pulsado vuelven a acostarse. Las agujas del reloj de pared giran y giran en el sueño que tenían los niños, y entonces llega la mañana. El sol matinal ilumina la torre del reloj. Unos novios se han reunido al pie de la torre. Paso por su lado camino de la parada del tranvía. Consulto mi reloj de pulsera. Subo al tranvía, que, como de costumbre, ha llegado con cierto retraso. Camino hasta llegar a una pequeña relojería. Dentro de la tienda un montón de relojes ocupan todo el espacio. Tictac, tictac. El interminable sonido de los relojes. Escucho un momento la indicación de ese sonido. Un sonido que he escuchado desde niño, que me controla y me libera al mismo tiempo, que me va serenando. Finalmente el sonido se aleja poco a poco hasta desaparecer.

—BUENO, COL, vamos a dormir —le dije mientras ordenaba los álbumes.

Él replicó con un maullido.

—¿Qué pasa, Col? ¿Por qué, así de repente, te comportas como cualquier otro gato?

No me respondió diciendo que era una broma tonta. Col había vuelto a maullar y yo tenía un mal presentimiento.

—¿Acaso estáis decepcionado?

De repente alguien me hablaba a mi espalda. Me volví, sorprendido, y allí estaba

Aloha. Llevaba una camisa hawaiana negra con el lúgubre dibujo de un mar nocturno y sonreía.

—¿El señor gobernador va a morir pronto?

—Eso no tiene ninguna gracia.

—¡Está bien, hombre, perdona! Parece que la eficacia no ha durado tanto como creía. El gato ha vuelto a la normalidad. ¿Estás decepcionado?

—Déjame en paz.

—Vamos, no te pongas así. Además, es justamente el momento.

Tras decir esto, soltó una risita irónica, una risa demoniaca que ya había oído antes y que evidenciaba su intención maligna. También este es un sentimiento que solo tenemos los seres humanos.

—He decidido qué es lo siguiente que vamos a eliminar del mundo —dijo Aloha sin dejar de reírse.

Mi mal presentimiento no me abandonaba. Me costaba respirar, y era debido al poder de la imaginación, una capacidad que solo los seres humanos poseemos. Una imagen cruel rondaba por mi mente.

—¡Basta ya! —exclamé sin pensar. Pero no, no había sido yo. El diablo que era mi doble había gritado—. Eso es lo que querías decirme, ¿verdad? —añadió riendo.

—Por favor… no sigas —le rogué, y me puse de rodillas.

Entonces el diablo me dijo que íbamos a eliminar a los gatos de este mundo.

VIERNES

Si los gatos desaparecieran del mundo

TEMBLABA TODO ÉL, y emitió un tenue y lastimero maullido. ¿Me estaría pidiendo auxilio? Yo me limitaba a mirarle, impotente. Una y otra vez Lechuga intentaba levantarse, pero no lo conseguía.

—No creo que dure mucho —susurré.

—Sí, eso parece —respondió mi entristecida madre.

Lechuga llevaba cinco días durmiendo casi continuamente. Había dejado de comer el atún que tanto le gustaba, y tampoco bebía agua. El tiempo durante el que dormía fue haciéndose cada vez mayor, y al final ya no se tenía en pie. Un día le di una mezcla de bebida isotónica y agua e hice que la retuviera en la boca. Tras beber ese líquido, se puso en pie, aunque no tenía fuerzas. Dio unos pasos titubeantes hasta llegar ante mi madre y se desplomó.

—¡Lechuga!

No podía seguir mirándole y lo tomé en brazos. Aquel cuerpo sorprendentemente delgado y liviano todavía estaba caliente. Exhausto y lánguido, le recorrían ligeros temblores. Todo ello me hizo comprender que se encontraba entre la vida y la muerte. Poco a poco me invadió el temor. Estaba perplejo, no podía admitir que la vida de Lechuga se estuviese extinguiendo delante de mí. Me quedé sin fuerza en los brazos y deposité cuidadosamente a Lechuga en el regazo de mi madre. Una vez allí, se puso a ronronear y maullar como para decir que aquel sí que era su sitio. Mi madre empezó a acariciarlo dulcemente. Entonces el gato, que estaba tranquilo y con los ojos cerrados, dejó de temblar, respiró un momento, como para reanimarse, abrió mucho los ojos y nos miró a mi madre y a mí. Finalmente, tras exhalar un profundo suspiro, se quedó inmóvil.

—¡Lechuga!

Repetí su nombre muchas veces, creyendo que solo estaba dormido y que si seguía llamándole en algún momento se despertaría.

—No le digas nada más —me pidió mi madre, sin dejar de acariciarle—. Por fin se ha ido a un lugar donde no existe el sufrimiento. —Entonces se dirigió a Lechuga —. Qué duro ha sido, ¿verdad?, qué mal lo has pasado. Perdónanos, porque no hemos podido hacer nada por evitarlo. Pero ya no debes preocuparte, se acabó el padecimiento.

Mientras le hablaba así, las lágrimas se deslizaban por las mejillas de mi madre. Al fin comprendí la realidad. Lechuga había muerto.

Había muerto como murieron los escarabajos astados y los cangrejos de río que criaba de pequeño. Al tocarlo, me quedé estupefacto. Su cuerpo seguía caliente, pero

ya no se movía. Lo que estaba viendo en aquel momento no era el cadáver de Lechuga ni a mi llorosa madre, sino el collar de cuero rojo que el gato llevaba al cuello. Lo había mordido constantemente porque quería quitárselo, y estaba muy deteriorado. Hasta un momento antes había sido un objeto vivo, como si formase parte del cuerpo de Lechuga, pero ahora lo veía como un áspero trozo de cuero rojo. Cuando lo toqué, la muerte se hizo real de inmediato, y me eché a llorar como si vomitara.

AL DESPERTARME TENÍA los ojos humedecidos por las lágrimas. Todavía era de noche. Debían de ser las tres de la madrugada. Col, que debería estar durmiendo a mi lado, no estaba allí. Me levanté bruscamente, lleno de inquietud, y lo busqué a mi alrededor. Lo encontré dormido a los pies del futón, hecho un ovillo (siempre se mueve mucho cuando duerme). Menos mal. Aún seguía allí.

La noche anterior Aloha me había propuesto eliminar a los gatos a cambio de extender mi vida. La vida y los gatos. Por ahora no me es posible imaginar mi vida sin Col. Desde que murió mi madre, hace cuatro años, siempre me ha acompañado. No podía suprimirlo. Pero ¿qué iba a hacer?

SI LOS GATOS desaparecieran del mundo.

Si los gatos desaparecieran, ¿qué ganaría el mundo y qué perdería? Recordé algo que decía mi madre: «Los gatos y las personas llevan viviendo juntos diez mil años. Mira, cuando un gato vive con nosotros, poco a poco nos vamos dando cuenta de que no solo cuidamos de él, sino que, por el mero hecho de estar a nuestro lado, nos hace compañía».

Me tendí al lado de Col, que estaba aovillado, y contemplé su cara dormida, cuya expresión era demasiado apacible. No pensaba ni en sueños que iba a desaparecer. Era como si dentro de poco fuese a decirme que quería comer en aquel lenguaje de otro tiempo. Aunque, al escudriñarle la cara, también podría interpretar de otro modo su expresión y pensar que en realidad decía: «Puedo desaparecer por el bien del señor gobernador».

Ante todo, solo los humanos tenemos el concepto de la muerte. Los gatos desconocen el temor a morir. Nosotros los cuidamos cargando unilateralmente con el temor a la muerte y la tristeza que nos causa, y lo hacemos pese a saber que su vida es mucho más corta que la nuestra, que su muerte será una causa de dolor inevitable cuando desaparezcan.

Sin embargo, tampoco nosotros podemos entristecernos por nuestra propia desaparición. La muerte es algo que nos rodea, que les sucede a los demás, pero que no podemos experimentar cuando nos sucede a nosotros. Es decir, en esencia la muerte del gato y la del ser humano no se diferencian. Esta idea me hizo comprender

por qué cuidamos a los gatos. ¿No será debido a que no nos conocemos y deseamos saber cómo es nuestra imagen y cómo serán nuestro futuro y nuestra muerte? Mi madre estaba en lo cierto. No es que los gatos nos necesiten, sino que nosotros les necesitamos a ellos.

Estaba rumiando esas cuestiones cuando empezó a dolerme la parte derecha de la cabeza. Mi cuerpo… un pequeño organismo que está bajo el dominio de la muerte. Acurrucado en la cama, exhausto y tembloroso, como Lechuga aquel día, sentí nacer en mí un sentimiento de desolación. El dolor de cabeza iba en aumento. Me levanté de la cama y fui a la cocina para tomar un par de píldoras de analgésico y un vaso de agua, y me acosté de nuevo. Entonces volví a quedarme profundamente dormido.

—¿QUÉ PIENSAS HACER? —me preguntó la voz del Aloha de anoche, sin dejar de sonreír—. Los gatos a cambio de tu vida. No se trata de una elección difícil. Míralo de esta manera: si estás muerto, no podrás mimar a tu gato. En comparación, su pérdida es cosa de poca monta.

—¿No puedes esperar un poco más?

—¿Tanto te preocupa?

—Espera un poco más, por favor.

—De acuerdo. Tienes tiempo hasta mañana para llegar a una conclusión antes de que se extinga tu vida.

Tras decir esto, Aloha desapareció.

ABRÍ LOS OJOS. En el exterior ya habían aparecido las primeras luces de la mañana. Me levanté despacio y palpé en busca de Col. No estaba allí. Me cercioré de su ausencia. ¿Adónde habría ido? ¿Acaso había decidido eliminar a los gatos en mi sueño? Miré en derredor. El gato no estaba sobre la vieja manta anaranjada que siempre usa para dormir. Busqué en vano encima de la estantería, debajo de la cama, en el lavabo, en el cuarto de la ducha. Le gustan los lugares estrechos. Miré en el tambor de la lavadora, donde suele esconderse. Tampoco estaba allí.

¿Y al otro lado de la ventana? Suele saltar y se queda en el exterior meneando la cola. A veces se duerme fuera, encorvando el lomo. Al cabo de un rato oí el sonido de su respiración cuando duerme, una sensación cálida. Me pareció oír un leve maullido.

—Col…

Como impulsado por un resorte, me puse las sandalias y salí corriendo de la habitación. Tal vez estuviera escondido debajo de una furgoneta blanca en el aparcamiento que hay delante del edificio. No estaba allí. Recorrí el trayecto del día anterior, cuando lo llevé de paseo. Puede que estuviera en el parque.

Subí la cuesta y llegué al parque. Podría estar en aquel banco de pintura azul descascarada, pero cuando llegué allí no estaba. ¿Habría ido al restaurante de *soba* en

busca de virutas de bonito seco? Cambié de dirección y me encaminé a las galerías comerciales. Tampoco estaba allí.

—¡Col!

Corrí de un lado a otro ciegamente, sin un destino determinado. Corría sin parar, tenía la garganta seca y me ardían los pulmones. Los músculos de las piernas me dolían como si fueran a desgarrarse, y se me nublaba la vista.

—Mamá…

Mientras corría, surgió en mi mente el recuerdo de aquel día. No quiero evocarlo, pero el sufrimiento físico y emocional que experimenté permanece indeleble en mi memoria.

Han pasado cuatro años. Aquel día también corría con todas mis fuerzas hacia el hospital. Mi madre había sufrido un ataque. Por aquel entonces llevaba mucho tiempo ingresada y sus periodos de sopor eran cada vez más largos. De vez en cuando sufría un ataque, y cada vez que eso ocurría iba corriendo al hospital.

Cuando llegué, mi madre estaba sufriendo mucho y se retorcía en la cama. Temblaba y repetía una y otra vez que tenía frío.

—¡Mamá! —exclamé, presa del pánico, porque nunca la había visto en aquel estado.

Siempre había sido alegre y tierna, siempre me había apoyado, poniéndose en mi lugar. Para mí era como un puerto absolutamente seguro y tranquilo. Y una madre así se estaba muriendo. Tan grandes eran mi temor y mi tristeza que parecía como si fuese a perder el conocimiento.

—Perdona, perdona —repetía.

Yo notaba una opresión en el pecho y no podía contener las lágrimas. Las rodillas me temblaban mientras le masajeaba la espalda.

Estuvo sufriendo así durante una hora, y entonces le administraron un fármaco a través del gotero y se durmió profundamente. A juzgar por lo apacible que era la expresión de su cara dormida, se diría que no le había ocurrido nada. Sintiéndome aliviado, tomé asiento en una silla a su lado y me dormí en seguida.

No sé cuántas horas pasarían, pero al despertar vi que mi madre estaba leyendo un libro a la luz de una pequeña lámpara. Su estado era normal.

—¿Estás bien, mamá?

—Te has despertado, ¿eh? Perdona. Sí, ya estoy bien.

—Estupendo.

—Pero… no sé qué va a ser de mí.

Se miraba los brazos, que habían adelgazado en extremo.

—No digas eso.

—Tienes razón. Perdona.

El resplandor de la puesta del sol penetraba a través de la ventana. En general, la luz del sol poniente es anaranjada, pero aquel día era de un color rosa vívido. En la mesilla de noche había una foto. Ella estaba sentada en la silla de ruedas, con mi

padre y yo a los lados, de espaldas al mar. Todos sonreíamos.

—Qué bien lo pasamos en el *onsen*.

—Es cierto.

—Pero qué apuro cuando no teníamos alojamiento.

—Sí, en aquellos momentos estaba irritado de veras.

—Claro que, al recordarlo ahora, no sé, de alguna manera resulta divertido.

—Sí, es verdad.

—Qué rico estaba el *sashimi*.

—Iremos otra vez.

—Me gustaría, pero… perdona, me temo que ya no va a ser posible.

No pude decirle nada.

—Tu padre no viene, ¿verdad?

—Parece que no —repliqué, incapaz de seguir callado.

—Le llamé para pedirle que viniera, pero me dijo que tenía que reparar un reloj.

—Ya…

Era el reloj de pulsera que mi madre tenía en gran estima. No poseía ningún otro reloj. Desde luego era raro que tuviera uno solo cuando estaba casada con un relojero.

—¿Qué tiene de especial ese reloj?

—Es el primer regalo que me hizo tu padre.

—Ah, comprendo.

—Lo montó con piezas de los relojes antiguos que coleccionaba.

—¿Era la clase de persona que hacía esas cosas?

—Sí, lo era —replicó ella, riéndose como una niña, y siguió diciendo—: Cuando vino a verme la semana pasada, le dije que el reloj se había parado, y él se lo llevó sin decir nada. Quería repararlo.

—Pero este no es el momento más apropiado para eso.

—Qué importa. Me alegro muchísimo de que estés aquí, pero piensa que el afecto hacia alguien también puede expresarse de otras maneras.

—Lo crees así…

—Sí, lo creo.

Esta fue la última conversación que tuvimos. Poco después, de repente, mi madre sufrió un brusco empeoramiento de su estado y una hora después estaba muerta. Aunque había telefoneado muchas veces a la relojería, no pude contactar con mi padre, que no estuvo presente en el hospital cuando ella falleció. Se presentó media hora después. Llevaba el reloj de mi madre en la mano. Finalmente, no había podido arreglarlo y las agujas seguían inmóviles. Le insulté delante del cadáver. ¿Por qué tenía que haberse dedicado a eso precisamente ahora? Por mucho que ella me los hubiera explicado, era incapaz de comprender los motivos de mi padre.

Después de que el personal de la funeraria se hubiera llevado a mi madre, en la habitación del hospital quedó solo la cama con una sábana muy blanca, de una blancura que parecía excesiva. El reloj de pulsera estaba sobre la mesilla de noche.

Aquel reloj, que había parecido formar parte del cuerpo de mi madre, estaba ahora exánime, no era más que un pequeño trasto inútil.

De repente recordé el collar rojo de Lechuga y me sentí anonadado. Cogí el reloj y lo apreté contra mi pecho. A solas en aquella habitación, me puse a sollozar. Desde aquel día no he vuelto a hablar con mi padre.

SIGO SIN COMPRENDER el motivo por el que se rompió la relación con mi padre. Éramos una familia unida. Hacíamos las comidas juntos, íbamos de viaje. Pero, sin ninguna razón en especial, durante largo tiempo las raíces de nuestra relación se habían ido pudriendo, por así decirlo.

Éramos una familia y, naturalmente, no dudábamos de que nuestra relación seguiría siendo excelente, y al pensar así reclamábamos a los demás que fuesen justos con nosotros, pero no hacíamos caso de lo que ellos tenían que decir. Eso era un error.

La familia no se conjuga con el verbo ser sino con hacer. Mi padre y yo solo éramos dos individuos con un vínculo de sangre. A pesar de lo limitado de tal vínculo, creíamos que nuestra comprensión mutua era perfecta, y cuando nos percatamos de que no era así, ya no había solución. Por eso cuando mi madre cayó enferma, apenas hubo una comunicación apropiada con mi padre. Cada uno imponía al otro sus circunstancias personales, sin pensar en mi madre. Ella siguió haciendo las tareas domésticas hasta que empezó a encontrarse muy mal, y aunque yo había tenido atisbos que deberían haberme alertado, no la llevé al hospital para que la examinaran. Reprochaba a mi padre que le hiciera trabajar continuamente para nosotros, y él me reprochaba que no la hubiera llevado al hospital a su debido tiempo. Yo había querido por encima de todo estar al lado de mi madre en sus últimos momentos, mientras que él se había empeñado en repararle el reloj. Ni siquiera en unos momentos trágicos, como los de su muerte, habíamos podido estar juntos.

CORRÍA SIN RUMBO y no veía a Col por ninguna parte. ¿Realmente lo habría hecho desaparecer? ¿Habría eliminado a Col de este mundo? ¿Tampoco volvería a verle nunca más? ¿Ya no podría tocar su pelaje suave y cálido? ¿No volvería a ver su cola ondulante y su cuerpecillo redondeado, a notar los latidos de su corazón? Pensé en mi madre y en Lechuga. No quería quedarme solo. Lloraba de dolor, tristeza y rabia. Seguía corriendo en un estado lamentable, las piernas me flaqueaban, tenía la boca abierta y jadeaba. Finalmente, presa de un fuerte dolor de cabeza, caí al suelo y quedé tendido sobre los fríos adoquines, por los que me arrastré de una manera humillante.

Aquel lugar adoquinado me resultaba familiar. Cuando alcé los ojos, vi que era la plaza donde mi exnovia y yo nos habíamos reunido tres días atrás. Así pues, estaba en la población vecina. Corriendo con todas mis fuerzas, había cubierto la distancia que el tranvía tarda media hora en recorrer. Probablemente ya no había nada que hacer. El

frío de los adoquines me hizo volver a la realidad. Había eliminado del mundo a los gatos, y a Col con ellos.

Creí oír unos maullidos muy ligeros. Me levanté de inmediato y corrí hacia el lugar de donde procedían. ¿Era un sueño o algo real? Estaba confuso. Al correr sentía las piernas tan pesadas como si fuesen de plomo. El sonido de los maullidos me llevó hasta un edificio de ladrillo. Era aquel cine.

Los maullidos continuaban. Allí estaba. Había encontrado a Col. Lo vi encima del mostrador, en el vestíbulo. Se estiraba y movía la cola como de costumbre. De repente saltó al suelo, maulló y se me acercó despacio. Lo tomé en brazos y lo estreché contra mí. Noté la suavidad de su pelaje, su calor, la sensación de vida que transmitía.

—Col…

Él ronroneaba mientras seguía abrazándolo.

—Ah, qué alivio. —Ella estaba delante de mí. Claro, vivía en aquel edificio—. Vaya susto me he llevado cuando, de repente, he visto a Col tan lejos de tu casa.

—Muchas gracias. Menos mal que estaba aquí.

—¿Ya empezamos? Siempre has tenido la lágrima fácil.

No me había dado cuenta de que estaba llorando. Me sentía avergonzado, pero por encima de todo estaba contento porque Col no había desaparecido y lo tenía en mis brazos. Me levanté al tiempo que me enjugaba las lágrimas.

—Toma esto —me dijo, tendiéndome un sobre.

—¿Qué es?

—Puedes estar seguro de que su contenido lo escribió tu madre.

El sobre estaba franqueado, aunque sin matasellos. Mi madre me había escrito una carta pero en el último momento no la había enviado.

—Hace mucho tiempo que tu madre la dejó a mi cargo.

—Una carta de mi madre…

—Sí, me la dio cuando fui a verla al hospital.

Cogí el sobre, asombrado.

—Me dijo que te había escrito, pero que finalmente no envió la carta. Creía que, si lo hiciera, no volvería a verte. Por eso me pidió que te la diese si en algún momento futuro lo estuvieras pasando muy mal.

—Eso te dijo…

—Yo no quería hacerlo, porque ya no éramos novios, pero ella replicó que no era imprescindible que te la hiciera llegar, que le bastaba con que alguien tuviera esta carta en su poder. Pero hoy Col se ha presentado aquí, te he visto llorar y he pensado que tu madre se refería a un momento como ahora.

—¿Ahora?

—Estás sufriendo mucho.

—Ya…

—Tu madre era una gran persona, y parecía tener dotes de maga —dijo riendo.

Me senté en el sofá del vestíbulo, puse a Col sobre mis rodillas y abrí el sobre lentamente. En la primera página figuraba la frase: «Diez cosas que quiero hacer antes de morir», en unos caracteres grandes y bonitos. No pude evitar sentirme decepcionado. Madre e hijo habíamos hecho lo mismo. Esbocé una sonrisa mientras pasaba a la segunda página.

«Creo que ya me queda poco tiempo de vida. Por eso he pensado en diez cosas que me gustaría hacer antes de morir. Deseo viajar, comer exquisiteces, vestir bien… Me he puesto a anotar esa clase de cosas, y entonces me he preguntado si era realmente lo que me gustaría hacer antes de morir. Al pensar de nuevo en ello con detenimiento, he comprendido una cosa. Todo cuanto quería hacer antes de morir era para ti. Tu vida a partir de ahora seguirá durante muchos años más. Me temo que deberás enfrentarte a situaciones duras y tristes, y por ello quiero mencionarte diez aspectos tuyos que son estupendos, con el deseo de que adoptes siempre una actitud constructiva a lo largo de tu vida, aunque te sucedan cosas dolorosas y tristes. Así pues, anoto aquí esas diez cosas estupendas tuyas, en lugar de las diez cosas que me gustaría hacer antes de morir.

Sabes compartir la tristeza del prójimo.

Sabes compartir su alegría.

Tu cara cuando duermes es muy hermosa.

Cuando ríes se te forma un hoyuelo en la mejilla.

Cuando estás inseguro de algo, tienes la costumbre de tocarte la nariz sin querer.

Tu carácter te lleva a preocuparte del prójimo más de lo necesario.

Cuando estaba resfriada, siempre te ocupabas de las tareas domésticas.

Siempre comías con gusto los platos que te preparaba y nunca dejabas de felicitarme por mi destreza culinaria.

Padeces en seguida y te quedas pensativo.

Pero después de pasarlo muy mal, siempre acabas por llegar a una solución correcta.

Quiero que sigas adelante con tu vida sin olvidar esos aspectos positivos que tienes. Mientras los conserves, serás feliz y quienes estén a tu alrededor también lo serán.

Te doy las gracias por todo y me despido de ti. Deseo que jamás pierdas cuanto de bueno tienes».

MIS LÁGRIMAS CAÍAN sobre la hoja. Me las enjugaba para evitar que humedecieran aquella carta importante, pero, por más que lo intentaba, no podía evitar que siguieran fluyendo. Lloraba y al mismo tiempo surgían en mi mente recuerdos de mi madre. Cuando estaba resfriado me masajeaba constantemente la espalda. Un día, de pequeño, me perdí en el parque infantil y lloraba a lágrima viva cuando ella vino corriendo hacia mí y me estrechó en sus brazos. Se pasó un día entero buscando en el

supermercado una caja de *obento*, porque le había dicho que quería una tan llamativa como las de mis compañeros. Como daba muchas vueltas al dormir, ella siempre me arreglaba la cama deshecha. Apenas se compraba ropa y solo gastaba en prendas para mí. Preparaba excelentes tortillas y huevos fritos, y me daba una parte de los suyos porque yo era insaciable. Por su cumpleaños le regalé unos tiques de masajes, pero no los usó nunca y decía que era una pena desperdiciarlos en ella. Compró un piano y tocaba una melodía que me gustaba, aunque siempre se equivocaba en el mismo fragmento y no mejoró nunca.

¿Tuvo mi madre alguna afición? ¿Dispuso de tiempo para sí misma? ¿Había cosas que deseaba hacer, tenía algún sueño que realizar en el futuro? Por lo menos quisiera haberle mostrado mi agradecimiento, algo que no hice nunca. No le regalé ni una flor porque me resultaba embarazoso. No sé por qué no pude hacer una cosa tan sencilla. ¿Por qué en aquel entonces no podía ni imaginar que un día mi madre desaparecería de este mundo? Recordé de nuevo que ella solía decir: «A fin de conseguir algo, es preciso perder algo». No quiero morir, mamá, le dije en mi fuero interno. La muerte me asusta, pero, como tú decías, es aún más duro arrebatar algo a los demás para seguir viviendo.

—NO DEBÉIS SEGUIR llorando, señor gobernador —oí decir.

Col, hecho un ovillo en mi regazo, me estaba mirando. Ajeno a la sorpresa que me había causado oírle hablar de nuevo, siguió diciendo:

—Es muy fácil. Solo tenéis que eliminar a los gatos.

—Eso no puede ser, Col.

—Deseo que mi señor gobernador siga vivo. Sería para mí demasiado duro vivir en un mundo del que hubierais desaparecido.

Jamás había imaginado que llegaría un día en que las palabras de un gato me harían llorar. Pero aunque Col no hubiera podido hablar como lo estaba haciendo ahora, sino que se expresara solo con sus maullidos y ronroneos, estoy seguro de que habría captado su pensamiento. Me había serenado al encontrar a Col, pero volvieron a brotarme las lágrimas.

—No lloréis, os lo ruego. En comparación con las cosas que habéis hecho desaparecer del mundo hasta ahora, mi existencia es insignificante.

—No digas eso, por favor, no lo digas.

SI LOS GATOS desaparecieran del mundo…

Lechuga y Col desaparecidos, la muerte de mi madre. Soy un idiota y un ignorante incapaz de imaginar tales desastres. Pero ahora comprendía que si bien hay razones para la existencia de ciertas cosas en este mundo, no las hay para perderlas, no las hay en absoluto.

Tomé una decisión que sin duda Col entendería mejor que nadie. Tras permanecer un rato en silencio, habló de nuevo.

—Comprendo lo que piensa el señor gobernador.

—Te lo agradezco.

—Bien, voy a pediros una cosa para finalizar.

—¿Finalizar?

—Deseo que cerréis los ojos.

—¿Para qué?

—No os preocupéis. Cerradlos, por favor.

Cerré los ojos lentamente y entonces mi madre apareció en la oscuridad. Un recuerdo querido, un recuerdo de aquel entonces, de cuando era niño. Lloraba mucho y no había manera de que dejase de hacerlo. Mi madre me dijo tiernamente:

—Anda, cierra los ojos despacio.

—¿Por qué?

—Hazme caso. Pruébalo y ya verás.

Cerré los ojos, que no dejaban de llorar. Parecía como si mi tristeza girase en aquella oscuridad y formara una espiral negra.

—¿Cómo te sientes?

—Me siento muy triste, mamá —le respondí mientras abría lentamente los ojos.

—Bueno, ahora sonríe.

—No puedo.

—Hazlo, aunque sea una sonrisa forzada.

Me costaba mucho sonreír debido a la discrepancia entre los rasgos físicos y el sentimiento. Por más que mis labios sonriesen, estaba tan triste que mis lágrimas eran incontenibles.

—A tu aire, sin prisas —me dijo ella, y gracias a los ánimos que me daba acabé por forzar una sonrisa.

—Ahora vuelve a cerrar los ojos.

La obedecí y, sin saber por qué, experimenté una sensación de paz y ya no veía la espiral negra. Una suave luz de color crema se extendía como si el sol de la mañana hubiese aparecido en la oscuridad. Mientras contemplaba aquella luz, poco a poco me fue embargando una sensación de calidez y dulzura.

—¿Qué tal?

—Ya estoy bien.

—Me alegro.

—¿Cómo lo has hecho, mamá?

—Es un secreto.

—¿Qué es eso?

—Algo parecido a la magia. Si algún día, cuando estés solo, te sientes triste y no sabes qué hacer, solo tienes que sonreír, aunque sea a la fuerza, y cerrar los ojos. Puedes repetirlo tantas veces como quieras.

Col me hizo recordar esa magia de mi madre, la magia extraordinaria que yo le pedía cada vez que estaba triste. Sentado en el sofá del vestíbulo, cerré los ojos lentamente. Lloraba, pero con una sonrisa forzada en los labios, hasta que noté aquella sensación de calidez y dulzura. La magia de mi madre seguía dentro de mí y no había perdido su eficacia.

—Gracias, mamá.

Nunca se lo había dicho, pero siempre se lo había querido decir. Y por fin pude decírselo.

ABRÍ LOS OJOS. Col, acurrucado en mi regazo, ronroneaba.

—Gracias, Col —le dije mientras lo acariciaba.

Él maulló como si me respondiera y siguió haciéndolo con insistencia. Parecía como si quisiera transmitirme algo desesperadamente. Pero ya no hablaba con aquel lenguaje del pasado. Era cierto que íbamos a separarnos para siempre. Recordé las palabras de mi madre: «No es que las personas cuidemos a los gatos, sino que ellos nos acompañan». Me alegré de haber podido hablar con Col en el último momento. Puede que también eso se debiera a la magia de mi madre. Adiós, Col, gracias por todo lo que me has dado.

Permanecí un buen rato absorto, sentado en el sofá del vestíbulo ya a oscuras. Leí de nuevo la carta mientras acariciaba a Col. Perdí la cuenta de las veces que la releía, pero siempre me detenía en algo que decía en el último párrafo. Aquellas palabras me dolían como si una aguja me traspasara el corazón. En el último párrafo de su carta mamá expresaba el deseo de que mi padre y yo viviéramos juntos y nos llevásemos bien.

SÁBADO

Si yo desapareciera del mundo

NO SÉ SI soy feliz o desdichado, pero sé una sola cosa. Uno puede ser feliz o desdichado simplemente creyendo que lo es.

Esta mañana, al despertar, Col estaba dormido a mi lado. Noté la suavidad de su pelaje y los latidos de su corazón. Los gatos no habían desaparecido del mundo, lo cual significaba que yo iba a desaparecer.

Si yo desapareciera de este mundo… Traté de imaginarlo. El porcentaje de mortalidad es del cien por cien. Teniendo esto en cuenta, que el hecho de morir sea una desgracia o no dependerá de cómo hayas vivido. Como decía mi madre: «Para conseguir algo, tienes que perder algo». A fin de alargar mi vida, había eliminado el teléfono, el cine y el reloj. Pero no he podido suprimir a los gatos. Habrá quien piense que soy un imbécil al preferir los gatos a mi vida. Lo acepto, soy un imbécil, pero no me sentía feliz arrebatando cosas a los demás a fin de extender mi vida. Para mí no hay diferencia entre el sol, el mar, la atmósfera y los gatos. Por eso tomé la decisión de no seguir eliminando cosas de este mundo. Decidí aceptar una vida más corta que la concedida a la mayoría. Así que voy a morir.

Cuando llegué a casa con Col, Aloha me estaba esperando. Como de costumbre, vestía una camisa hawaiana chillona y pantalón corto, y no le faltaban las gafas de sol encima de la cabeza. Al principio me ponía nervioso, pero últimamente me tranquiliza verlo con esa pinta. Espanta ver a qué cosas uno puede llegar a acostumbrarse.

—Vaya, ¿dónde estabas? Creía que habías desaparecido como por arte de magia, y estaba a punto de preguntarle a Dios… ¡No, hombre, no, es broma!

—Perdona.

—Oye, te veo distinto… Si no me contradices, rompes mi ritmo, ¿comprendes?

—Perdona.

—Vamos, vamos, no pasa nada. Bien, ¿procedemos a la eliminación de… eso?

Se puso a canturrear alegremente mientras señalaba a Col.

—No vamos a eliminarlo.

—¿Cómo?

—Te digo que no vamos a eliminar a los gatos.

—¿En serio?

—En serio.

Al ver la cara de pasmo de Aloha, me entraron ganas de reír.

—¿Dónde está la gracia? Te vas a morir. Lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé, pero no voy a eliminar nada más.

—Eso significa tu desaparición —dijo Aloha en un tono pesaroso.

—Pero vivir por vivir no tiene sentido. El sentido radica en cómo vives.

Aloha guardó silencio. Finalmente, mirándome con fijeza, abrió la boca.

—Dios ha vuelto a ganar. Los seres humanos no tenéis remedio.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada. He perdido. ¡Ya puedes morirte!

—¿No tienes otra manera de decirlo? Voy a morir de todas maneras.

Me eché a reír, y Aloha me secundó.

—Pero ya no podremos vernos más.

—Así es.

—No sé por qué, pero me apena.

—Lo mismo me ocurre. Eres una persona bastante interesante.

—No es necesario que me hagas la pelota.

—Dime una cosa. ¿Qué aspecto tiene el diablo en realidad?

—¿Quieres saberlo?

—Sí, por favor.

—Verás, la verdad es que no tengo ningún aspecto.

—¿Qué quieres decir?

—Vosotros tenéis un concepto mental del diablo, expresado gráficamente de diversas formas. Unas veces negro, con colmillos, cola puntiaguda y una lanza en la mano, otras como un dragón.

—Comprendo.

—Ojalá desapareciera sobre todo ese diseño con la lanza, que es de muy mal gusto, ¿no crees?

—Por supuesto, eso no le gusta a nadie.

—Está muy mal.

—Desde luego.

—Por eso el aspecto que me ves es el que imaginabas que tenía el diablo. En tu mente me veías semejante a ti.

—Pero con un carácter del todo distinto.

—En efecto. Creo que ese es el punto clave. Quiero decir que yo podría ser el símbolo de la clase de vida que habrías podido llevar.

—No te entiendo. Explícamelo mejor.

—Mira, idealmente te gustaría ser alegre, nada introvertido, y vestir de un modo llamativo; una persona que hace lo que quiere sin pararse en barras, que no da ninguna importancia a las opiniones ajenas y dice lo que desea decir sin pelos en la lengua.

—Realmente la diferencia entre una persona así y yo es como la que hay entre la noche y el día.

—Exacto. Te has arrepentido una infinidad de veces, cuando querías hacer una cosa y has hecho otra. Si hubieras seguido el camino que deseabas en lugar del otro,

probablemente tendrías mi aspecto. Tu situación es verdaderamente endiablada. Quisieras tener otro carácter, pero no puedes. Es una clase de vida que tienes al alcance de la mano y que al mismo tiempo está lejos de ti.

—Creía que un carácter como el mío era correcto.

—A mí no me preguntes si es correcto o no.

—¿Crees que en el momento de morir voy a arrepentirme por haber renunciado a nuestro trato?

—Seguro que sí. Dirás, por ejemplo, «¡quiero vivir!», «¡que vuelva el diablo!». Los hombres soléis envidiar la vida que no habéis tenido, arrepentiros mirándola desde la vida que elegisteis.

HAY QUIEN DISPONE de poco tiempo de vida y asegura que va a vivirlo intensamente, pero creo que eso no es cierto. Cuando sabes lo poco que te queda por vivir, tan solo tratas de llegar a un indulgente compromiso entre la esperanza de vivir y la muerte, recordando las numerosas ocasiones en que te has arrepentido de insignificancias y los sueños que te hubiera gustado realizar. Pero a mí, que he sido autorizado a eliminar cosas de este mundo a fin de alargar mi vida, tales arrepentimientos por nimiedades me parecen muy hermosos, un testimonio de mi vida.

Ya no voy a eliminar nada más de este mundo. Tal vez me arrepienta antes de morir, pensando que habría sido mejor suprimir a los gatos y alargar mis días. Pero no me importa que ocurra eso, porque mi vida ha estado llena de arrepentimientos. Quise vivir la vida a mi manera, pero al final no ha podido ser. Ni siquiera he podido encontrar mi propio estilo. He tenido innumerables fallos y arrepentimientos, no he podido satisfacer mi deseo de conocer a determinadas personas ni realizar mis sueños, no he probado alimentos que me atraían ni he ido a lugares que me interesaban. Voy a morir consciente de todas esas carencias, pero no importa. Ahora estoy satisfecho de mí mismo, y estoy contento de hallarme aquí y en ningún otro lugar.

Cuando supe que mi fin era inminente, un diablo apareció en mi vida. Me concedió un día más a cambio de cada cosa que eliminara del mundo. Estos días han sido muy extraños. Pero ¿no es algo similar a la manzana que el diablo ofreció a Adán y Eva? Los incidentes ocurridos estos últimos días tal vez hayan sido la continuación de una grandiosa apuesta entre Dios y el diablo. Lo que Dios cuestionaba no era el valor de las cosas que desaparecen del mundo, sino mi valor como ser humano. Al principio, Dios creó el mundo entre un lunes y un sábado. He eliminado de este mundo una cosa tras otra, pero finalmente no he podido eliminar a los gatos y seré yo quien desaparezca. El día en que comience mi eterno reposo está al caer.

El diablo me había estado mirando pensativo. Entonces sonrió.

—En el último momento has descubierto que hay personas importantes y cosas

irreemplazables, y has sabido que vivir en este mundo es maravilloso. Te das una vuelta por él y, aunque tus días sean aburridos, cuando vuelves a mirarlo te das cuenta de lo hermoso que es. Tal vez mi visita tenga sentido aunque solo sea por eso.

—Pero ya me voy a morir…

—Eso parece, pero una cosa es cierta. Ahora eres feliz porque lo has comprendido.

—Habría sido mejor que lo hubiera comprendido un poco antes.

—De acuerdo, pero nadie puede saber cuánto tiempo de vida le queda. Tanto pueden ser días como meses. Ninguna persona conoce la duración de su vida.

—Ciertamente.

—En realidad, los conceptos de rapidez y lentitud aplicados a la duración de la vida son ficticios.

—Una idea interesante.

—Lo es, ¿verdad? Una pequeña atención que tengo contigo en tus últimos momentos. Ahora termina lo que tienes pendiente de hacer. Vaya, ya es la hora. ¡Adiós!

CON TAL LIGEREZA y haciéndome un guiño, aunque con ambos ojos cerrados, Aloha se despidió de mí. Col emitió un triste maullido.

Empecé a poner mis cosas en orden, la preparación antes de morir. Primero arreglé mi habitación y tiré varios objetos: un diario cuya posible lectura por parte de otras personas me avergonzaba, prendas de vestir pasadas de moda, fotos acumuladas durante mucho tiempo que no había podido tirar. Fragmentos de mi vida que aparecían un momento y se esfumaban. Me planteé un interrogante: de haberlo hecho antes, ¿me habría dado Aloha unos días más de vida? Pero no me arrepentía en absoluto de no haberlo hecho. Me embargaba la tranquilidad de saber que ya no tenía que eliminar nada más.

Mientras iba descartando objetos, incordiado continuamente por Col, acudían a mi mente recuerdos que se relacionaban con ellos. Cuando terminé de arreglar la habitación, caía la tarde. La luz anaranjada que se filtraba a través de la ventana iluminaba una pequeña caja metálica solitaria encima de la mesa. Era la caja que encontré en el fondo del armario, una caja de galletas Yakumoku. Mi cofre del tesoro. ¡Qué capacidad la nuestra para convertir bagatelas en tesoros! Por muy importante que sea un regalo o una carta a los que tienes mucho apego, al final esos recuerdos hermosos se convierten en bagatelas de las que acabas por olvidarte.

También yo guardé un día mis tesoros y recuerdos en aquella caja y la sellé. Ahora me costaba abrirla, y decidí salir de casa. Me dirigí a la funeraria, a fin de hacer la reserva de mi funeral.

La funeraria, situada en las afueras de la ciudad, tiene una sala de ceremonias de muy buen gusto. Se notaba que la empresa iba viento en popa. Consulté al encargado

del negocio (dudo de que sea muy correcto hablar de empresa y negocio tratándose de una funeraria). El hombre me escuchó tranquilamente y mostró su comprensión de mis circunstancias, tras lo cual pasamos a hablar de los precios.

El altar, el ataúd, el retrato del difunto, la urna, la tablilla mortuoria budista, el coche fúnebre y, por último, la incineración costarían un millón de yenes. Esa era la suma necesaria para sepultarme. Yo mismo elegiría el precio de mi muerte. El hombre y yo seguimos hablando de una manera práctica sobre todos los detalles, desde el algodón que se introduce en las cavidades nasales hasta el hielo seco que se coloca en el interior del ataúd. El hielo seco para evitar que el cadáver empiece a corromperse costaba ocho mil cuatrocientos yenes por día. Es un cuento de una comicidad indescriptible. Hay grados para todo, el altar, el ataúd, hasta el retrato del difunto, con el precio minuciosamente fijado. Los seres humanos estamos sometidos a una clasificación por grados incluso tras la muerte. Creo que el hombre es el ser vivo más fastidioso que existe hasta el amargo final.

Ataúdes de madera natural, de madera contrachapada, tallada o sin tallar, en tono ante o lacada. Dependiendo de lo que elijas, el precio oscila entre cincuenta mil y un millón de yenes. El encargado me hizo pasar a la sala donde había muchos ataúdes expuestos y me imaginé encajado en uno de ellos, en mi funeral. ¿Quiénes estarían allí? Viejos amigos, mi exnovia, deudos, profesores, colegas del trabajo. ¿Y cuántos de ellos lamentarían mi muerte? ¿Qué dirían de mi vida? Era un tipo jovial, era un haragán, se enfadaba en seguida, era impopular… ¿Qué recuerdos evocarían al lado de mi cadáver? Entonces caí en la cuenta. ¿Qué podía haberles dado, qué podía dejarles? He vivido treinta años sin saber que llegaría este momento. La minúscula diferencia que hay entre un mundo en el que he existido y un mundo sin mi presencia es la señal de que he vivido.

Regresé a mi casa vacía. En cuanto entré, Col se me acercó maullando. Le había dejado demasiado tiempo solo en casa y estaba malhumorado. Como había dado por supuesto su enojo, le había traído atún de la pescadería en las galerías comerciales, y se lo puse en un plato.

El gato dio un gritito, como si dijera: «¡Es lo que cabía esperar de mi señor gobernador!», y se puso a devorar velozmente el atún. Mientras él estaba así ocupado, cogí la caja de galletas Yokumoku y, tras contemplarla durante largo rato, la abrí con cuidado. Allí dentro estaban los sueños de mi infancia, unos sueños de forma rectangular cuya posesión había anhelado con todas mis fuerzas. Eran sellos de varios colores y diversos países. Se abrieron las compuertas de mi memoria y surgieron los recuerdos de mi padre. Cuando era niño, él me compró una lámina de sellos pequeños y de diversos colores que conmemoraban los Juegos Olímpicos. Era una lástima usarlos para el franqueo de cartas. Esa idea me resultaba insoportable.

Cuando se producía algún acontecimiento especial, mi padre me regalaba sellos. Grandes, pequeños, de Japón, del extranjero. Mi padre era un hombre taciturno, y cuando me regalaba algo se establecía el único diálogo posible entre los dos. Parece

mentira, pero yo podía saber en qué pensaba según la clase de sellos que me daba.

En la época de la escuela primaria mi padre viajó a Europa en compañía de un amigo. Durante su viaje me envió una postal grande con un sello multicolor que tenía la imagen de un gato que bostezaba. Al verlo me eché a reír, porque se parecía a Lechuga. Esa es una de las pocas bromas que me ha gastado mi padre. El sello me gustó tanto que decidí despegarlo y dejé la postal en remojo durante toda una noche. Aquella noche me costó dormir, debido a la emoción que experimentaba al imaginar el trayecto recorrido por la postal. Mi padre habría visto el sello del gato en una tienda de París. Lo compró, junto con la postal, utilizando las pocas palabras que sabía de francés, entró en un café cercano y me escribió, pegó el sello y echó la postal por la ranura de un buzón amarillo. Un empleado de Correos la recogió y la llevó a la central parisiense, desde donde la enviaron al aeropuerto. La introdujeron en un avión dentro de una saca de correo y, una vez en Japón, fue clasificada y la enviaron a mi ciudad. Tan solo imaginar el largo camino recorrido me excitaba tanto que no podía conciliar el sueño. Recordé que había decidido ser cartero porque esta secuencia de imágenes me gustó mucho. Contemplé los sellos de diversos colores y países, con imágenes de gatos y una infinidad de personas y cosas. Todos ellos me eran muy queridos. Podría haberlos eliminado y probablemente nada habría cambiado. Y, sin embargo, esos detalles sostienen el mundo.

Tales eran mis pensamientos mientras tocaba los trocitos de papel. Pego un sello y echo la carta al buzón. Ciertamente, todos estos momentos son como una cálida respiración. Si te echas el aliento a ti mismo, también notas el calor. La carta enviada transporta mis pensamientos al destinatario. Se dirige a un lugar cálido, tranquilo y feliz. Algún día nos veremos allí.

Por cierto, he de escribir una carta durante el tiempo que me queda. He de poner en ella las innumerables palabras que duermen en mi interior, saludos omitidos, sentimientos que no he podido comunicar. Lo he vertido todo. Le he puesto un sello a todo. Al final estos sellos parecen los pétalos dispersos de una flor que adornan los últimos momentos de mi vida. Hay imágenes de un festival, caballos, atletas, palomas, grabados de *ukiyoe*[11], el mar, un piano, coches, bailarinas, ikebana, muchos grandes hombres, aviones, insectos, desiertos y un gato que bosteza.

Al final de mi vida, me tiendo y cierro los ojos. Todo gira y gira por encima de mí, suena el móvil, aparece *Candilejas* en la pantalla, las manecillas del reloj se mueven y todas las cartas vuelan por el cielo a la vez. Vuelan metidas en sobres de diversos colores, rojo, azul, amarillo, verde, lila, blanco y rosa, hacia el centro del cielo de un azul casi transparente. Y exhalo serenamente mi último suspiro.

Mientras contemplaba los innumerables sellos, esbozaba mis estados de felicidad y desdicha ilimitadas, y sonreía levemente.

LA CARTA QUE voy a escribir tal vez sea mi testamento, pero ¿a quién me dirigiré?

Mientras me atormentaba tratando de decidirlo, Col se acercó maullando a mis rodillas. Entonces tomé la decisión. El destinatario de la carta sería la persona a quien pediría que cuidase de Col. Y esa persona solo puede ser una determinada, no hay nadie más. Tenía la respuesta desde hacía largo tiempo, pero no había querido aceptarla.

El día que mi madre trajo a Col, le dije que no lo quería. Cuando el gato muriese, ella volvería a pasarlo muy mal. Sufriría de nuevo, y ese fue el motivo de que me opusiera a tenerlo en casa. Pero mi padre fue de otra opinión.

—Puede quedárselo —me dijo en un tono que no admitía discusión—. Tanto las personas como los gatos mueren un día. Como ya ha tenido la experiencia de Lechuga, la próxima vez no será tan duro.

Yo sabía que era él quien más se preocupaba por mi madre. También sabía que era quien más encariñado estaba con Lechuga. Por eso había estado seguro de que no querría tener otro gato, pero me equivocaba. Mi padre siempre tenía razón, pero a veces no me gustaba que no la tuviera. Guardé silencio, pues no sabía qué replicarle. Entonces el gatito maulló y, con pasos vacilantes, se encaminó hacia mi padre. Él lo tomó en brazos, como siempre había hecho con Lechuga. Al verlo, mi madre se echó a reír jovialmente. Él la miró y le dijo un tanto azorado:

—Es el vivo retrato de Lechuga, ¿verdad?

—Sí, es idéntico.

—Bueno, pues entonces le llamaremos Col.

En cuanto hubo dicho esto, pareció avergonzado y se apresuró a darme el gatito. Volvió rápidamente a su mesa de trabajo y se puso a reparar un reloj.

Así pues, fue mi padre quien le puso al gato el nombre de Col.

HE EMPEZADO A escribir la primera y última carta dirigida a mi padre. Parece que va a ser muy larga, porque tengo muchas cosas que decirle. Será mi testamento. Le hablaré de estos días tan extraños, de mamá, de Col, de tantas cosas que quisiera haberle dicho hace mucho tiempo, de mí.

Pongo una hoja de papel sobre la mesa y tomo la pluma. Encabezaré la carta con las palabras: «Para mi padre».

DOMINGO

Adiós a este mundo

ES DE MAÑANA. Tengo ante mí la carta terminada. He podido concluirla sin comer ni beber nada. Y a pesar de que Col no ha dejado de pasar por encima de mis pies y molestarme como solo él sabe hacerlo. He metido las hojas en un sobre de buen tamaño y he buscado un sello. Entre los innumerables sellos multicolores de diferentes países que contiene la caja de galletas, he elegido uno con la imagen de un gato dormido, y lo he pegado cuidadosamente en el sobre.

A continuación he salido de casa con Col. Era temprano y aún hacía fresco mientras bajaba por la pendiente hasta llegar al cercano buzón de Correos. Ese buzón rojo está esperando mi testamento. Ahora voy a enviar la carta que leerá mi padre, y este conocerá mis sentimientos. Es un final perfecto. Sí, tiene que serlo. Pero no puedo creer que lo sea. Hay algo que no está bien, me he dicho ante las fauces del buzón.

Al cabo de un momento, con Col en brazos, he subido la cuesta corriendo. He entrado jadeando en mi habitación y he sacado ropa del armario. Una camisa blanca, una corbata a rayas y un traje gris oscuro. Mi uniforme de cartero. Me he cambiado y he mirado de reojo mi figura en el espejo. Mi figura uniformada se solapa con la de mi padre en el taller de reparación de relojes. Antes de que me diese cuenta, me he convertido en él. La cara, la postura, el ademán, este último idéntico al de mi padre, que no me gusta nada.

El hombre que repara relojes con la espalda encorvada, el hombre que apretaba mi mano temblorosa en el cine, el hombre que me compraba sellos, el hombre que cogió alegremente en brazos al pequeño Col, el que corrió por la calle de la aldea de *onsen*, el que lloró a solas, oculto, en el funeral de mi madre… Recordé el día en que me fui de casa. En mi habitación, que había dejado vacía, no había más que la caja de galletas Yokumoku, la caja del tesoro que él había puesto allí. Sin duda ese gesto significaba que me tendía los brazos, y en aquel momento yo debería haberle cogido las manos, como lo hiciera en mi infancia, cuando él me apretaba la mía en el cine.

Hace tanto tiempo que quería verte, papá. Quería verte para pedirte perdón, darte las gracias y despedirme de ti. Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas, y me las enjugué con la manga del uniforme. Me guardé la carta en el bolsillo, salí de la habitación y bajé corriendo las escaleras. Los escalones metálicos producían un fuerte ruido. Tomé la bicicleta, que estaba aparcada en el hueco al pie de la escalera, y pedaleé cuesta arriba con Col en el cesto delante del manillar. Me costaba pedalear. La bicicleta es vieja y chirriaba. Tenía la cara húmeda de lágrimas y sudor, pero seguí esforzándome hasta llegar a lo alto de la cuesta.

Empezó a soplar una brisa. Las nubes se habían dispersado y me envolvía la cálida luz del sol, que me hacía sentir la inminencia de la primavera. Col maulló de satisfacción al recibir la caricia de la brisa. A lo lejos apareció la franja azul oscuro del mar. Al otro lado de la bahía se encuentra la ciudad de mi padre. Siempre la contemplaba desde lo alto de la cuesta, una ciudad tan cercana, pero que no había sido capaz de visitar en mucho tiempo. Pedaleando a buen ritmo, bajé por la pendiente. Gradualmente adquirí velocidad y fui acercándome a la ciudad.

Genki Kawamura nació en Yokohama, Japón en 1979. Se graduó en la Universidad Sophia de Tokio con una licenciatura en periodismo. Consiguió un trabajo en la compañía de Tōhō, la casa más grande de la producción de cine y teatro de Japón, donde trabajó como productor en películas como El Kokuhaku 2010 (Confesiones), produciendo una serie de éxitos de taquilla.

En 2010 fue elegido como homenajeado por Next Next Asia por The Hollywood Reporter. Al año siguiente se convirtió en el ganador más joven del Premio Fujimoto, otorgado a productores de cine en Japón.

Hizo su debut como novelista en 2012 con *Sekai kara neko ga kieta nara* (Si los gatos desaparecieran del mundo), que vendió más de 700 000 copias; Tanto este trabajo como su próximo, *Oku otoko* (Million Dollar Man), publicado en 2014, fueron seleccionados para el premio Booksellers Award en el año en que aparecieron. Sus otras publicaciones incluyen *Shigoto* (Trabajo), que contiene entrevistas con el gigante del anime Hayao Miyazaki, el músico Ryūichi Sakamoto, y otros diez notables; y también una serie de libros ilustrados. Hombre de muchos talentos, es un líder entre la generación más joven de creativos japoneses.

Notas

[1] Elementos tradicionales en la iconografía japonesa del diablo. [*N. de los T. T.*] <<

[2] Protagonista de *Nausicaä del Valle del Viento* (1984), película de dibujos animados dirigida por Hayao Miyazaki. [*N. de los T. T.*] <<

[3] Juego de tablero que pertenece a la familia del ajedrez. [*N. de los T. T.*] <<

[4] Pequeñas cajas compartimentadas de diversos materiales en las que se colocan alimentos para llevar a la oficina, la escuela, de excursión, etc. [*N. de los T. T.*] <<

[5] Término usado para referirse a personas con intereses obsesivos, en especial el anime, el manga y los videojuegos. [*N. de los T. T.*] <<

[6] «Volveré». En inglés en el original. [*N. de los T. T.*] <<

[7] Uno de los pocos edificios de madera que se salvó de los bombardeos de Tokyo durante la Segunda Guerra Mundial. A fines de los años cincuenta y primeros sesenta muchos jóvenes artistas en ciernes, varios de los cuales llegarían a ser famosos, vivieron en ese edificio. [*N. de los T. T.*] <<

[8] En japonés, gato es *neko*. «Niño dormido» tiene el mismo sonido, aunque los ideogramas son distintos. [*N. de los T. T.*] <<

[9] Establecimiento de aguas termales. Dado que el archipiélago japonés es de origen volcánico, los *onsen* abundan en todas las regiones del país y constituyen una de las principales fuentes de esparcimiento para los japoneses. [*N. de los T. T.*] <<

[10] Albergue tradicional japonés que se remonta al periodo Edo. Las habitaciones tienen suelo de tatami y el baño es comunitario. Su presencia en las grandes ciudades es muy escasa y abundan en las zonas rurales y las costas. Las visitas a un *onsen* suelen acompañarse de la estancia en un *ryokan*. [*N. de los T. T.*] <<

[11] *Ukiyoe*: Tipo de grabado en madera y a color que floreció en el período Edo (siglos XVII-XIX). El término significa «ilustraciones del mundo flotante» y alude a la transitoriedad de la vida. Sus principales motivos son paisajes, relatos históricos, actores teatrales, luchadores de sumo o *geishas*. [*N. de los T. T.*] <<